



SS

SERVICIO
SECRETO

CLARK CARRADOS

MARGARITA
NEG

Lectulandia

Todo empezó con un tropezón; un encuentro involuntario, pero de cierta violencia, lo cual provocó la caída del bolso de la dama, al suelo.

Normalmente, esto es una cosa que suele ocurrir con alguna frecuencia cuando uno lleva prisa, porque el que camina delante la tiene mayor todavía. Si a ello le añadimos la transitada entrada de unos grandes almacenes en la hora de mayor afluencia de clientela, tendremos que el incidente, bien mirado, carece en absoluto de importancia.

Estábamos, pues, en que había tropezado con la dama. Yo no la vi, francamente, y eso que era una mujer que detonaba a mil leguas de distancia. Alta, cimbreante, de una delgadez casi increíble, pero sin la menor huella de huesos en su exterior, poseía unas enormes pupilas verdes que relucían como fuego hecho de esmeraldas, y un cabello de un tono negro, del que un cuervo se habría sentido, y con razón, terriblemente envidioso. Su boca era una pincelada roja en un rostro blanquísimo, pero bajo el cual se adivinaba, no obstante, latía una sangre cálida y ardorosa.

Lectulandia

Clark Carrados

Margarita negra

Bolsilibros: Servicio Secreto - 561

ePub r1.0

jala y xico_weno 08.02.18

Título original: *Margarita negra*
Clark Carrados, 1961

Editor digital: jala y xico_weno
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Margarita NEGRA

por

CLARK GARRADIS



CAPÍTULO PRIMERO

Todo empezó con un tropezón; un encuentro involuntario, pero de cierta violencia, lo cual provocó la caída del bolso de la dama, al suelo.

Normalmente, esto es una cosa que suele ocurrir con alguna frecuencia cuando uno lleva prisa, porque el que camina delante la tiene mayor todavía. Si a ello le añadimos la transitada entrada de unos grandes almacenes en la hora de mayor afluencia de clientela, tendremos que el incidente, bien mirado, carece en absoluto de importancia.

Estábamos, pues, en que había tropezado con la dama. Yo no la vi, francamente, y eso que era una mujer que detonaba a mil leguas de distancia. Alta, cimbreante, de una delgadez casi increíble, pero sin la menor huella de huesos en su exterior, poseía unas enormes pupilas verdes que relucían como fuego hecho de esmeraldas, y un cabello de un tono negro, del que un cuervo se habría sentido, y con razón, terriblemente envidioso. Su boca era una pincelada roja en un rostro blanquísimo, pero bajo el cual se adivinaba, no obstante, latía una sangre cálida y ardorosa.

Vestía enteramente de negro, de pies a cabeza, con el único detalle de un gran trébol de esmeraldas sobre el seno izquierdo, lo cual indicaba que el tono de su vestido no se debía al luto. En la mano llevaba un gran bolso de piel negra, adornado igualmente con esmeraldas, que era el que yo había derribado al tropezar con ella.

Al caer, el bolso se abrió, dejando escapar una libreta de tapas de piel marrón, la cual quedó abierta de par en par.

Murmurando mil excusas por mi torpeza, me precipité a recoger el bolso. Metí la libreta en su interior, previo el cierre de la misma, y le entregué el bolso, descubriéndome a fin de pedirle excusas por mi torpeza.

Ella sonrió de un modo encantador y dijo:

—No tiene la menor importancia, caballero. Creo que yo también he tenido buena parte de culpa —añadió.

Dicho lo cual, me hizo una leve inclinación de cabeza y siguió su camino, dejando tras sí una suave y perfumada estela del inconfundible «Chanel, número cinco», que me clavó en el sitio durante unos maravillosos momentos.

De pronto, recordé el motivo que me había llevado a entrar en los altos almacenes. Dicho motivo me había impedido ver a la dama de negro, hasta que me tropecé con ella. El hombre a quien seguía, un repelente tipo llamado «Terremoto» Gugsie, se me había escabullido, aprovechándose de las circunstancias. Lo de «Terremoto» no se debía a que fuera un hércules, ni tampoco capaz de provocar un seísmo con un simple puñetazo, sino porque se estaba moviendo continuamente, con un temblor un tanto raro, debido a una antigua enfermedad padecida durante la infancia. Y habían sido sus amigotes del hampa los que le aplicaron el apodo que

acabo de citar.

El caso era que «Terremoto» se había esfumado de mi vista. Claro está, entré en los almacenes, pero sin ninguna esperanza ya de hallarlo. Aquélla no era la única puerta y, aunque lo hubiera sido, Gugsie se habría escapado de todos modos entre la inmensa multitud que atestaba literalmente los almacenes.

De modo que, furioso y chasqueado, hube de abandonar la persecución del maleante. Claro que sabía dónde hallarlo; pero lo que me interesaba era haberlo seguido y ver con quién se encontraba eh su sinuoso camino. Gugsie se había metido en los almacenes para evadir la persecución, y no parecía sino que hubiera enviado a la dama para estorbarme.

Encendí un cigarrillo, con aire resignado, y salí del establecimiento. Me dirigí a una cafetería próxima y, mientras me servían una cerveza, entré en una cabina telefónica. Puse un níquel en la ranura y levanté el tubo, marcando acto seguido el número de mi oficina.

—Despacho del señor Stirling —dijo la voz de mi secretaria.

—Hola, Georgia. —Mi tono debía ser muy lúgubre, porque la chica lo adivinó enseguida.

—«Terremoto» se escapó, jefe.

—Justamente, Georgia. Verá, iba yo por...

—No siga adelante —dijo ella desdeñosamente—. Ya sé lo que le ha pasado. ¿Cómo era? ¿Rubia? ¿Morena?

—¡Georgia! No tolero que dude de mí...

—Pero, si no dudo, jefe. Si le estoy diciendo precisamente lo que ha ocurrido. Ande, desmíentame si no ha sucedido como he dicho.

Asentí de mala gana.

—Está bien, Georgia. Pero deje que le explique, al menos. Iba yo por...

—Ha llamado el señor Mac Intosh, jefe —me interrumpió la chica, sin querer saber nada de mis posibles explicaciones.

—Lo habrá enviado al diablo, supongo.

—En absoluto. ¿Piensa que soy tonta? Hice que Toushita fuera a entrevistarse con él. Podemos sacar una buena tajada de tal entrevista.

—A veces —murmuré con pesimismo—, me pregunto si el título de jefe con que me adorna no será una cosa puramente honorífica. Está bien, déjelo correr. Voy a ver ahora si puedo encontrar a «Terremoto» en su casa. La llamaré más tarde para saber qué ha dicho Mac Intosh. Adiós, vieja —y colgué antes de que me soltara un bufido. Si alguna cosa hay que Georgia odie en este mundo, es que la llamen de ese modo.

Salí de la cabina y me enfrenté con la cerveza y un cigarrillo, bastante fastidiado por el giro que tomaban los acontecimientos. Permanecí unos momentos, hasta apurar la bebida y el tabaco, y luego abandoné la cafetería, dirigiéndome al lugar que los almacenes tenían destinado para aparcamiento de los vehículos de sus clientes.

Al llegar allí me eché el sombrero hacia atrás y conté hasta diez, antes de tomar

una decisión. Mi coche no estaba en su sitio.

Miré cuidadosamente en torno mío, con el fin de apreciar un posible error de situación. No tardé mucho en convencerme de que mi preciado «Packard Hawk», cincuenta y ocho, había desaparecido como tocado por la varita mágica de algún prestidigitador.

Renegué entre dientes, recordando las luchas sostenidas con los demás miembros de la oficina hasta que pude arrancarles el consentimiento para extender el cheque que sirvió para pagar el «Packard Hawk». «Lo que importa es la apariencia —había dicho yo, con no poca razón—, y este auto, de aspecto europeo, impresionará notablemente a nuestros clientes», tras cuyo último y convincente argumento, se había acordado la adquisición del mismo.

Si alguno piensa que en los Estados Unidos no hay ladrones de coches, está equivocado. Los hay, y a veces forman *gangs* de gran extensión, con grandes ramificaciones, resultando extremadamente difícil hallar la cabecera de la pandilla, cuando no imposible.

Y yo ya me veía el «Packard Hawk» en manos de un gong como el descrito. Imaginarme la suerte que había corrido el coche era bien fácil. Un rápido cambio de los números de serie del bastidor y el motor, una nueva capa de pintura y ya estaba listo para ser vendido en el mercado de coches usados. Obtendrían cuatrocientos o quinientos «pavos» por él, pero teniendo en cuenta que el coste de la que pudiéramos llamar readaptación era notoriamente inferior a los cincuenta dólares, la ganancia resultaba exorbitante. Multiplíquese esto por varios centenares y aún millares de coches al año, y véase si resulta o no el negocio de robar coches. Siempre que se cuente con un *gang* bien montado, por supuesto.

Dándome a todos los diablos, hube de hacer, pues, la denuncia en la comisaría más próxima, después de lo cual me encaminé en busca de mi fantasmagórico perseguido. Ya que no había podido averiguar con quién iba a encontrarse, trataría al menos de sacárselo, aunque para ello hubiera de darle una sesión de masaje de puño en el cuerpo.

Tomé un taxi, el cual me dejó —prudentemente— a cierta distancia de la casa donde vivía el tal «Terremoto». Pagué el importe de la carrera, después de lo cual me apeé, comprobando de pasada el consolador peso de mi pistola en la funda axilar, bien oculta bajo la chaqueta.

Dejando la Avenida Roosevelt a mi izquierda, pasé a la calle Lovelace, una vía angosta y de pésima reputación. Era ya de noche, y para caminar por aquellos parajes se requería una buena dosis de valentía y un cierto desprecio por la integridad del pellejo. De cualquiera de las puertas que estaban abiertas en aquella sofocante noche de verano —entre unas cosas y otras, el día había transcurrido velozmente—, podía salir un tipo armado con un calcetín lleno de arena, y después de darme un golpe para provocar mi desmayo, despojarme lindamente hasta de los cordones de mis zapatos. La policía de Crandeston estaba harta de recibir denuncias en tal sentido.

Sabía dónde vivía «Terremoto», de modo que me dirigí a su casa sin vacilación alguna. El piso del individuo estaba situado casi al final de la calle, la cual era bastante larga. Por puertas y ventanas abiertas, salía un rumor constante de conversaciones, aparatos de radio puestos a todo volumen y voces de los actores de T. V.. Al pasar por las ventanas abiertas podía verse a la gente con muy poca ropa, oyendo la radio o presenciando los programas de T. V., sin dársele un ardite de las conveniencias sociales.

Una pareja pasó por mi lado estrechamente abrazada. Se besaban con furia, y estoy seguro de que no se daban cuenta siquiera del lugar donde se encontraban. Algunos pasos más adelante, una vieja salió corriendo, escoba en alto, tras un gato que le había arrebatado, seguramente, las salchichas más apetitosas de su cena. Anoté algunas de las blasfemias de la vieja; realmente, no había oído nada parecido en mi vida.

Finalmente, llegué a casa de Gugsie. Pocos pasos antes divisé un coche parado frente a la misma. El corazón me dio un vuelco en el pecho. ¿Era el mío?

Me acerqué y, a fin de aclararlo, encendí una cerilla para el cigarrillo que previamente me había colocado en la boca. Mis esperanzas se disiparon rápidamente, al comprobar el número de la placa de su matrícula. Los colores eran idénticos, pero no se trataba del mío. Conque apagué la cerilla con un suspiro de resignación y seguí adelante.

Me extrañó no poco ver un coche tan lujoso como aquél, en la calle Lovelace. No obstante, pronto borré de mi imaginación el detalle. Lo que ahora tenía mucho interés para mí era hallar a «Terremoto».

La casa carecía de alumbrado interior en la escalera. Para no romperme las narices, extraje de mi bolsillo una linterna del grueso de un lápiz, y de esta forma pude emprender el ascenso hasta el segundo piso, que era donde vivía el maleante, objeto de mis pesquisas.

Arrugué la nariz al percibir el olor a coles agrias que salía de una puerta. Continué subiendo y pronto me encontré frente a la entrada del piso donde vivía «Terremoto».

Tanteé la cerradura, dándome cuenta de que podía abrirla con la llave maestra que llevaba en uno de los bolsillos. Pero, al insertar la llave en la ranura correspondiente, la puerta cedió con suavidad.

El detalle me hizo fruncir el ceño. Gugsie era un tipo tan desconfiado que comprobaba siempre con el ojo derecho lo que acababa de ver con el izquierdo para estar seguro de ello. No era, pues, lógico, que se hubiera dejado abierta la puerta con una vecindad como la que vivía en la calle Lovelace, capaces de robarle la niebla matutina a la propia aurora.

Después de unos momentos de indecisión, dije que era una pura tontería permanecer quieto allá afuera, cuando tan fácilmente podía penetrar en el interior. Crucé el umbral y cerré en silencio, apoyándome durante unos momentos en la

madera de la puerta.

El vestíbulo —o lo que fuera—, estaba completamente a oscuras. Pero frente a mí se veía una puerta, bajo la cual se advertía una debilísima raya de luz, lo cual indicaba que al otro lado había alguien. ¿Gugsie?

Moví la cabeza maquinalmente. No. No era posible que fuese «Terremoto». Debía tratarse de otra persona, posiblemente un ladrón. La cosa me hizo gracia. Un ladrón en casa de otro de su misma laya. Para que luego me hablen del honor entre maleantes.

Como no tenía ganas de tropiezos, lo primero que hice, antes de dar un solo paso, fue desenfundar mi automática, calibre cuarenta y cinco. Quité el seguro —de costumbre la llevo siempre con una bala en la recámara—, y di un paso hacia adelante.

Puse la mano izquierda en el pomo de la puerta y lo hice girar lentísimamente, a fin de no causar el menor ruido. Después abrí de golpe.

Lo primero que vi fue que la habitación entera —que era el dormitorio—, estaba patas arriba por completo. Luego, mi vista chocó con dos individuos, autores, al parecer, de aquel desbarajuste.

Los dos tipos se volvieron rápidamente, al darse cuenta de mi aparición. Eran matones baratos, de los que uno cualquiera puede alquilar por veinticinco dólares para una paliza, por cincuenta para arrasar una tienda, y por cien para un asesinato. Carne de horca, en suma.

Uno de ellos echó mano al interior de su chaqueta, pero le frené el gesto con una seca intimación.

—Toca esa pistola y te ventilaré el cerebro —dije.

La pareja retrocedió, evidentemente amedrentada. Moví la mano con que sostenía la pistola y les hice retroceder hasta la pared.

—Volveos de espaldas y no miréis —ordené. Quería saber por qué Gugsie, que también estaba allí, no había dicho ni pío.

Los dos pandilleros retrocedieron con gesto renuente. Estaba claro que mi intempestiva irrupción les había fastidiado bastante.

—Vamos, sed buenos chicos —rogué—. No hagáis que tenga que recurrir a procedimientos más expeditivos que las simples palabras.

Entonces sentí un ruidito a mis espaldas. Quise volverme rápidamente, pero antes de que lo hubiese conseguido, algo me golpeó rudamente la muñeca derecha.

Inmediatamente, sentí como si un latigazo de fuego me corriera a todo lo largo del brazo, entumeciéndolo y privándolo de fuerza en absoluto. La pistola cayó al suelo.

Los dos forajidos se lanzaron con gran entusiasmo contra mí. A mis espaldas sonó una voz:

—¡No lo maten, muchachos!

Eran fuertes y duchos en todas las tretas de mala ley. Quizá, en circunstancias

normales, hubiera podido con ellos. Pero mi brazo derecho parecía de madera y no servía en aquellos momentos ni para rascarme la nariz. Pude devolver un par de golpes con la mano izquierda, largué unas cuantas patadas, pero hube de sucumbir inevitablemente.

Caí de bruces al suelo, sintiendo que me sumía en la inconsciencia. La misma voz que había hablado antes, contestó, a una pregunta de los forajidos que no supe entender bien:

—No, ya es suficiente por hoy. Tenemos todo lo que buscábamos.

Las voces me llegaban a través de una niebla algodonosa que las hacía opacas y apenas inteligibles.

—Pero nos ha visto...

—A vosotros, a mí no; y esto es bastante. Vámonos.

Un intenso desmayo me acometió entonces, y no pude oír siquiera el ruido de sus pisadas al marcharse de allí. Gugsie y yo quedamos solos, completamente inmóviles.

CAPÍTULO II

Me desperté bastante más tarde, sintiendo vivos dolores en todo el cuerpo. Noté costras de sangre en la cara, y unos pinchazos muy poco agradables en el costado. Haciendo un considerable esfuerzo, pude ponerme en pie, aunque manteniendo el equilibrio con bastante dificultad.

Miré a mí alrededor. La habitación, que era, como ya he dicho, el dormitorio de Gugsie, estaba completamente revuelta y daba la sensación de que había pasado por allí un batallón de cosacos en plan de saqueo. En uno de los ángulos había un lavabo sujeto a la pared, y me encaminé hacia él para remojarme un poco, a fin de despejarme.

Usé una toalla mojada, y la frescura del agua me devolvió buena parte de las fuerzas perdidas, aunque ello no consiguió mitigar mis dolores. Pero tuve que olvidarlos para atender a otras cosas más perentorias en aquellos momentos; por ejemplo, las causas de la inmovilidad de Gugsie.

«Terremoto» ya no se movería más en esta vida. Había muerto de un modo que aún me horroriza al recordarlo. Los *gangsters* habían usado con él de una crueldad como parece imposible pueda existir entre gentes civilizadas.

La cama de Gugsie era del tipo antiguo, de hierro, con respaldos altos y enrejados, rematados en cuatro bolas doradas, una en cada esquina. Gugsie estaba sentado en la parte de los pies, con el tronco atado sólidamente a la barra más gruesa del costado derecho. Los pies estaban también ligados por un trozo de sábana rasgado apresuradamente.

En torno al cuello le habían pasado una cuerda, que luego habían anudado por detrás del barrote vertical. La cuerda tenía otro segundo nudo, hecho para sujetar el travesaño redondo de una vieja silla, el cual había servido de manivela para ir apretando el lazo, hasta causar la estrangulación del desgraciado. En resumen, una ejecución a la turca, lo mismo que cuando, en otros tiempos, los Sultanes de la Sublime Puerta, enviaban a su ejecutor, con el consabido lazo de seda, para deshacerse de algún inoportuno competidor al trono.

Dominando mi repugnancia, examiné el cadáver lo mejor que pude. Un hilillo de sangre había brotado por una de las comisuras de la boca del desgraciado Gugsie, indicio de que algún pequeño vaso interno de su cuello había reventado al ser apretado el lazo que lo había estrangulado. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, y por entre los labios, amoratados, asomaba una lengua monstruosamente hinchada. El conjunto, en verdad, era repelente y horripilaba a cualquiera.

Hube de pasar aquello por alto para proseguir mis pesquisas. Entre las ropas de Gugsie no encontré nada que pudiera servirme de utilidad, prueba de que aquellos forajidos lo habían registrado concienzudamente antes de mi llegada.

Prendí fuego a un cigarrillo, en tanto meditaba. Seguramente, «Terremoto» había sido torturado para que hablase. Si lo había hecho, era cosa que yo ignoraba en aquellos momentos; aunque tenía la seguridad de que una vez concluida la charla, Gugsie había sido ejecutado para que no se fuera de la lengua. A pesar de todo, lo más posible era que no hubiera hablado, ya que, de otro modo, no se concebía aquel desorden.

Efectivamente, si el trío había ido en busca del maleante para obtener algo que les interesaba y Gugsie se lo hubiera dicho, lo habrían hallado de inmediato, sin recurrir al registro. Si realmente lo habían o no encontrado, era cosa que no podía asegurar circunstancialmente.

Estaba seguro de que nadie vendría a molestarme, en tanto investigaba. En casas como la de Gugsie, nadie se preocupa de lo que hace el vecino, aunque sepa que está descuartizando a su mujer. El único riesgo que corría era el de que los asesinos hubieran denunciado el hecho a la policía; pero cuando ésta no se había presentado todavía, era que no les había interesado hacer público el evento.

Permanecí allí durante más de una hora, sin hallar nada que pudiera satisfacerme. Al fin, opté por marcharme a casa. Tenía todo el cuerpo dolorido y estimaba que un buen baño caliente y una noche de tranquilizador reposo me dejarían como nuevo para reanudar mis actividades al día siguiente. En cuanto al cadáver..., bueno, llamaría a la policía desde un teléfono público para ponerla en antecedentes del suceso.

Me dirigí hacia la puerta y entonces reparé en algo en que no me había fijado hasta aquellos momentos. Mientras me agachaba para recoger aquella cosa, fruncí el ceño.

Examiné el objeto. Era un trozo de piel muy fina, de regular calidad, grabada a troquel para imitar la del cocodrilo, con restos de papel adherido en una de sus caras. Tenía el color marrón oscuro y se notaba con facilidad que en tiempos había sido suave y brillante y de tono más claro que el que ahora tenía. Resultaba sencillo advertir que había pertenecido a la cubierta de una libreta o agenda de notas, la cual había sido usada muy a menudo, según se podía advertir en las características que presentaba actualmente aquel manoseado trozo de piel que tenía en las manos.

Quedé unos momentos pensativo, junto a la puerta del dormitorio, con el trozo de cubierta en las manos.

¿Sería aquello lo que habían estado buscando los asesinos? En tal caso, ¿cuál era el contenido de la libreta?

Harto de pensar en vano, decidí marcharme. Eran ya las once de la noche y, además de dolorido, me sentía hambriento. Apagué la luz y, usando la linternilla, salí de la casa.

Una vez en la calle, miré en torno mío; los ruidos se habían amortiguado notablemente y aparecía totalmente solitaria. Incluso el automóvil había desaparecido, cosa que me demostró que había servido para el transporte de los

asesinos.

En la Avenida Roosevelt tomé un taxi que me condujo a casa. Me zambullí de inmediato en la bañera, y mientras relajaba mis músculos, comí un par de bocadillos, regados con una botella de cerveza. Ya había avisado a la policía, de modo que no me restaba sino echarme a dormir.

Cuando me disponía a hacerlo, sonó la campanilla del teléfono. Maldiciendo al inoportuno que me molestaba a horas tan intempestivas, levanté el aparato.

—Jefe —dijo la voz de Georgia. Se notaba que la chica estaba impaciente y algo nerviosa.

—¿Qué hay? —dijo, en tono poco acogedor.

—¿Dónde se ha metido usted? —preguntó—. Desde que hablamos la última vez, he estado buscándole por todas partes. A casa le he llamado lo menos...

—Está bien, está bien —corté el chorro de palabras. Cuando Georgia quiere, no hay quien la gana como oradora—. ¿Qué es lo que sucede?

—Ya le dije que Toughita había estado hablando con el señor Mac Intosh.

—Sí. ¿Qué le dijo?

—Nada. Nada en absoluto. Mac Intosh se niega a hablar si no es solamente con usted en persona.

—Bueno, pero ¿qué diablos quiere ese mamotreto? ¿Es que no confía en Toughita?

—Dice que puesto que habló la primera vez con usted, y lo hizo como jefe de nuestra oficina, no lo hará con nadie más. ¿Me entiende?

—No, pero sigue. ¿Algo más?

—Quiere que mañana a las nueve esté usted en su casa, sin falta.

¡A las nueve!, pensé. Y yo que tenía el propósito de quedarme en la cama hasta las doce, por lo menos.

—Bien —dijo—. De acuerdo. Pero antes deseo hablar con ustedes dos, así que, a las ocho en punto, en la oficina.

—Jefe, usted no me quiere bien —se quejó la chica.

—No responda, Georgia, y acate en todo momento el dictado de los mayores. A las ocho.

—De acuerdo —dijo ella, y ya iba a colgar, cuando volvió a llamarme—. ¡Jefe!

—¿Sí, Georgia?

—¿Qué hay de «Terremoto»?

—Nada.

—¡Cómo! —se asombró—. ¿No ha sabido encontrarlo?

—Encontrarlo era fácil. Lo difícil era hacerle hablar.

—Se resistió, ¿eh?

—Los muertos se resisten siempre a hablar, ricura —dije, colgando antes de que pudiera preguntarme más detalles. Sin embargo, en el breve espacio que duró el viaje del teléfono desde mi oreja a la horquilla, pude oír el grito de espanto que había

emitido mi secretaria al escuchar la terrible nueva.

A las ocho de la mañana, tal como lo había dispuesto, nos encontrábamos los miembros de la oficina reunidos en consejo de guerra. Éramos tres: un servidor de ustedes —del cual ya es hora se diga el nombre: Lance Stirling—, mi atractiva y generosamente redondeada secretaria, Georgia Seatroy, y el ayudante y hombre para todo, un fiel y astuto americano de origen japonés, llamado Jim Toughita.

Georgia era pelirroja y enfundaba sus provocativas formas en un sencillo vestidito de algodón estampado que la hacía aún más atractiva. Tenía todo el aspecto de una *vamp*, pero yo sabía que su anhelo secreto era encontrarse en una casita, con un marido y cuatro o cinco chiquillos subiéndosele por las piernas. Algunas veces había pensado yo en hacerme colaborador en la producción de los mentados chiquillos, previa la anuencia legal correspondiente, pero la idea del matrimonio era algo que me asustaba. Y no es por presumir, pero sé que Georgia sólo esperaba una insinuación mía para blandir en su mano una licencia de matrimonio y arrastrarme hasta el juez de paz más próximo.

En cuanto al nipoamericano, Toughita, era un hombre de unos treinta y cinco años, de mediana estatura y regular complexión, dotado de un cerebro privilegiado, y con una habilidad fenomenal en el judo y en el lanzamiento de cuchillos. Por si fuera poco, se había licenciado en Derecho por la Universidad de Stanford, y conocía al dedillo una serie de trucos legales que hubieran causado pasmo al fundador de la abogacía. Era el consultor jurídico de la oficina, y cuando teníamos que dar un paso un tanto arriesgado, nos valíamos de sus conocimientos legales para avanzar o retirar el pie, según conviniese.

Después de darnos los buenos días, nos sentamos en torno a la mesa de despacho y empezamos a discutir la situación. Los periódicos traían ya la noticia de la muerte del maleante, adornada con unas fotos de un realismo sensacional, y hablaban de un posible ajuste de cuentas entre compinches, y de que la policía —¡ja, ja!—, tenía ya una pista segura que la conduciría al descubrimiento y arresto del criminal.

—Es casi inútil que vaya a ver a Mac Intosh —dije, apenas hube relatado mis experiencias de la noche anterior—. Él quería que me entrevistase con Gugsie, y ahora que éste ya ha muerto, nuestros servicios no son necesarios.

Georgia meneó la cabeza.

—Lástima —dijo—. Era un asunto tan bueno. Además de la consiguiente fama, nos hubiera dado bastante dinero, cosa de que estamos bien necesitados.

La miré de arriba abajo. Pese a su sencillo vestidito, Georgia no daba sensación alguna de ser una pobretona. Claro es que, desde que había entrado a trabajar en mi despacho, un par de años antes, había seguido siempre mi consejo: «Hay que aparentar lo que no se es; así se lo creerá la gente». Y realmente, parecía una millonaria en vacaciones, cosa a la que contribuía el detonante collar de coral rojo que descansaba sobre su prominente busto. En cambio, y esto me gustaba más, iba muy poco maquillada, claro que tampoco lo necesitaba mucho, ésta es la verdad.

—Pues aún no sabe lo que es bueno, muchacha —dije—. Nos han robado el coche.

—¡Qué! —exclamó, poniéndose en pie, muy irritada. Toughita, en cambio, ni se inmutó; permaneció en su sitio, fumando con gesto impasible—: Ya se lo dije yo, jefe —gruñó ella— ese coche era demasiado atractivo y...

—Bueno, bueno —refunfuñé—, la cosa está ya hecha y no podemos evitarlo. Denuncié el robo a la policía, ¿qué más podía hacer?

—El coche no aparecerá —dijo Georgia, lúgubrementemente—. Mac Intosh nos despedirá, pagándonos solamente los gastos, y habremos de convertirnos en unos míseros peatones, en una ciudad donde un individuo de esta especie es considerado poco menos que un paria.

—No se preocupe —dije, tratando de consolarla—. Quizá el autor del robo ha sido un muchachuelo que tenía ganas de divertirse un rato y el coche aparece en cualquier rincón un rato de éstos.

—Es una hipótesis digna de tenerse en cuenta —dijo el hasta entonces silencioso Toughita—. Claro es que también pudo serlo el propio Gugsie.

Miré al ayudante con gesto maravillado.

—Diablos, esa posibilidad no se me había ocurrido, Toughita.

—Si Gugsie se dio cuenta de que usted le seguía, una vez le dio esquinazo, pudo apoderarse muy bien del coche para evitar la segunda parte de la persecución. ¿No lo cree así?

—Toughita tiene razón —dijo Georgia, muy excitada—. ¿No dice usted que vio un coche idéntico muy cerca de la puerta de su propio domicilio?

—Sí; pero la placa de la matrícula era distinta —objeté.

—Bueno. Si algo fácil hay en este mundo, es cambiar una placa, jefe. ¿No se le ocurrió mirar más detenidamente en el interior del coche? Hay un detalle que lo hubiera podido identificar sin ningún género de dudas. Recuerde la medalla de San Cristóbal que tiene aplicada sobre el panel de instrumentos. No creo que haya dos iguales en todo Crandeston, y si la quitaron, la huella tiene que permanecer todavía en el panel.

Asentí meditabundo.

—De todas formas, viendo que el número de la placa era otro, no me preocupé mucho más. Tenía muchas ganas de ver a Gugsie, como pueden comprender.

Georgia miró el reloj. Su gesto era decidido.

—Y ahora, se irá a ver a Mac Intosh —dijo—. Sea lo que sea, es conveniente que hable con él. Tenía mucho interés en verle.

Me levanté y salí de detrás de la mesa.

—Ese interés se habrá enfriado apenas haya leído en los periódicos, la muerte de Gugsie —manifesté. De pronto, recordé un detalle—: ¡Toughita!

—Sí, jefe.

Saqué una cosa del bolsillo. Era el trozo de piel que había recogido en casa de

Gugsie.

—Sería conveniente averiguar la procedencia de esto —le expliqué mis intenciones, y el japonés asintió—. Perteneció a una libreta o agenda. Será un poco latoso recorrer las librerías y lugares donde se venden objetos de escritorio, pero bien podríamos obtener alguna información suplementaria que luego podría ser de bastante utilidad para la oficina.

Toushita asintió, guardándose el trozo de piel en el bolsillo. Yo me dispuse a salir de la oficina para encaminarme a casa de Mac Intosh. Tenía ya el tiempo justo, y no podía descuidarme si no quería llegar con retraso.

En aquel momento llamaron a la puerta. Toushita, más vivo, se levantó y acudió a abrir.

—¡Vaya! —dijo Georgia con acento de fastidio—. ¿Quién será, a estas horas?

—Algún nuevo cliente —dije, echando a andar tras las huellas del nipón. Ella me siguió también—. Si es así, no le permitan escapar.

—Le estrujaremos el bolsillo a modo, descuide, jefe.

Pasamos al vestíbulo. Toushita ya estaba frente a la puerta y se disponía a abrirla. Georgia y yo nos hallábamos tras él, a una distancia de tres o cuatro metros.

La puerta se abrió. Inmediatamente surgió por el hueco la amenazadora y pavorosa boca de una ametralladora «Thompson».

CAPÍTULO III

En el acto me di cuenta del gravísimo peligro que corríamos. Georgia y yo nos hallábamos justamente frente a la puerta, y estábamos destinados a ser blanco indefectible de la primera descarga del arma.

No me entretuve a pensar ni un solo momento; el tiempo era demasiado precioso para desperdiciarlo en inútiles, vacilaciones. Empujé a la muchacha con gesto brutal y caímos al suelo, estrechamente abrazados, en el preciso instante en que la primera bala salía de la boca del arma.

Me extrañó no oír otra cosa que un sordo tamborileo. En seguida comprendí que la «Thompson» estaba dotada de un poderoso silenciador que amortiguaba casi por completo el estrépito de las detonaciones, reduciéndolas a un volumen apenas superior al que harían los dedos de una mano al tablear sobre la madera de una mesa.

Pero en cambio, las balas salían sin amortiguador. Un huracán de plomo penetró en la estancia, barriendo cuanto encontraba a su paso. Los cuadros de la decoración volaron por los aires, con los cristales rotos en mil pedazos. Un jarrón pareció disolverse en una menuda lluvia de fragmentos blancos, como una nieve de nueva especie. Las maderas gimieron al lanzar astillas en todas direcciones, y el estuco de las paredes se esparció por todas partes, arrojando una lluvia de polvo blanco. Una de las balas pegó contra el pomo de la puerta del despacho, y su frenético aullido me rizó el vello.

Durante unos mortales segundos, Georgia y yo permanecemos en el suelo, con la cabeza escondida, temiendo en todo momento que el asesino bajara el cañón del arma y nos barriera con una ráfaga bien dirigida. Gracias a Dios, no ocurrió así. Después de unos agónicos momentos, el arma calló, agotadas sin duda las municiones del cargador.

Tímidamente, me atreví a levantar la cabeza. Entonces vi al asesino durante una fracción de segundo, y le reconocí en el acto. Era uno de los pandilleros que habían asesinado a Gugsie.

El tipo no había quedado muy contento al parecer, y forcejeaba con sus bolsillos para sacar un nuevo cargador. Quería, sin duda, rematar la obra, fiando en el silenciador de su metralleta. Pero no había contado con el japonés.

Toushita tampoco se había dejado sorprender. Apenas vio asomar el cañón de la metralleta, saltó a un lado, escondiéndose tras la puerta abierta, que había quedado en ángulo recto con el muro. Cuando entendió que el arma se callaba, salió de su escondite. Ya tenía un cuchillo en la mano.

El acero era un estilete fino y agudo, capaz de servir de navaja de afeitar en un caso de necesidad. La distancia que había entre Toushita y el *gángster* era de unos

dos metros. Toushita no podía fallar el tiro.

El arma se clavó hasta la empuñadura en el cuello del forajido. Éste soltó la «Thompson», que cayó al suelo con sordo estruendo, y se llevó ambas manos a la garganta, forcejeando por arrancarse el cuchillo de la herida. Mal asunto, porque el acero le había atravesado la tráquea. Las fuerzas le fallaron de pronto y cayó de bruces.

Entonces presencié algo horripilante. El pandillero, al caer, ya no podía utilizar unos brazos sin fuerza. Golpeó con el rostro contra el suelo y, al propio tiempo, el mango del cuchillo también chocó contra el mismo, terminando de hundirse en la herida. La punta del estilete le asomó por la nuca. Pateó un poco y se quedó quieto.

Me puse en pie, falto aún de respiración, con un temblor convulsivo en todos los miembros. Me daba la sensación de haber resucitado hacía tan sólo unos segundos.

Entonces escuché un ruido raro a mi derecha. Lo hacía Georgia, sentada en el suelo, cuyos dientes castañeteaban como tacones de un bailarín español. Estaba palidísima, y tenía los ojos fuera de las órbitas, contemplando el horrible espectáculo que ofrecía el cuerpo del asesino.

Sin remilgos de ninguna clase, la cogí por debajo de los brazos y la arrastré hasta la habitación contigua, sentándola tras mi mesa de despacho. Saqué un frasco con *whisky*, y se lo apliqué a los labios, cerrándole las narices a fin de obligarla a beber.

Mientras Georgia tosía, como consecuencia de la ingestión del alcohol, yo me aticé un trago más que regular. Entonces entró Toushita y me miró inquisitivamente.

—Yo me marcho. —Je dije—. Tengo que ver a Mac Intosh, y no quiero que se me haga demasiado tarde. Ustedes se quedan aquí y se enfrentarán con la policía.

—Conforme. Váyase tranquilo, jefe —manifestó el japonés, cuyo rostro no mostraba la menor emoción. Cuando se acercaba al teléfono, le recomendé—: Atienda a la chica, Toushita.

Agarré el sombrero y me precipité fuera del apartamento. Tuve que saltar por encima del fiambre, que estaba poniendo perdido de sangre el suelo, y en un momento me zambullí en el ascensor, antes casi de que empezaran a acudir los primeros curiosos.

Cuando pude conseguir un taxi, ya se escuchaban los alaridos de las sirenas policíacas. Me repantigué en el asiento y encendí un pitillo con manos que temblaban todavía.

Aspiré el humo ávidamente, tratando de calmar mis nervios, que estaban tensos como cuerdas de violín. Cuando uno se ha visto frente a la boca de una «Thompson» y ha escapado a la muerte por los pelos, la reacción no se hace esperar mucho. Claro que yo la había neutralizado un tanto con el *whisky* ingerido, y luego, el tabaco también contribuyó a dejarme relativamente en buen estado.

Un cuarto de hora más tarde, el taxi se detenía a la puerta de la casa de Mac Intosh. Pagué, me apeé y acto seguido me enfrenté con el cancerbero que guardaba celosamente el enrejado acceso a la mansión.

La casa de mi contratante estaba situada en lo alto de una pequeña loma, que dominaba la carretera que corría a lo largo de la costa. Un fantástico parque, construido tan artificialmente que parecía natural, rodeaba con su frondosa arboleda el edificio, capaz de albergar un regimiento blindado, con tanques y todos los servicios. El parque, aproximadamente cuadrado, tenía casi medio kilómetro por cada lado, y todo él estaba rodeado por una altísima tapia, rematada por una interminable hilera de aguzados pinchos de hierro, distribuidos de manera sabiamente irregular, con el fin de desalentar a cualquier caco que quisiera penetrar de modo subrepticio en la mansión.

El acceso al parque estaba defendido por una sólida verja de hierro, al otro lado del cual se hallaba el pabellón del portero. Éste me miró desdeñosamente a través de los hierros.

—¿Qué desea? —preguntó altivamente.

—Estoy citado con el señor Mac Intosh.

—¿Su nombre?

—Stirling, Lance Stirling.

—Bien. Aguarde un momento.

No empleó el «señor», ni el «por favor», ni un solo momento. En todo instante me trató como si fuera el privado de un rey, y yo el último mendigo, y leproso además, de la corte. El portero era un tipo que miraba de modo atravesado y aunque, sus ademanes eran, aparentemente, correctos, dentro de lo despreciativo, yo, que a veces suelo fiarme un poquito del corazón, encontré raro que Mac Intosh lo tuviese empleado en un puesto de tanta confianza.

Pero, en fin, aquello no me importaba. Lo interesante para mí era la entrevista que iba a sostener con el millonario. Hube de aguardar, pues, a que el portero confirmara mis declaraciones, y esto tardó un par de minutos. Al fin, la reja se abrió sola, sin duda por la acción de un mecanismo de control remoto, permitiéndome el paso al enarenado sendero que conducía, en pendiente ascendente, hasta la mansión. Ésta distaba de la verja de entrada unos cien metros. El sendero torcía luego hacia la izquierda, desembocando en una extensa plazoleta destinada al aparcamiento de los vehículos.

Al llegar allí, divisé un enorme coche negro parado frente a la entrada principal del edificio. El coche ofrecía un aspecto anacrónico apenas lo miraba uno, mas no tardé en justificar mi primera impresión al advertir que se trataba de un «Rolls-Royce» del año treinta y cuatro.

Preguntándome quién demonios podría ser el dueño de tal reliquia, ascendí la media docena de peldaños que conducían al amplio pórtico de estilo pseudoclásico, el cual era una no muy acertada imitación del Partenón ateniense. El frontón estaba sostenido por una docena de columnas de orden dórico, cuyo mármol resplandecía bajo los rayos del sol matutino.

Salió a recibirme un estirado mayordomo de cara de palo, que se dignó mover un

párpado para mirarme.

—Estoy citado con el señor Mac Intosh —manifesté.

Cara de Palo movió un par de milímetros de su labio izquierdo.

—Tenga la bondad de seguirme.

Eché a andar detrás del mayordomo, quien me condujo a una enorme sala que más parecía el hangar del entrepuente de un portaaviones que un recibidor.

—Deberá esperar unos momentos, señor —dijo Cara de Palo—. El señor Mac Intosh está ocupado con una visita. ¿Desea que se le sirva algo mientras tanto?

Aproveché la ocasión. Todavía me duraba en el cuerpo el gusanillo de la sesión de fuegos artificiales que me habían dedicado aún no hacía media hora.

—Gracias —dije—. Una taza de café me vendría muy bien, en efecto.

—Haré que se lo sirvan al señor inmediatamente —dicho lo cual, Cara de Palo se retiró con la majestuosidad y el empaque de un virrey.

Mientras fumaba un cigarrillo, me acerqué a una de las ventanas. La fachada del edificio daba al Este, es decir, la espalda al mar, en tanto que la habitación en que me hallaba, estaba en el ángulo noroeste de la casa, de modo que podía verse a la vez el mar y la tierra. En ésta y a unos quinientos metros de distancia, había una casa, en dirección norte.

Me extrañó el emplazamiento de la citada casa. Hallábase situada sobre un promontorio rocoso que se alzaba a más de cincuenta metros sobre las olas del océano que batían incesantemente los acantilados de la base, y en un principio daba la sensación de ser un castillo roqueño, colgado sobre el mar. Preguntándome quién podría ser el dueño de tan original como audaz construcción, dejé pasar el rato, en tanto sorbía el café que me había traído una camarera.

De pronto, se abrió la puerta. Me volví al oír el chasquido del pomo. No era el señor Mac Intosh, pero tampoco lo lamenté.

Era fina y esbelta, dotada de ciertas redondeces, las cuales se adivinaban mórbidas y turgentes bajo la tela de la blusa negra que vestía, que tanto encanto prestan a las mujeres. Su cabello tenía un peculiar color leonado, con reflejos dorados u oscuros, según la incidencia de la luz, y sus ojos eran grises, color de acero, rasgados y hermosos. Apenas llevaba otro maquillaje que un discreto toque de carmín en los labios, sensuales y carnosos. De la cintura para abajo, su espléndida escultura estaba enfundada en unos ceñidos pantalones de lana negra, y se calzaba con unas sandalias de alto tacón y análogo color al resto de la indumentaria.

Traía en la mano una larga boquilla, con un cigarrillo apagado al extremo de la misma. Se me acercó, ondulando insinuante, en tanto que me miraba con fijeza.

—¿Tiene un fósforo? —preguntó con voz grave, pero melodiosa.

Saqué el encendedor. Ella aspiró el humo y me lo echó a la cara.

—Soy Ruth Mac Intosh —dijo.

—Encantado de conocerla, señorita Mae Intosh —murmuré—. Mi nombre es...

—No siga, señor Stirling. Conozco perfectamente su identidad, como asimismo

los motivos que le han traído a mi casa.

Levanté las cejas.

—Esto es nuevo para mí —contesté—. Su padre no me había hablado para nada de usted, señorita Mac Intosh.

—Tengo que hablar con usted, señor Stirling. Necesito hablarle. Quizá no con urgencia, pero sí imprescindiblemente.

—Me tiene usted por completo a su disposición, señorita —dije, preguntándome para qué diablos me necesitaba aquella chica tan estupenda—. ¿De qué se trata?

—Ahora no podría decírselo. Es mucho lo que hemos de hablar, y mi padre le llamará antes de que terminemos. Lo mejor será dejarlo para la noche. ¿Conoce usted el «Pendragon»?

Me estremecí. El «Pendragon» era un local en el que sólo por pronunciar el nombre le cobraban ya a uno dos «pavos». Había que ser *muy* millonario para poder pagar sus fantásticas minutas. Claro que el espectáculo que se ofrecía allí valía la pena, lo mismo que su cocina y su carta de vinos.

—Por supuesto —dije con aire negligente.

—A las siete y media. Tendré mesa reservada, señor Stirling. No lo olvide.

—¿Cómo podría permitirme tal pecado? —dije. Pero ella ya no me contestó; giró sobre sus talones y se alejó, balanceando cadenciosamente las caderas.

Pasaron quince minutos más. Empecé a impacientarme. Ya me había fumado varios cigarrillos y me conocía de memoria el panorama que se vislumbraba al otro lado de las ventanas. Me puse un poco nervioso y casi sin saber lo que me hacía, abrí la puerta de la estancia.

En aquel momento, el dueño de la casa salía de su despacho acompañado de su visitante, un extraño visitante, a fe.

La todavía juvenil corpulencia de Greg Mac Intosh contrastaba con la delgadez del individuo que le acompañaba. Bien mirado, no parecía tan flaco, aunque daba esta sensación al lado de un tipo de hombros tan anchos y de tan buena estatura como era Mac Intosh.

Pero, además, había otro detalle que hacía aún más curioso al visitante. Poseía una barba negra, frondosa, aunque muy bien cuidada, que le ocultaba el rostro casi por completo, a excepción de los ojos oscuros, de magnético mirar. Su cabello era igualmente muy negro y abundante, y formaba una especie de casco brillante sobre la cabeza, llegándole hasta más abajo de la nuca por detrás, y tapándole casi las orejas.

Mac Intosh levantó una mano al verme.

—Ah, señor Stirling —dijo—. Excúseme. He estado muy ocupado hasta ahora con el señor Kreiger. —Se volvió hacia éste y nos presentó.

Kreiger murmuró unas frases banales de salutación y me estrechó la mano. Noté la suya, fina, pero fuerte. Le dije que estaba encantado de conocerle, y luego el tipo se alejó, acompañado por el dueño de la casa.

Mac Intosh volvió más tarde, y me hizo entrar a su despacho. Cerró

cuidadosamente la puerta y se sentó tras su mesa. Yo lo hice en un cómodo butacón frente a él.

—¿Dónde están los documentos? —preguntó, sin más preámbulos.

—No los tengo. No los encontré. —Di por sentado que el millonario ya conocía la muerte de Gugsie—. Cuando yo llegué allí, ya se los habían llevado.

Le expliqué lo que me había sucedido la noche anterior, incluyendo la regadera de balas con que nos habían obsequiado poco antes. Observé el rostro de mi anfitrión mientras hablaba.

A medida que avanzaba en mi relato, el rostro de Mac Intosh palidecía más y más, hasta que finalmente quedó cubierto por una capa de ceniza gris. Era hombre fuerte y resuelto, pero sus manos temblaban perceptiblemente.

—¿Co... notó usted a los tipos que mataron a Gugsie? —dijo finalmente.

—No los había visto en mi vida —repuse—. De todas formas, no tiene por qué alarmarse tanto, señor Mac Intosh. Gugsie le estaba sometiendo a usted a un chantaje. El que le quitó los documentos hará lo propio. Ésta es la ocasión para que se entienda con él y los recupere de una vez para siempre.

—No querrá —dijo con voz insegura.

—¿Por qué no? —repliqué—. Todo depende de la cantidad de dinero que usted le ofrezca. Y a usted no le faltan los dólares, precisamente.

Mac Intosh calló un momento.

—La policía habrá empezado ya a indagar sobre el asesinato de Gugsie. Para mí es vital que descubra usted al criminal, antes de que lo puedan hacer ellos.

—Bueno —dije, con tono negligente—. Aun suponiendo que la policía consiguiese atrapar al criminal y le pescase esos documentos, la cosa tendría arreglo. Tengo algunos buenos amigos en Jefatura, señor Mac Intosh, y trataríamos de solucionarlo con la máxima discreción. A fin de cuentas, no es usted el único que ha bebido los vientos por una cara bonita, y se le ha ido luego la mano en la correspondencia amorosa. En este aspecto, los policías suelen ser comprensivos, créame.

Mac Intosh me miró fijamente. Sus ojos llameaban.

—¡Ojalá se tratase de unas cartas de amor! —respondió al cabo—. Es algo peor, mucho peor. —Hizo una pausa para encender un cigarrillo con mano temblorosa. Luego me preguntó—: ¿Puedo confiar en su discreción, Stirling?

—Se me paga para eso —contesté secamente.

Entonces, el millonario empezó a hablar. Habló durante largo rato, y me relató la historia más asombrosa y sórdida que yo había escuchado en mi vida. Jamás hubiera sido capaz de sospechar un pasado semejante en la vida de un hombre de tan, aparentemente, intachable conducta, como el que tenía frente a mí.

Cuando terminó de hablar, estaba sudoroso y jadeante. Se fue hacia un aparadorcito y sirvió dos buenas dosis de licor. Sabía que también a mí me hacía falta.

Después de beber, ambos nos sentimos un poco mejor. Prendí un cigarrillo y disparé una pregunta a través del humo.

—¿Cuáles eran sus relaciones con Gugsie?

—En tiempos, fue mi hombre de confianza, señor Stirling.

—Después, usted resolvió ser honorable y se separaron.

—Justamente, así fue.

—Gugsie había caído ahora muy bajo.

—Tenía el cuerpo atiborrado de heroína. Le dio por las drogas en los últimos días de nuestra sociedad. Ésta también fue una razón que me indujo a la separación.

—Pero él debió sacar también una buena tajada de la sociedad.

—Lo suficiente para vivir como un príncipe durante el resto de sus días si hubiese tenido un adarme de sensatez.

—Eso quiere decir que se gastó todo su dinero en la maldita droga —observé, pensativamente.

—Así fue. Mientras él se hundía más y más en la abyección, yo fui prosperando, gracias a que invertí el dinero logrado en negocios honrados y, todo es preciso decirlo, muy saneados. Esto creó en Gugsie un completo de resentimiento y frustración, del que resultaba muy difícil por no decir imposible, sacarlo.

—Y, claro, al quedarse sin blanca, buscó el medio mejor de obtener dinero para continuar sufragándose el brutal gasto diario que le originaba su narcomanía.

—Exactamente. Por eso recurrió a mí. En los primeros tiempos, no hay por qué negarlo, me dio lástima y le ayudé. Después, cuando vi que no tenía remedio, le abandoné. Entonces, él me robó aquellos documentos.

—¿Cómo lo hizo?

—Era un individuo muy hábil. Sospecho que debió ser en alguna de las ocasiones en que vino a visitarme, posiblemente de las primeras veces, cuando aún no había empezado a desconfiar totalmente de él. Siempre tengo algo de numerario en casa, en una caja fuerte empotrada en la pared. Quizá vino en alguna ocasión en que yo me hallaba ausente y se quedó esperándome en el despacho. La servidumbre ya le conocía y le dejó pasar sin dificultad. Como sabía dónde estaba la caja, no le fue difícil —supongo—, aprovechar aquellos pocos minutos de soledad para abrirla y extraer los documentos.

—¿Forzó el arca?

—No. Tenía una especial habilidad para las cosas mecánicas, y un oído finísimo. Haría girar los discos numerados hasta averiguar la clave. Fue listo, porque no tocó un céntimo del dinero que encontró dentro. Sabía que yo podía notarlo, y en cambio, la falta de los documentos, tardaría mucho más en ser advertida, como así ocurrió, en efecto. Dejó pasar un tiempo prudencial, y en cuanto advirtió que la fuente se había secado, hizo emerger los documentos a la superficie.

—Fue usted muy imprudente al conservarlos —manifesté.

Mac Intosh se encogió de hombros.

—Posiblemente. Pero había en ellos cosas que también me hubieran servido como arma de represalia para otros miembros del *gang*, caso de que éstos se hubieran decidido a atacarme. Sin embargo, la mayoría, al liquidarse la sociedad, decidieron seguir el camino honrado, y así continúan. Muchos de ellos progresaron notablemente, señor Stirling, y se asombraría usted al conocer algunos de sus nombres.

Me estremecí.

—Eso quiere decir que el asesino de Gugsie, además de extorsionarle a usted, como seguramente hará en cuanto pueda, se meterá también con los antiguos componentes de la banda.

—Mucho me temo que sí, señor Stirling —concordó el millonario.

Le miré fijamente a los ojos.

—Seamos francos. No es usted sólo el que se siente amenazado, sino los que ahora son miembros respetables de esta comunidad, y que temen que su sucio pasado surja a la luz pública.

—Exactamente —confesó mi interlocutor.

Saqué una libreta de notas de mi bolsillo.

—Deme sus nombres y direcciones —dije—. Lo necesito para verlos uno por uno y recabar cuantos detalles pueda sobre el caso.

—¿Para qué más detalles? Yo era el jefe; lo que yo no supiera...

—Los otros eran sus subordinados. Pueden saber cosas pequeñas, aparentemente sin valor para usted, pero que para mí pueden tenerlo, y muy grande en una ocasión como la presente. Vamos, no titubee; mi discreción está garantizada.

Mac Intosh lanzó un suspiro y empezó a citar algunos nombres —más de uno me dejó estupefacto, aunque procuré no demostrarlo—, con sus respectivas direcciones. Anoté todos en la libreta y al terminar, guardé ésta cuidadosamente.

Hice una sugerencia.

—Estoy seguro de que todos ellos le han encomendado la dirección del negocio.

—Así es —confesó el millonario—. Cuando se enteraron de la desaparición de los documentos, me rogaron que lo solucionase yo. No pude negarme a ello, compréndalo.

—Perfectamente. Trataré de resolver el asunto antes de que lo haga la policía.

—Si no fuese así, se originaría un escándalo terrible, señor Stirling. Después del tiempo pasado, no iría a parar a la cárcel, pero mi reputación resultaría terriblemente dañada. Por mí, en último caso, no me importaría tanto.

—Pero está su hija.

Mac Intosh apretó los labios.

—Sí —dijo.

—Comprendo —murmuré, poniéndome en pie—. Tendrá que facilitarme algún dinero. Ahora las cosas se han puesto peor con la muerte de Gugsie. Quizá tenga que «engrasar» alguna lengua reacia a hablar, y no conozco cosa mejor, aparte de la

tortura, que el dinero.

—De acuerdo. Le daré dos mil a cuenta. Si lo resuelve todo satisfactoriamente, no se quejará de mí, señor Stirling.

Y se sentó en la mesa, sacando el libro de cheques para extenderme uno.

—Alto —dije, deteniéndole la acción—. Deme billetes. Es mejor para los dos. Se evita la pérdida de tiempo, y nadie tiene que saber que he ingresado en mi cuenta un cheque firmado por Greg Mac Intosh.

—Tiene usted razón —concordó el millonario.

Cinco minutos más tarde, salía de la casa, escoltado por el impasible mayordomo. Al bajar los peldaños del pórtico, divisé a Ruth.

La muchacha se había puesto un coquetón delantalito y estaba cuidando las flores de un parterre. Tenía el gesto serio, pero vi brillar en sus ojos una chispa de inteligencia al pasar junto a ella.

—A las siete y media en el «Pendragon», no lo olvide —dijo en voz baja.

—¿Usted cree que podría olvidar una cita semejante? —respondí con aire de indiferencia.

Se puso colorada y abrió la boca para contestarme, pero no le di tiempo a ello. Silbando una cancioncilla, me encaminé hacia la salida del parque.

Estaba muy contento. Tenía un buen caso entre manos, había conocido a una chica estupenda y, para colmo, un apetitoso rollo de billetes crujía deliciosamente en el bolsillo derecho de mi pantalón.

CAPÍTULO IV

Entré en un bar para tomar una cerveza. Hacía calor, y la atmósfera, en los últimos días, era sofocante. Hacia el sur se veían todas las tardes unas nubes de tormenta, que luego se disipaban con el alba.

Mientras me servían la cerveza, llamé a la oficina. Inmediatamente, coincidiendo con la llamada, escuché un «¡clic!», muy suave, apenas perceptible, que me preocupó bastante. ¿Quién estaba interviniendo nuestro teléfono? ¿La policía? ¿Los *amigos* de Gugsie?

Por si acaso, procuré ser cauto.

—Habla Lance —dije—. ¿Alguna novedad?

—He tenido que tomarme dos aspirinas y un litro de café, jefe —dijo la secretaria—. La policía me ha mareado a preguntas. Quisiera ser como Toushita. Ése sí que no se inmuta por nada. Yo, en cambio...

—Corte el grifo, guapa —dije—. ¿Algo más?

—Sí, jefe. El sargento Reilly quiere verle lo antes posible. Preguntó por qué no estaba usted aquí. Entonces, yo le dije...

—Me lo supongo —volví a interrumpirla—. ¿Molestaron a Toushita?

—No, salvo que le han prohibido moverse de la ciudad. El sargento Reilly consideró la muerte del forajido como un acto de legítima defensa, y así lo hará constar en su informe. Pero está muy interesado en averiguar por qué aquel tipo quería llenarnos el cuerpo de plomo.

—El sargento Reilly y yo pensamos igual, preciosidad. Si vuelve a llamar, dile que iré a verle en cuanto pueda.

—¿A dónde va usted ahora, jefe? —preguntó Georgia, inquieta.

—Ya te lo diré otro rato. Ahora tengo mucha prisa. Hasta luego.

Había hablado demasiado, en contra de mis deseos, y por eso colgué sin hacer a la muchacha todas las preguntas que tenía a flor de labios. Salí de la cabina y me enfrenté con la cerveza, en tanto procuraba un poco de trabajo a mi cerebro.

Mientras pensaba, me di cuenta vagamente de una pequeña discusión que se estaba produciendo al otro lado del mostrador.

El bar estaba situado al borde de la carretera y era un pequeño parador destinado a satisfacer las necesidades de los automovilistas. En aquel momento, salvo el dueño y los dos tipos que hablaban con él, no había allí otra persona que yo. El dueño era un individuo de unos cincuenta y tantos años, de aspecto gastado y cansado, al mismo tiempo, como si la vida no se hubiese portado muy bien con él. En efecto, el bar no parecía muy boyante, y daba la sensación de que su propietario se veía en dificultades económicas para continuar adelante con el negocio.

De momento, no hice mucho caso de la discusión, sumido como estaba en mis

pensamientos. Pero, de repente, un ruido extraño me hizo volver la cabeza.

¡Plaf!

Respingué. Alguien acababa de recibir una soberana bofetada. Y era el dueño, precisamente, el cual, con una expresión de miedo en los ojos, aplicada su mano izquierda a la mejilla del mismo lado, retrocedía un par de pasos ante el avance de uno de los dos tipos.

El individuo alcanzó al propietario enseguida. Agarrándole por el cuello de la camisa, empezó a zarandearlo brutalmente.

Aquello me indignó. Carecía de antecedentes sobre el asunto, pero ver que dos hombres jóvenes y fuertes maltratasen a otro que muy bien podía ser su padre, me hizo hervir la sangre.

Uno de los pandilleros era muy joven, apenas veinte años, con el rostro cubierto de granos y pústulas, lo cual le confería un aspecto repugnante. Era de mediana estatura y tiraba a enclenque, cosa que quería disimular con el excesivo guateado de las hombreras de su chillona chaqueta a cuadros. Su camisa era oscura, y su sombrero estaba rodeado de una ancha cinta jaspeada en gris y azul fuerte. El típico *gángster* que se cree el amo del mundo sólo porque lleva una pistola bajo la chaqueta, vamos.

El otro era un poco más alto y más fuerte, pero su aspecto resultaba igualmente desagradable. Éste era el que golpeaba al viejo, en tanto que «Granitos» reía, enseñando unos dientes amarillos y roídos por la caries, como si la cosa le resultase muy divertida.

No pude resistirlo. Dejé la cerveza a un lado y me dirigí hacia el trío.

—Esto que hacen no está bien —dije—. Golpear a un viejo que no puede defenderse es vergonzoso.

«Granitos» me miró de arriba abajo con gesto despectivo. Al fin, movió la mano, señalando con el pulgar a su espalda.

—Lárguese, hermano —dijo al cabo—. Éste no es asunto que le incumba.

El otro, que seguía sujetando al viejo con ambas manos, volvió la vista.

—Luke, hazle que se vaya —murmuró, y continuó con su labor. Había confundido al pobre dueño con una coctelera.

—Dígale a su amigo que suelte a ese hombre —me dirigí a «Granitos»—. Lo va a pasar mal si no lo hace.

—¿Has oído, Spiro? —murmuró el pandillero. Dio unos tirones a los faldones de su chaqueta y abombó el canijo pecho.

El llamado Spiro se cansó de mover la coctelera, y se vino hacia mí hecho un basilisco.

—Lárguese, compadre —dijo con tono truculento—. Nadie le dio cirio para este entierro, conque váyase antes de que le enviemos al hospital.

Miré al viejo. Estaba lívido y tembloroso, y trataba de enjugarse la sangre que le corría de los labios con el pico del delantal.

—Pídanle excusas —dije—. Lo que han hecho con él, no tiene nombre.

El llamado Spiro se puso las manos en las caderas.

—Oiga, amigo, ¿acaso hablamos mal? Ya nos oyó usted: váyase. Lárguese, estorba. Tenemos trabajo, ¿sabe?

—Aún tienen que pegarle más, ¿verdad?

«Granitos» fue el que intervino ahora.

—¿Y qué, si lo hacemos? Eso es cuenta nuestra y no suya, entrometido. Le pegamos porque sí, porque... nos es antipático. Y para que vea, voy a darle yo ahora. Trate de impedírmelo si puede.

Y echó a andar hacia el pobre viejo, el cual, acobardado, se aplastó contra el mostrador, mirando a «Granitos» con ojos de terror.

Di un paso hacia adelante. Spiro lo esperaba, puesto que se me plantó en medio, obstruyéndome el camino con cínica sonrisa.

—Le voy a apartar a un lado, hijo de perra —murmuré.

El insulto le escoció, que es lo que yo quería. Spiro avanzó su puño hacia mi rostro. El muy bastardo tenía en él unos nudillos de acero, que se había colocado mientras charlábamos.

Ladeé la cabeza ligeramente, al tiempo que giraba hacia mi derecha. El puño de Spiro pasó inofensivamente por encima de mi hombro, en tanto que su propietario perdía el equilibrio.

Alargué la mano derecha y atrapé la muñeca del pandillero con presa de hierro. Su brazo se quedó rígido, erecto; levanté la mano izquierda y le golpeé con el filo. Hubo un seco chasquido y a continuación, Spiro empezó a soltar alaridos. Corté el grifo de los berridos con un seco puñetazo a la mandíbula y el *gángster* se desplomó como un saco.

Sonó una maldición. Procedía de los pálidos labios de «Granitos», el cual había interrumpido su labor apenas iniciada al ver el resultado de la pelea entre su compinche y yo. Soltando al pobre viejo, se vino hacia mí. Sus ojos destellaban con furia homicida.

Alargó el brazo derecho tan bruscamente, que si no encojo el estómago, me saca las tripas al fresco. Un agudísimo estilete brillaba en su mano derecha, y su sola presencia me hizo sentir un frío siberiano en el cogote.

«Granitos» me enseñó nuevamente los dientes. Una fétida tufarada de aliento queapestaba a ajo me golpeó el rostro, revolviéndome el estómago.

—No te alejes tanto, valiente —siseó. Dio un salto hacia mí y movió el brazo en semicírculo. Tenía ganas de hacerme el harakiri.

Pude esquivar el segundo viaje. No estaba tan seguro de hacerlo con el tercero. Daba la casualidad de que, en mi retroceso, había llegado ya con la espalda al mostrador y no podía continuar más hacia atrás.

Entonces toqué con el codo el vaso de cerveza que todavía no había concluido de beber. Con gesto rapidísimo, moví la mano y se lo lancé al rostro.

Mi puntería no fue tan exacta como pretendía. El vaso golpeó el hombro de

«Granitos», y luego cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos; pero esto fue suficiente para hacerle perder su ritmo. Un poco de cerveza le saltó a la cara y hubo de entretenerse en limpiársela. Éste fue el momento que elegí yo para desarmarle.

Salté hacia adelante y le agarré la muñeca derecha, retorciéndosela despiadadamente. Crujieron los huesos y el arma cayó al suelo. El enteco pandillero gimió.

Pero aquello me había sacado ya de quicio. Estaba ciego de cólera, no sólo por lo que le habían hecho al pobre viejo, sino también por lo que el repugnante granuja había tratado de hacerme a mí. Conque le acorralé contra el mostrador y empecé a cepillarle la cara a modo.

Cuando terminé, tenía el rostro morado. Se dejó caer al suelo sentado, en tanto lloraba desconsoladamente. Me dio asco, palabra.

—¡Basta, basta! —gemía—. No me pegue más.

El otro empezaba a rebullirse. Le acaricié la mandíbula con la puntera del zapato y volvió a su sueño, apenas interrumpido.

Acto seguido, cogí a «Granitos» por el cuello y lo puse en pie.

—Vamos, sucio bastardo, llévate a tu amigo o te romperé un brazo igual que a él.

«Granitos» asintió. Estaba pálido de miedo. Se agachó y tiró de su compinche, arrastrándolo hacia la salida. Les seguí, con la mano cerca de la pistola, por si acaso.

Tenían un coche fuera. El menudo pandillero metió a su compañero en el interior, con no pocas fatigas. Luego se sentó tras el volante. Cuando me miró, sus ojos carecían de piedad.

—Volveremos a vemos —dijo.

Asentí con la cabeza.

—A vuestra disposición para lo que gustéis —respondí.

«Granitos» puso en marcha el motor y se alejó. Cuando el coche hubo desaparecido de mi vista, regresé al interior.

—Lamento lo que le han hecho —dije al viejo.

—¿Por qué se metió en donde no le llamaban? —fue la sorprendente respuesta que recibí.

La frase me dejó tan sin aliento, que no tuve fuerzas ni para darle la réplica adecuada. El viejo continuó.

—Ahora volverán y será peor para mí. Nadie le llamó, conque láruese y déjeme en paz. Le perdono la cerveza, pero váyase.

Fruncí el ceño.

—Trataba sólo de ayudarle, amigo —dije—. ¿Por qué le pegaban esos dos tipos? Tienen pinta de *gangsters*.

—Eso no le importa a usted. —El viejo trabajaba afanosamente en reparar los desperfectos que se habían ocasionado durante la pelea—. Le he dicho que se vaya. No quiero verle más. Déjeme en paz.

Pero en lugar de hacerlo, me apoyé en el mostrador. La actitud del dueño del bar

me infundía bastante curiosidad.

—Estoy seguro —dije lentamente—, que esos dos tipos pertenecen a algún *gang* de los que se dedican a prestar «protección» a los industriales. Dígame si me equivoco, amigo.

—Sí —contestó hoscamente el viejo.

Conocía el procedimiento. Una determinada pandilla de forajidos se especializa en prestar «protección» a los establecimientos para evitarles unos posibles daños que sólo ellos mismos les inferirían de no pagar un determinado canon periódicamente. Si alguno de los «contratantes» de la citada protección se retrasa en el pago de alguna cuota, entonces, los esbirros van y le convencen de que debe seguir siendo puntual en el abono. La persuasión puede realizarse de muchas formas, una de ellas, la que habían empleado Spiro y su granulado compadre.

Pero el dueño del bar manifestaba que no le protegía nadie. Entonces, ¿por qué el vapuleo?

Arrugué el entrecejo, pensando profundamente. Una súbita idea me vino a la imaginación. Acababa de recordar el inicio de la fortuna de Mac Intosh.

Encendí un cigarrillo y con tono intrascendente, dije:

—¿Cuánto les debe usted?

El viejo se volvió hacia mí como picado por un áspid.

—¡No les debo nada! —chilló—. ¡Váyase de aquí!, ¿me oye? Váyase y ojalá no hubiera venido a mi establecimiento.

—¿Quién es el prestamista, buen hombre? —insistí, sin conceder atención a sus gritos.

—¿Es usted policía? —preguntó el viejo suspicazmente.

—No, pero tengo buenos amigos en la Jefatura. Podrían echarnos una mano si se lo pidiera. A los dos, por supuesto.

—Está tratando de sonsacarme. Pero no hablaré. De modo que si quiere quedarse, quédese. —Dicho lo cual, pasó detrás del mostrador, y empezó a fregarlo con furia.

Tiré el cigarrillo al suelo y lo aplasté con el tacón. Ya sabía lo que había sucedido. La actitud del dueño del bar era por demás elocuente.

—Bueno, allá usted si, no quiere que le eche una mano —dije. Saqué una tarjeta de visita y la dejé sobre la barra—. Ésa es mi dirección, por si varía de pensamiento —y salí.

Ya en la carretera, busqué el modo de llegar hasta la ciudad con el mínimo de esfuerzo. Afortunadamente, no tardó en pasar un taxi, al que detuve.

En el momento en que me disponía a montar en el vehículo, un automóvil hecho en Europa, pasó por nuestro lado a ciento veinte a la hora.

El coche era un Lancia de un detonante color rojo, descapotable. Iba una mujer al volante, conduciéndolo con pericia innegable. La visión fue rápida, pero, tuve tiempo, sin embargo, de reconocerla: era la dama de negro con la cual había chocado el día anterior a la entrada de los almacenes. Ella no me vio.

CAPÍTULO V

A mediodía decidí tomar un bocadillo. Después de lo sucedido en el parador de la carretera, había hecho un par de gestiones —las cuales resultaron infructuosas por el cerrado mutismo de los entrevistados—, y el resultado había sido hambre y cansancio.

Busqué un lugar relativamente discreto, y pedí un buen bocadillo de carne picada, con ensalada y mostaza, regado todo ello con cerveza abundante. A punto de terminar, un par de individuos se plantaron frente a mí.

Levanté la vista. El aspecto de aquellos dos tipos no me satisfizo en absoluto. En cuanto los vi, preví que las complicaciones estaban a punto de producirse.

Desde luego, tenían mucho mejor aspecto que Spiro y su compañero Luke, «el Granitos». Podían haber pasado por honrados comerciantes o algo por el estilo, de no haber sido por la expresión de dureza casi metálica que se reflejaba en sus pupilas. Eran *gangsters*, pero de los finos, al menos en apariencia.

El calor aumentó y no en las cercanías, sino en mi cara. No obstante, procuré disimular.

—Tengo entendido —dijo uno de ellos, joven aún y de no mala presencia— que esta mañana tuvo usted un tropezón con unos amigos míos.

Era inútil andar con fingimientos.

—En todo caso, lo correcto sería decir que fueron ellos quienes tropezaron conmigo —repuse—. Pero, siéntense —añadí correctamente. Había que conservar la tranquilidad—. ¿No desean tomar nada fresco? Hace mucho calor estos días, ¿no creen?

Los dos tipos se consultaron con la mirada y acabaron por acceder. Uno de ellos levantó la mano, y el camarero acudió al instante.

Seguí comiendo tranquilamente. El primero que había hablado, dijo:

—Mi nombre es Fred Corsack. Éste es Tony Hadoe —señaló a su compinche—. ¿No ha oído hablar de mí, señor Stirling?

—En absoluto —contesté—. En cambio, yo debo ser mucho más famoso que usted, porque, a lo que veo, me ha conocido de inmediato. ¿Dónde nos presentaron, señor Corsack?

—En ninguna parte —contestó éste, secamente—. Y sería mucho mejor que no nos hubiéramos conocido nunca.

—Mejor, ¿para quién? —repliqué tan fresco—. ¿Para mí o para ustedes?

—Para usted —dijo Corsack—. Pasaremos por alto lo que ha sucedido esta mañana en el parador del viejo Sam. Encuentro justificado que usted se sintiera ofendido al ver los procedimientos que usaban mis muchachos. Posiblemente —añadió con aire conciliador—, se excedieron en sus atribuciones. Pero no lo vuelva a

hacer. No lo haga más o tendrá que lamentarlo.

—Por supuesto que no, amigo Corsack —murmuré—. Lo de esta mañana fue una casualidad y, como comprenderá, no voy a pasarme la vida siguiendo a un par de tipos tan repugnantes como Spiro y Luke. Tengo otras cosas que hacer, comprenda.

—Sabemos lo que tiene que hacer, señor Stirling. Puede que le parezca extraño, pero estamos enterados de su trabajo —dijo el fulano de modo sorprendente—. De modo extraordinario, ha coincidido usted con dos de los míos. Abandone el encargo que le dio Greg Mac Intosh.

Esto último lo dijo sin pizca de ironía, antes al contrario, muy seriamente.

—Su servicio de información es excelente. ¿Quién les ha dicho tantas cosas?

—Cuando queremos enterarnos de algo, lo sabemos.

—¿Saben también quién mató a «Terremoto» Gugsie? —dije de sopetón. Esperaba sorprenderlos, pero no se inmutaron.

—Posiblemente.

—Quizá fueron ustedes mismos.

—No. Pero tampoco tendríamos empacho en confesárselo si fuese verdad. Usted no podría utilizar esa información en contra nuestra. ¿De dónde iban a salir las pruebas acusatorias?

Su desfachatez no tenía límites. Muy poderosos debían ser o considerarse, cuando admitían tales cosas.

—De todas formas —dije—, no estábamos hablando de Gugsie, sino de nosotros. ¿Tienen más que decirme?

—Ya ha oído bastante, Stirling. Abandone el caso. Devuelva al millonario el anticipo que le dio y dedíquese a seguir maridos infieles y esposas casquivanas. Eso es lo suyo.

—Y no perseguir a honrados prestamistas que viven de obtener un saneado veinte por ciento semanal de sus préstamos, ¿verdad? —dije, interrumpiéndole.

Por primera vez desde que se iniciara el diálogo, los ojos de Corsack arrojaron destellos de ira. Su mano se crispó en torno al vaso de cerveza con tal fuerza, que por un momento creí iba a quebrarlo.

Sin embargo, supo contenerse y aún sonreír.

—Usted tampoco es tonto, amigo Stirling —expresó—. Aproveche esa cualidad y haga lo que le hemos recomendado. Es el medio más seguro para vivir largos años.

—¿Qué pasaría si no obedeciera tan sensato consejo? —pregunté.

—Me fastidiaría bastante —dijo Corsack—. Tendría que gastarme el dinero en una buena corona para su entierro y ése es un gasto que siempre he considerado como superfluo.

—Esta mañana no parecía pensar así cuando me envió a su pistolero para llenarme la barriga de plomo. El tipo se hinchó de darle gusto al gatillo.

—¿Qué está diciendo, Stirling? Yo no he enviado a nadie a...

—Ahórrese las excusas, Corsack; no le creeré. Lea la edición de los periódicos de

la tarde; vendrá muy interesante, se lo aseguré.

Corsack volvió la vista hacia su compañero, y abrió la boca como si quisiera decirle algo, pero se lo pensó mejor y retuvo la frase que había estado a punto de pronunciar.

—Está bien, detective; le creo. Pero sepa que no somos nosotros quienes hemos enviado a ese pistolero a eliminarle.

—Eso no quiere decir que en otra ocasión no lo hagan, si se les antoja.

—Usamos procedimientos más limpios para suprimir a la gente —manifestó orgullosamente.

Yo me encogí de hombros.

—Me es igual —dije—. Me han dado un encargo y lo cumpliré. Quizá ustedes sepan algo... aunque me da en la nariz que no, puesto que, pese a su apariencia, son solamente unos esbirros; de mayor categoría que Luke y Spiro, pero esbirros al fin y al cabo. ¿Me equivoco, Corsack?

—La palabra es fea, pero acertada, detective. —Se puso en pie—. Ya hemos hablado bastante. Medite bien lo que le conviene. En su lugar, yo no dudaría, Stirling.

—Sé lo que tengo que hacer y lo que no tengo que hacer. —Agité la mano y vino el camarero—. Tráigame un poco de bicarbonato —dije ofensivamente—. Se me ha estropeado la digestión. Lástima, porque la carne picada estaba riquísima.

Los dos fulanos se pusieron rojos al comprender la alusión. Pero ya no dijeron nada más; dieron media vuelta y se largaron en silencio.

Lo del bicarbonato, aunque pueda parecerlo, no era ninguna broma. Conozco a la gente de tal calaña, y sé que no suelen amenazar en vano. Corsack y su silencioso acólito me habían revuelto el estómago, así que tuve que tranquilizarlo con la medicina, y luego con un par de tazas de café.

Mientras fumaba un cigarrillo, pensé en lo que acababa de enterarme y me dije que a partir de aquel momento, las cosas se me pondrían muy muy difíciles. Una banda que contaba con tales medios de información, forzosamente tenía que estar magníficamente organizada. A mi entender, incluso debían tener alguien metido en casa del propio Mac Intosh. Quién podía ser este quintacolumnista era algo que ignoraba por el momento, pero dadas las circunstancias, la cosa parecía poco menos que segura del todo.

Al concluir mi refacción, consulté la libreta de notas. Había visitado dos de los seis individuos que me citara Mac Intosh. Quedaban cuatro, y como tenía tiempo de sobra, decidí entrevistarme, con el tercero de la lista. Atendía por Dude Clergy y vivía en East Shore, en los Apartamentos Tomlinson.

Aboné la cuenta y salí a la calle. Detuve un taxi y me hice conducir a la dirección anotada.

Los Apartamentos Tomlinson estaban instalados en un edificio de veintidós pisos, de pretenciosa apariencia y de un estilo ya pasado de moda. Incluso en los rascacielos hay épocas, y aquél pertenecía a las primeras, cuando el tener un rascacielos en la

ciudad se consideraba nota tanto de buen gusto como de potencia económica.

Pagué el importe de la carrera y me apeé del taxi. En aquel momento, una mujer lanzó un agudo grito.

La mujer estaba frente a mí y miraba hacia arriba, al mismo tiempo que chillaba de modo histérico. Volví la vista y apenas si tuve tiempo de dar un salto hacia adelante.

Una masa oscura que gemía de un modo espeluznante, cayó del cielo, estrellándose contra el suelo con tremendo choque, cuyo horripilante sonido vibra en mis oídos todavía. De vez en cuando, a pesar de que desde entonces ya ha pasado algún tiempo, tengo una pesadilla y veo en sueños aquel cuerpo humano aplastado contra la acera, la sangre salpicando todo el derredor y... no quiero entrar en detalles morbosos de mal gusto, pero aquello daba verdadero espanto.

Algo caliente y pegajoso me saltó al rostro en el momento de estrellarse el individuo contra el pavimento. Su cara pegó contra el cemento, deshaciéndose en una pulpa sanguinolenta de carne y hueso. Vagamente pude darme cuenta de que el taxista huía de allí como alma que lleva el diablo.

Un par de mujeres se desmayaron. Otra sufrió un ataque de nervios y empezó a agitarse epilépticamente, mientras dos o tres compasivos viandantes trataban de sujetarla en vano. La gente empezó a arremolinarse en torno al sangriento guiñapo que yacía sobre la acera.

Saqué un pañuelo y no sólo para limpiarme la cara. Estaba escrito que aquella tarde no iba a poder hacer la digestión a gusto. Forcé el gentío que se apelotonaba por salir del edificio Tomlinson y busqué los lavabos precipitadamente, considerando completamente perdido el dinero que me había gastado en comer.

Cuando salí, supongo, estaba amarillo. Demonios, uno tiene el valor normal y común de la gente sencilla, pero no todos los días se le estrella al lado de los pies un tipo que se tira de lo alto de un rascacielos. Si no chilla aquella buena mujer, ¿quién sabe si el individuo no me hubiera aplastado a mí debajo?

En la calle continuaba el jaleo. De pronto, una mujer entró llorando a lágrima viva, sujeta por un individuo de galoneado uniforme. Eran el conserje y su esposa, y ésta aparecía acongojadísima. Hablaba entre hipidos, y lo que decía me dejó helado.

—Pobre señor Clergy... ¿Quién lo iba a pensar? Tan buena persona... Jamás, jamás hubiera pensado que se le pasara por las mentes la idea del suicidio... Un hombre tan bueno, tan atento..., tan considerado siempre con nosotros... y ahora está muerto...

Iba a meterme en el ascensor, pero aquellas palabras me clavaron en el suelo. No obstante, reaccioné enseguida y me acerqué a la pareja, sacándome el sombrero.

—Ustedes dispensen —exclamé—. Me disponía a entrar en el edificio cuando ocurrió... Bueno, no es necesario repetirlo. ¿Conocían ustedes al señor Clergy? Yo también era amigo suyo y...

—Claro que lo conocíamos —la mujer del conserje trató de secarse las lágrimas

—. Era una excelente persona, muy bueno y muy atento con nosotros.

—¿Tenía dificultades? Quiero decir, económicas o de otra clase, en fin, algún motivo que le hubiera inducido al suicidio.

—Creo que no —contestó el conserje—. Abonaba puntualmente el alquiler de su apartamento y, por lo que sé, nunca dejó una factura sin pagar.

—¿Estaba casado?

—No. Era soltero, o al menos, eso decía.

—¿Tenía novia o prometida?

—No puedo decírselo, señor. En este aspecto, el señor Clergy era muy reservado, aunque, hablando francamente, no era, me parece, de los que se tiran por la ventana a la calle por culpa de una mujer.

—Ha sido una lástima, una verdadera lástima —dijo la mujer del conserje, volviendo a echarse a llorar.

No quise hacerme más el sospechoso. De buena gana, hubiera subido a registrar el apartamento de Clergy; pero sabía que no bien hubiera iniciado una exploración, aparecería la policía, pues esto era lo primero que harían apenas comenzasen la investigación rutinaria para averiguar las causas del suicidio. Por tanto, murmurando unas frases de condolencia, me dispuse a volver a la calle.

En aquel momento, la puerta del ascensor se abrió y dos individuos salieron de la caja del mismo. Al instante sentí como un latigazo eléctrico en mi espina dorsal.

No los conocía, no los había visto en mi vida, pero tenían un aspecto inconfundible para un tipo como yo, metido de lleno en los azares de una profesión nada tranquila. El jaleo en el exterior se había atenuado notablemente y la pareja continuó su camino hacia la calle como si nada hubiera ocurrido.

El vestíbulo del edificio Tomlinson era bastante amplio, y pude verlos venir con toda tranquilidad por debajo del ala de mi sombrero, en tanto fingía prender un cigarrillo. Pasaron por delante de mí con perfecta tranquilidad. Uno de ellos era portador de una gran cartera de mano, en la cual, estoy seguro, llevaba armas, posiblemente una metralleta despiezada.

Cuando los dos individuos me hubieron rebasado, apagué el encendedor y entonces, con gesto indiferente, eché tras ellos.

En la calle caminaron con la misma indiferencia, entreteniéndose, incluso, en comentar el suceso recién acaecido. Unos metros más adelante tenían su coche, un sedán negro de inocuo aspecto, en el cual montaron, arrancando a continuación.

Levanté la mano y detuve el primer taxi que me salió al encuentro. Monté en el vehículo y le ordené seguir al sedán, enseñando como cebo al conductor un billete de diez dólares.

El taxista era un tipo vivo, sin duda, porque no se despegó del sedán negro ni un centímetro. Al cabo de unos diez minutos de persecución, vi que el coche donde viajaban los pandilleros se detenía frente a una casa vulgar, situada en la Calle Decimocuarta.

Para entonces ya estaba convencido de que Clergy no se había suicidado, sino que había sido defenestrado. En suma, un asesinato perpetrado por aquella pareja de individuos que habían salido del edificio Tomlinson cuando ya se habían aclarado un poco las cosas.

Pagué el taxi, el cual se había detenido a una distancia prudencial del sedán.

—¿Le espero, señor? —se ofreció obsequiosamente el conductor. Seguramente debía estar tomándome por algún policía, aunque, si se lo hubiera pensado bien, ningún policía da diez dólares como importe de un viaje que vale apenas uno y medio.

Agité la mano.

—Gracias, amigo; ya hizo bastante. —Y eché a andar hacia la casa, en la cual habían desaparecido los presuntos asesinos.

Para mí no ofrecía la menor duda el que la muerte de Clergy se debía a un crimen. Puede que no sea así, no he tenido ocasión de comprobarlo personalmente, pero no creo que ningún suicida que emplea la Ventana como medio de quitarse la vida baje gritando como gritaba Clergy. Y yo había oído aquel alarido, que fue cortado trágicamente por el terrorífico estruendo del golpazo de su cuerpo contra la acera.

Llegué a la casa. Miré hacia el interior del portal.

Era un edificio un tanto anticuado, carente de conserje. Ahora lo importante era saber dónde se habían escondido los asesinos de Clergy. ¿A qué piso habían subido?

Consulté mi reloj. Faltaban todavía dos horas largas para las siete y media. Frente a mí divisé una cafetería. Allí habría una guía telefónica. Quizá consultándola pudiese averiguar algo.

Mientras me servían una cerveza, miré la guía, buscando en ella en la sección callejera, el número doscientos setenta y cinco. Y al verlo, me maldije por mi estupidez. Tenía aquella dirección anotada en mi libreta, y allí vivía uno de los antiguos compinches de Mac Intosh, un tal Seth Spalf.

Un sudor frío me empapó inmediatamente la camisa. Sentí un choque eléctrico al comprender el objeto del viaje de aquellos dos forajidos al domicilio de Spalf.

Sin dudarle un segundo, arrojé una moneda sobre el mostrador, y me lancé como un loco hacia el edificio frontero.

CAPÍTULO VI

No me entretuve siquiera en usar el ascensor. Subí los escalones de cuatro en cuatro hasta detenerme ante una puerta con una placa en la cual podía leerse el nombre del inquilino.

Saqué de mi bolsillo aquella llave maestra que siempre solía llevar encima. Tras unos breves tanteos, conseguí, al fin, abrir la puerta.

Crucé el umbral en silencio, cerrando del mismo modo. Apenas lo hube hecho, oí ruido de golpes y gemidos. Era indudable que Spalf estaba recibiendo una buena zurra.

Atravesé el pequeño vestíbulo y pasé a la habitación inmediata. Abrí la puerta y me enfrenté con el espectáculo.

Aquella pareja carecía de conciencia. Acababan de matar a un hombre, defenestrándolo, y ya estaban metiéndose con otro. Y de qué manera.

Los dos le golpeaban sin compasión. Empleaban indistintamente puños y pies, según les fuera más cómodo. Spalf gemía sordamente, y en ocasiones trataba de defenderse, pero sus esfuerzos resultaban irrisorios y carentes de efectividad alguna. Cada vez que los pandilleros veían la reacción de su víctima, reían desconsideradamente.

Tan entretenidos estaban con su labor, que no se dieron cuenta de mi presencia en la habitación, la cual había sufrido ya notables daños. Tenían tanta seguridad en sí mismos, que incluso habían abandonado la cartera portapliegos en una silla, confiando en la incapacidad de Spalf para revolverse contra ellos.

Decidí, pues, aprovecharme de la ocasión. Avancé de puntillas y agarré con la mano izquierda el asa de la cartera, al propio tiempo que con la otra sacaba a relucir mi pistola.

—Párense —ordené conminatoriamente—. Dejen en paz al señor Spalf o de lo contrario les llenaré el cuerpo de plomo.

Los dos forajidos se volvieron instantáneamente al oír mi voz, muy sorprendidos al darse cuenta de que había una visita inesperada en la estancia. Permanecieron quietos apenas un segundo, pero esa inmovilidad cesó casi al instante.

Uno de ellos olvidó mi intimación y echó mano a su sobaquera. Fríamente, sin descomponerme en absoluto, le pegué un tiro en el hombro. El fulano giró violentamente y se desplomó sobre un diván. Cuando uno recibe un impacto de un cuarenta y cinco el derribo es fulminante, aunque la herida no sea mortal. Aquel tipo se desinteresó en absoluto de lo que pudiera ocurrir en lo sucesivo y empezó a gemir, en tanto se agarraba el hombro herido con la mano del lado opuesto.

El otro creyó que podría aprovechar la ocasión y se arrojó contra mí, tratando de recuperar su cartera. Ésta era muy pesada, lo cual me confirmó mi hipótesis de que

debía contener una metralleta o cosa por el estilo.

Le esperé a pie firme, dejándole llegar hasta mí. En el momento oportuno moví la mano derecha.

El tipo se tambaleó, aullando como un condenado. El cañón de la pistola le había golpeado bajo la mandíbula haciéndole vacilar. Deliberadamente, le había golpeado flojo; estaba lleno de cólera y quería castigarle.

Terco, volvió a la carga. No le amedrentaba la pistola; comprendía que no quería volver a utilizarla o quizá pensaba que lo iba a pasar muy mal si regresaba junto a su amo con la misión incumplida. Le aticé en los nudillos de la mano y luego le abrí la mejilla izquierda de un golpe bien dado.

La arrogancia del tipo empezó a esfumarse al sentir el castigo. Por tercera vez le golpeé, ahora en la boca, y sentía crujir sus dientes al impacto del duro acero. Un doloroso gemido se escapó de su boca sangrienta. Sus ojos se enturbiaron.

Extendió la mano como pidiendo compasión. Le acaricié suavemente el estómago y, al doblarse, lo rematé con un ligero toque tras la oreja. Cayó al suelo y empezó a roncar.

Acto seguido me fui hacia el herido, desarmándole. Luego volví la vista hacia Spalf, quien me contemplaba como si fuese un ángel recién bajado del cielo.

—¿Qui... quién es usted? —balbuceó.

—Un amigo suyo, aunque no lo parezca —le contesté. Estaba en muy mal estado y tenía el rostro amoratado y tumefacto—. Yaya al lavabo y arréglese un poco. Lo está necesitando.

Mientras Spalf se atendía, medité unos segundos. Tentado estuve de llamar a la policía y decirles que tenía en las manos a los asesinos de Clergy, pero pensé en las complicaciones que esto podría acarrear a Spalf y, por carambola, a Mac Intosh. En consecuencia, desperté al caído con el contenido de una jarra de agua y luego le hice marcharse junto con su compañero. Tiempo tendría de encontrarlos. O ellos de encontrarme a mí.

A continuación, llamé por teléfono a Mac Intosh. Una voz envarada me contestó al otro lado de la línea. Debía ser Cara de Palo, sin duda.

—Necesito hablar con el señor Mac Intosh urgentemente —citó mi nombre, con objeto de conseguir mejor lo que deseaba.

El millonario no tardó en ponerse al aparato.

—Habla Stirling —dije—. Clergy ha muerto. Leerá usted que se ha suicidado. No es cierto; lo lanzaren por la ventana.

Escuché una apagada exclamación. Continué:

—Los mismos que defenestraron a Clergy acaban de visitar a Spalf. He conseguido llegar a tiempo para evitar una desgracia semejante. ¿Sabe lo que esto significa?

—Sí —contestó Mac Intosh apagadamente.

—Bien. Entonces, llame a los cuatro restantes y dígales que abandonen sus

domicilios en el acto, sin pensárselo un solo segundo. Que le escriban en sobre cerrado con su nueva dirección y que permanezcan escondidos hasta que yo lo disponga, ¿me comprende?

—Perfectamente, señor Stirling.

—Muy bien. Hágalo en el acto. Luego ya le veré yo y hablaremos más extensamente. Adiós.

Y colgué.

Spalf salió unos minutos más tarde del cuarto de baño. Se había arreglado, un tanto, pero seguía conservando en su rostro la expresión de asombro que había puesto al verme.

—Soy amigo del señor Mac Intosh —le espeté, sin dejarle hablar. Señalé hacia el teléfono—. Me llamo Lance Stirling. Compruébelo si quiere.

—Está bien —dijo—. ¿Qué pretende?

—El señor Mac Intosh me ha contratado para que le recupere unos documentos importantes. Usted y otros más están citados en esos documentos. Entre ellos, un tal Clergy, quien acaba de morir asesinado aún no hace una hora.

Spalf se amedrentó.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió.

Le expliqué lo sucedido. Luego sugerí:

—Quizá usted pueda aclararme las causas de su muerte, señor Spalf.

—No tengo la menor idea, créame.

Le miré fijamente. ¿Trataba de ocultarme algo? Con aquel turbio pasado a sus costillas, era muy probable. En vista de ello, resolví atacar por otro lado.

—¿Qué era lo que pretendían esos tipos de usted? Le ruego me sea franco; esto que hago es en su propio interés.

—Querían... —vaciló—, querían dinero.

—¿A cambio de silencio?

Spalf asintió pesadamente.

—Un chantaje —murmuré.

El antiguo trapacero se sentó en un sillón. Se le veía débil y abatido. En vista de ello, busqué licor y le serví una copa. Por supuesto, yo me tomé también otra; realmente, la estaba necesitando.

—Explíquese, señor Spalf.

Lo hizo, y al terminar, comenté:

—Usted no resistió tanto como Clergy, por eso está vivo. —Spalf era menudo y enteco y por ello los *gangsters* lo habían considerado, quizá, presa fácil de abatir con una buena paliza—. Clergy debió mostrarse mucho más rotundo que usted y entonces lo arrojaron por la ventana.

—Así debió ser —concordó Spalf. De pronto, me miró angustiado—: ¿Qué haré ahora? —inquirió, retorciéndose las manos.

Se lo dije y añadí:

—Escriba su dirección al señor Mac Intosh, pero a nadie más, ¿me comprende? Ahora márchese de aquí cuanto antes. Torne solamente su pijama y el cepillo de dientes; no se entretenga en coger más cosas. Cada minuto que transcurre es un peligro para usted y solamente podrá evitarlo dándole esquinazo.

Spalf no parecía muy inclinado a acceder a lo que le estaba diciendo.

—Supóngase que pago —dijo—. Me evitaría todos estos trastornos y...

—Esa pandilla le chupará el jugo hasta dejarlo seco por completo. Entonces, cuando no tengan nada que sacarle, le pegarán cuatro tiros. Éste es el momento de enfrentarlos y derrotarlos. Si no lo hace así, perderá primero su dinero y luego la piel.

—Me puse en pie—. Obre como guste; pero, en su lugar, yo seguiría el consejo al pie de la letra.

Remoloneó un poco, aunque acabó por plegarse a mis deseos.

—Está bien; me iré enseguida —manifestó.

—De acuerdo. No deje de comunicarle su domicilio al señor Mac Intosh. Ah, y no hable con él por teléfono si no para comprobar mi identidad. Pudiera ser peligroso hablar de otros temas, ¿comprende?

Los ojos de Spalf se abrieron desorbitadamente.

—¿Cómo? ¿Sospecha usted que su teléfono está intervenido?

Ya tenía la mano puesta en el pomo de la puerta.

—No lo sospecho —respondí— estoy seguro de ello. ¡Adiós!

Cuando salí a la calle, después de aquella tarde tan agitada, comprobé que apenas si me quedaban treinta minutos para cambiarme de ropa y acudir a la cita. Hice todo con una velocidad de vértigo y, tras dejar cuidadosamente guardada la cartera que le había arrebatado al pandillero, me encaminé hacia el lugar de la cita.

CAPÍTULO VII

El nombre de Mac Intosh parecía obrar con efectos mágicos en el «Pendragon». Un obsequioso maestresala me acompañó hasta la mesa que había reservado la hija del millonario.

Ruth Mac Intosh tardó unos minutos en llegar. Cuando lo hizo, me puse: en pie para saludarla, admirando su espléndida hermosura con muy poco disimulo... La ropa que llevaba realzaba notablemente su magnífico tipo y se notaba que la muchacha sabía vestir tanto como gastarse el dinero en un buen modisto.

Mientras nos servían la cena, dispuse dos «martinis». Hablamos durante unos momentos de cosas intrascendentes y luego me lancé a fondo.

—Muy bien, señorita Mac Intosh, y ahora, veamos de qué se trata. ¿Qué es lo que tiene usted que hablar conmigo?

—Estoy enterada de todo lo que le ocurre a mi padre —dijo sin titubeos—. Le quiero mucho y deseo ayudarle en lo que pueda.

—Honrarás a tu padre y a tu madre. Hermosos sentimientos, a fe mía.

—No bromea, señor Stirling; lo que estoy diciendo es la pura verdad —dijo ella con severo acento. No había sonreído apenas desde que llegara.

—No es broma, señorita. Pero, creo que su ayuda no le es necesaria. Su padre sabe bien cómo desenvolverse, se lo aseguro.

—Quizá —repuso Ruth con displicencia—. No obstante, si mi padre quiere hacer las cosas de un modo, yo las quiero hacer de otro. Y estoy segura de que mi método es mucho más eficaz.

—Muy bien —accedí—. Oigámoslo.

—El pasado de mi padre es un poco turbio, lo sé. Pero no es pecado de que pueda avergonzarme, puesto que yo no lo he cometido. Si bien en su, llamémosle juventud, cometió muchos desafueros, sé que no murió nadie por su culpa. Y hoy día ha remediado muchísimas necesidades y ha hecho numerosas obras benéficas, sin dar cuatro cuartos al pregonero ni conceder publicidad a sus donativos. Estoy segura de que en los últimos tiempos ha repartido más dinero que el que pudo reunir hace quince o veinte años con malas artes.

—Una buena manera de cancelar el pasado.

—Es imposible cancelar el pasado, señor Stirling. Lo que se hizo, hecho está. Ahora bien, esos donativos, esas obras benéficas que ha hecho mi padre, lo han sido como una forma de restitución de lo que se apropió de un modo no muy legal que digamos.

—Ese modo carece de legalidad en absoluto, señorita Mac Intosh, y usted lo sabe bien.

Su rostro se tiñó de rubor, haciéndola aparecer aún más bonita de lo que era.

Empezó a gustarme, palabra.

—Lo sé. Pero será mejor que dejemos este tema. Mi padre persigue unos documentos comprometedores para él. Yo también persigo el mismo fin, aunque por medios distintos. Ya he dicho antes que éstos son mejores que los de mi padre.

—Conforme. Aclárese, pues.

—Verá. Mi padre me entregó, al cumplir los veintiún años, unos cuantos paquetes de acciones de distintas empresas suyas, como regalo de cumpleaños. Esas acciones son mías por completo y puedo disponer de ellas en absoluto, como mejor me parezca.

Empecé a comprender los propósitos de la muchacha.

Ruth siguió:

—Vendidas apresuradamente, con el natural quebranto, como puede suponerse, darían fácilmente quinientos o seiscientos mil dólares en efectivo. Busque usted al actual propietario de esos documentos y ofrézcale medio millón. Si con este aliciente no cede, no cederá con ninguno.

Las palabras de la muchacha me dejaron sin aliento. ¡Medio millón de dólares!

—¿E... está segura de que lo quiere hacer así?

—En el momento en que usted me diga que el individuo accede, daré la orden a mi corredor de bolsa para que haga la venta del papel. Por supuesto, señor Stirling, su trabajo será recompensado como se merece. Cinco mil al establecer el primer contacto con el chantajista y veinticinco mil más cuando todo se haya resuelto satisfactoriamente, además de los gastos, claro está.

Lancé un silbido muy tenue. Treinta mil dólares no era una suma que pudiera desdeñarse así como así. Qué diablos, a fin de cuentas, es mi profesión y no podía decirse que aceptar el trato de la muchacha contuviera materia delictiva. Únicamente, si se pensaba un poco, podía estar un tanto en conflicto con las instrucciones recibidas de Mac Intosh, aunque, bien mirado, ¿no se trataba de recuperar los dichos documentos? ¿Qué importaban los medios, en aquel caso, coa tal de obtener el fin propuesto?

La miré fijamente durante unos segundos. Al fin, dije:

—Conforme. Acepto. Pero ¿qué dirá su padre si, suponiendo que triunfe, llega a enterarse un día de lo que ha hecho usted por él?

—Se enfadaría muchísimo; pero acabaría por perdonarme.

—Y reponerle el medio millón.

Se encogió de hombros. Como los tenía desnudos, el gesto le salió muy bonito.

—En todo caso, eso es cosa mía —manifestó.

—Muy bien. Ahora necesito saber una cosa más. Hagamos cuenta de que he conseguido los documentos que usted desea. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

—Llámeme por teléfono. No de su verdadero nombre. Diga que es... Víctor. Sí —se animó su rostro con una pálida sonrisa— eso es. Víctor, que significa vencedor.

Sonreí. Tomé mi copa y la levanté en alto.

—Por Víctor —dije.

Ella acentuó su sonrisa.

—Creo que ganará..., Víctor —y alzó también su copa.

En aquel momento, me di cuenta de una cosa.

Hacía ya tiempo que notaba que alguien me estaba mirando con insistencia. Era, como suele suceder muchas veces, una sensación subjetiva, pero definida; incluso parece que la mirada del que nos está contemplando «palpe» nuestro rostro o la nuca, obligándonos a volver la cabeza. Eso es lo que me ocurrió a mí y, con disimulo, miré a todos los lados, en tanto nuestra conversación derivaba ya hacia derroteros de menor trascendencia, hasta que encontré al propietario de la mirada.

Propietaria es la palabra exacta, porque se trataba de una mujer. Concretamente de la del tropezón en los almacenes y propietaria del «Lancia» rojo.

Estaba unas mesas más allá y me extrañó no haberla visto antes. Si la primera vez me pareció hermosa, ahora no había palabras con qué describirla.

Su pelo, casi azulado a fuer de negro, estaba recogido en un tirante rodete en la nuca, algo anticuado quizá, pero que prestaba aún un mayor encanto a su ovalado rostro. El rodete estaba sujeto por una cinta de esmeraldas que hacían juego con sus verdosos y enigmáticos ojos.

Vestía un traje negro, tan escotado por delante que la y del escote le llegaba, literalmente, a la cintura, separándole los senos, pequeños, pero firmes y erguidos. El vestido estaba sujeto por dos imperceptibles tirantes moteados también de diminutas esmeraldas, y estoy seguro de que debajo sólo llevaba la piel. Era muy delgada, pero no huesuda, lo que se demostraba en la curva de sus hombros, de un trazado perfecto, y en el maravilloso torneado de sus brazos, cubiertos hasta más arriba de los codos por unos guantes también negros.

Al mirarla, me miró y sonrió imperceptiblemente. Entonces no me quedó otro remedio que hacer una leve inclinación de cabeza en señal de saludo.

Ruth advirtió el gesto.

—¿A quién saluda usted, Lance? —preguntó, curiosa.

Se lo dije. Entonces ella miró también a la dama de las esmeraldas. Noté que el seno de la muchacha se agitaba perceptiblemente al corresponder igualmente al saludo de aquella mujer.

—¿La conoce usted? —inquirí.

—Sí —dijo, sin pizca de amabilidad en su acento.

—¿Quién es?

—Daisy Karlake, una viuda de treinta años que se siente muy sola.

—Ya lo veo. Lo raro es que no tenga a nadie haciéndole compañía.

—El que debería hacerlo no está. —Contestó Ruth, y su acento seguía siendo rencoroso.

—Parece que la señora Karlake no le es muy simpática, Ruth —manifesté.

—No. No me gustan las madrastras, ni tampoco las aspirantes —dijo sorprendentemente.

—¡Cómo! ¿Es..., va a casarse con su padre?

—Exactamente —dijo la muchacha muy nerviosa. Apuró su copa de un trago y se puso en pie—. Vámonos.

Agité la mano y vino el camarero con la nota. Me estremecí al ver su importe, pero pensé que era un gasto que habría que incluir en la minuta de costos. Di una generosa propina y salí tras la joven.

Al pasar cerca de Daisy Karlake, noté que la sonrisa de ésta se hacía más pronunciada. Ruth pasó por su lado sin apenas mirarla, pero yo hube de inclinar nuevamente la cabeza para saludarla, a lo que la dama de negro correspondió con un gesto semejante.

Salimos fuera. Pedí a Ruth las llaves de su coche para traérselo, pero ella se negó.

—Déjelo, no es preciso que me acompañe. Iré yo sola a casa —dijo. Pese a todo, la seguí hasta su automóvil, el cual se hallaba estacionado en el terreno que el «Pendragon» tenía destinado para aparcamiento de los vehículos de sus clientes.

Traté de desarrugar el ceño de la muchacha.

—Ea, no se preocupe —dije—. Dentro de un par de días a lo sumo la llamaré Víctor.

Ruth emitió una pálida sonrisa.

—Ojalá —exclamó con vehemencia. Pisó el acelerador y se marchó.

Encendí un cigarrillo y permanecí allí, fumando, años minutos, en tanto que meditaba acerca de lo que tenía que hacer. Ofrecer medio millón era fácil, pero ¿a quién?

De pronto recordé a los dos individuos que me habían estropeado la digestión del mediodía. Corsack y Hadoe. Sí, tendría que empezar por ellos. Ninguno de los dos era el jefe, pero seguro que lo conocían o, por lo menos, sabían el medio _ de ponerse en contacto con él. Bueno, tendría que buscarlos. Y lo mejor era hacerlo cuanto antes...

—¡Qué fastidio! —exclamó entonces una voz no lejos de mí.

Giré la cabeza. No me sorprendió en absoluto ver a Daisy Karlake a cuatro pasos de distancia, muy afanada en buscar algo en el interior de su costoso bolso de noche, adornado, ¡cómo no!, con esmeraldas.

—¿Puedo ayudarla en algo? —me ofrecí.

Ella emitió una cálida sonrisa.

—Hay aquí tan poca luz..., no consigo encontrar las llaves del coche. Los bolsos de las mujeres, usted ya sabe...

—Encenderé un fósforo —dije, haciéndolo. No se movía la atmósfera y la llama de la cerilla alumbró el bolso. Pero yo no miraba el bolso precisamente. Había otras cosas más interesantes, mucho más, ya lo creo.

—¡Ah! —exclamó—. Al fin —y se dirigió hacia el «Lancia», situado a pocos

pasos de distancia, después de darme las gracias.

La acompañé hasta el coche. Había algo en aquella mujer que me turbaba y me atraía hacia ella. Cada vez que me miraba, tenía la sensación de que ella era la llama y yo la mariposa que se ha de quemar indefectiblemente, atraída por la brillantez de la luz.

—Ha sido usted muy amable, señor Stirling —dijo ella, metiéndose en el coche, de un modo que me pareció inverosímil, dado lo ajustado de su traje negro. Me miró de un modo subyugador—. Quisiera agradecerle lo que ha hecho por mí.

—Me conoce usted —dije, un poco sorprendido.

—Claro. Usted es el detective —que ha contratado Greg, ¿verdad? Greg me lo ha dicho. Por cierto, lo esperaba a cenar, pero me telefoneó diciendo que no podría acudir.

—Yo lo hubiera dejado todo con tal de hallarme a su lado, señora Karlake —dije galantemente.

Ella se echó a reír.

—Es usted muy audaz, amiguito, y por ello estoy dudando en manifestarle mi agradecimiento con algo más que con simples palabras.

—¿Agradecimiento? —Enarqué las cejas, extrañado.

Levantó su bolso.

—Me ha ayudado a encontrar las llaves. Suba —dijo de pronto con una brillante sonrisa—. Correré el riesgo.

—Soy completamente inofensivo, señora —dije, en tanto me sentaba a su lado en el estrecho asiento del «Lancia», lo cual me obligó a colocar las rodillas bajo la barbilla. Casi inmediatamente, ella arrancó de modo tan brusco, que estuve a punto de saltar por la zaga del coche.

—Yo no diría tanto, señor Stirling —manifestó ella, saliendo a la carretera. Entonces supe lo que era pisar a fondo. Pareció como si el «Lancia» saliera disparado por la boca de algún obús.

—Eh, oiga, cuidado —dije, con los pelos de punta al ver que pasábamos rozando la zaga de un pesado camión de mercancías—. Esto no es Indianápolis.

Volvió el rostro para mirarme. Sus facciones estaban débilmente iluminadas por la luz del cuadro de instrumentos y ofrecían un aspecto tan bello como aterrador. No sé por qué, pero al contemplar aquella cara tan hermosa hube de sentir un escalofrío que parecía venirme desde muy lejos.

—¿Tiene miedo? —preguntó con voz sedosa, insinuante.

La pregunta me hizo reaccionar. Abombé el pecho.

—Con usted puede irse hasta... el infierno, señora Karlake.

—No le llevaría nunca a un lugar tan detestable, amigo Stirling. En todo caso, a... —Pero el resto de su frase se perdió en el enérgico bocinazo que hubo de dar para pasar a otro coche que iba delante del nuestro. Ruth era la conductora del vehículo y nos reconoció con no poca sorpresa y más enojo todavía.

—Es una buena chica —comentó Daisy con indiferencia—. Lástima que no comprenda que su padre es joven todavía y que necesita del cariño y del afecto de una mujer, lo que yo puedo proporcionarle el día en que me case con él.

—No parece, en efecto, abrigar sentimientos muy caritativos hacia usted, señora Karlake.

—Son cosas de la juventud —dijo ella—. Se creen los amos del mundo, cuando no son todavía más que unos críos.

—Usted no es una vieja, precisamente, para hablar en ese tono —manifesté, calculando la edad de mi enigmática compañera en unos treinta o treinta y dos años maravillosamente llevados.

—Muchas gracias por el elogio, Stirling. Estoy segura de que su esposa estará satisfechísima de tener un marido como usted.

—Soy soltero —dije.

—Ah —exclamó ella, y ya no habló hasta que estuvimos en su casa. Al llegar a nuestro destino, la sorpresa embargó mi espíritu de inmediato.

Daisy Karlake vivía en aquel edificio que parecía un castillo y que había visto yo por la mañana desde la mansión de los Mac Intosh.

CAPÍTULO VIII

Por fuera lo parecía, y por dentro estaba montado y decorado como si realmente fuese un castillo medieval; aunque, naturalmente, con muchas comodidades que los auténticos no habían tenido jamás. Bajo un doselado techo de innumerables pendones, en los que abundaban las clásicas figuras heráldicas, leones, grifos, águilas, torres, cascos emplumados, etc., la dueña de la casa me condujo hasta una amplia habitación destinada a biblioteca y recibidor, y en la cual hubiera cabido cómodamente una compañía de *marines*.

Daisy caminó de un modo que me recordó el de una serpiente. Como la falda del vestido le llegaba hasta el suelo y no permitía verle los pies, parecía deslizarse sobre el mismo, sin apenas movimientos en su esbeltísimo cuerpo, tan blanco de piel como negro era el tejido que cubría apenas lo más indispensable de su torso maravilloso. Se encaminó hacia un muro y apretó un botón, lo que hizo descorrerse un panel que puso al descubierto un pequeño bar empotrado en el muro. Sirvió dos copas y se volvió, ofreciéndome una.

Bebimos. También tenía cigarrillos para ofrecerme. Después de la primera bocanada de humo, ella dijo:

—Lance, ¿me permite que le llame así?, quiero pedirle un favor.

—Estoy por entero a su disposición, señora Karlake —contesté.

—Lámeme Daisy, Lance —dijo ella con voz sinuosa—. Aunque no hace sino muy poco que nos conocemos, detesto los tratamientos. Además; usted trabaja para mi prometido.

—Claro —dije, dándome a todos los diablos. ¿Por qué no se lo había dicho también Mac Intosh a la Prensa? Por supuesto, Daisy era su prometida y de fiar, por tanto. Pero también lo sabía Ruth... y en cosas como ésta, cuanta menos gente esté enterada, mejor para todos.

Su mano, rematada en cinco puntiagudas uñas de color escarlata, se levantó hasta mi brazo.

—Ayude a Greg, Lance. Ayúdele. Le quiero mucho, ¿sabe?, y daría cualquier cosa por evitarle las preocupaciones que le embargan actualmente.

—No tiene que pedirme una cosa que hago por obligación, Daisy —dije—. Aunque no me lo pidiera usted, igual lo haría, créame.

—Pero si se lo solicito yo, trabajará con más ahínco, ¿verdad? —dijo mimosa.

Contemplé aquel bellissimo rostro, de una blancura marmórea, en el cual destacaban unos labios rojos, incitantes, cálidos y llenos de vida. Daisy Karlake era el tipo de mujer por la cual uno cometería las peores locuras con tal de conseguirla y luego no compartirla con nadie.

—Sí —dije, tragando saliva. Su perfumado aliento me acarició el rostro.

—Gracias, Lance —dijo, acercándoseme aún más. Percibí claramente el suave palpar de su esbelto seno. La sangre empezó a circular con más fuerza por mis venas—. Se lo tendré en cuenta, créalo.

—Gr... gracias, Daisy —murmuré. Me daba cuenta de que me estaba arrastrando al abismo, pero no podía evitarlo. Es más, lo deseaba.

Caí en el abismo cuando rodeé su delgada cintura con mis brazos. Ella no se resistió, antes bien, puso ambas manos en mis hombros.

—Haga lo que le he dicho, Lance —susurró con voz apenas audible.

El desplome estaba muy cerca. Antes, sin embargo, tuve tiempo de hacerle una pregunta:

—¿Qué es lo que le ha dicho exactamente el señor Mac Intosh?

Daisy hizo un gesto de enojo al verse súbitamente apartada de... la cuestión. Pero no apartó sus manos de mí.

—Nada, Lance —dijo—. Sólo sé que hace bastantes días que está muy preocupado y que le contrató a usted para resolver sus problemas. Por eso quiero que le ayude.

—Lo haré, no le quepa la menor duda —musité, inclinándome hacia ella. Pero nuestros labios no llegaron a juntarse.

La puerta se abrió bruscamente y algo que revoloteaba y chillaba estruendosamente penetró en la estancia, haciéndome dar un respingo. Me separé de Daisy, maldiciendo a los dos intrusos.

El primero de ellos era un cuervo negro, que graznaba de un modo horroroso y cuyas alas batían el aire con gran estrépito. El pajarraco dio unas cuantas vueltas por la habitación hasta que, súbitamente, fue a pararse en el hombro de Daisy.

El segundo intruso era un hombre, a quien yo veía por primera vez y que me causó un efecto tan desagradable como el cuervo. El tipo era, o lo parecía, jorobado, con un hombro más alto que el otro y unos brazos desmesuradamente largos. Mas lo verdaderamente espantable era su rostro, una faz cosida literalmente a cicatrices, una de las cuales debía haberle interesado los músculos del párpado izquierdo, que permanecía constantemente inmóvil, enseñando un ojo negro y brillante como un carbunclo. Las cejas eran un trazo oscuro y espeso en una frente estrecha y deprimida coronada por una mata de cabellos tan tiesos como los de un puerco espín, y el cuadro, en suma, se completaba con unos dientes tan salidos que parecían los de un caballo muerto. Un tipo verdaderamente repulsivo, aunque hube de demostrar mi indiferencia procurando no mirarlo demasiado.

El cuervo graznó. Daisy emitió una suave sonrisa.

—Discúlpele, Lance —dijo—. Es «Caín», un buen amigo mío, aunque a usted le parezca todo lo contrario. «Caín», saluda al señor Stirling.

—Hola —tartajeó el cuervo, y viendo a los dos, a Daisy y al pajarraco, el cuadro me recordó a Walt Disney y a las madrastras que suele imaginar para sus películas de dibujos animados. Daisy hubiera sido un modelo inimitable para el artista.

Antes de que pudiera contestar al saludo de «Caín», habló el jorobado:

—Su hermano la está esperando, señora —dijo, y se retiró sin más.

Daisy hizo un gesto de enojo.

—¡Qué fastidio! —murmuró. Luego compuso una sonrisa de circunstancias—. ¿Querrá esperarme unos momentos, amigo mío? —dijo, tendiéndome la mano.

Se retiró, ágil y graciosa, siempre con el cuervo sobre el hombro. Al llegar a la puerta se volvió y me dirigió una nueva sonrisa. Después cerró.

Cuando Daisy hubo salido, saqué un pañuelo del bolsillo y me enjuagué el abundante sudor que corría por mi frente. Luego, fumando un cigarrillo, me acerqué a la ventana más próxima, meditando en las extrañas coincidencias de la vida.

Las nubes, espesas y abombadas, corrían rápidas por el cielo. Se había levantado un viento de tormenta y aunque no era muy fuerte todavía, se escuchaban de vez en cuando algunos aullidos de lúgubre tono.

La luna asomó de repente por un rasgón de las nubes, iluminando el panorama. Entonces pude ver a través de la ventana y divisé el mar a cincuenta metros por debajo de mí, golpeando con pesadas espumas contra los acantilados sobre los cuales había sido construida la mansión. Me estremecí al pensar en lo que podía ocurrir si uno se caía allá abajo. La muerte sería instantánea y luego el cuerpo sería destrozado por el incesante batir de las olas contra las agudas aristas de las rocas.

La puerta se abrió de repente y me volví, con la alegre esperanza de continuar con Daisy el diálogo interrumpido. La esperanza se disipó al instante cuando vi que no era ella, sino un hombre el que había abierto.

Conocía al hombre. Greg Mac Intosh me lo había presentado aquella mañana como Dan Kreiger.

—¿Cómo está, señor Stirling? —dijo, avanzando hacia mí con la mano tendida—. Soy el hermano de Daisy.

Me vio el gesto de extrañeza y rió.

—Es claro. Daisy usa el apellido de su difunto esposo. Pero es también Kreiger por su nacimiento. Dentro de poco, empero, se llamará Mac Intosh.

—Lo celebraré infinito —dije cortésmente. Me fijé en el diente de oro, un incisivo superior, que destellaba al sonreír Kreiger.

—Es usted muy amable, señor Stirling. Y ahora, lamento decirle que mi hermana no podrá despedirle. Se ha sentido indispuesta repentinamente y me ha encomendado lo haga yo en su nombre.

—Oh —murmuré, decepcionado—. Lo siento tantísimo, señor Kreiger.

Éste hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Nada de importancia —manifestó—. Mañana estará mejor. Mientras tanto, como ella no puede llevarle en el mismo coche que le traje, Gonzalo lo hará en el otro. Es decir, si usted no tiene inconveniente, señor Stirling.

—Ninguno, en efecto, y muy agradecido, además. —Me extrañó la súbita indisposición de Daisy; pero comprendí que mis preguntas no serían bien acogidas,

por lo que, sin más, me encaminé hacia la puerta.

Kreiger me acompañó hasta la salita. Lo vi cortés, más no demasiado, solamente lo justo para salir del compromiso. La verdad, cuando hube dejado a mis espaldas aquella sombría mansión, me sentí, no sé por qué, notablemente confortado. Había en aquel falso castillo un ambiente opresivo, deprimente, que no hacía agradable la estancia, ni aun teniendo al lado una mujer como Daisy.

Cuando ya salía, el cuervo graznó.

—Hola.

Le saludé, agitando la mano.

—Adiós, «Caín». Buenas noches, señor Kreiger.

—Buenas noches, señor Stirling.

Había un coche parado a la puerta. Era el «Rolls-Royce» que viera aquella mañana en la puerta de la mansión de Mac Intosh. Gonzalo, el jorobado, estaba sentado al volante con expresión hierática, impasible. Ni me miró siquiera cuando penetré en el interior del vehículo, limitándose a ponerlo en marcha y arrancar hacia la no lejana carretera.

Cuando ya estábamos a punto de doblar el primer recodo, volví la vista hacia el castillo. Algunas de las ventanas estaban iluminadas y en una de ellas, perteneciente al piso superior, pude divisar una silueta humana.

La distancia era excesiva para saber a quién pertenecía aquella sombra, la cual parecía estar contemplando el alejamiento del coche. Luego, el vehículo tomó la curva y un grupo de árboles frondosos me ocultaron la visión.

CAPÍTULO IX

Creí que la mañana siguiente traería un alivio a la sofocante temperatura padecida durante la noche, pero me equivoqué. No salió el sol y las nubes cubrieron por completo el cielo, densas, pesadas, plomizas, amenazando con abrir sus vientres repletos de lluvia en cualquier instante.

Llegué a la oficina poco después de las nueve. Georgia y Toushita me estaban esperando ya, la primera con el semblante poco acogedor. Fingí no darme cuenta del detalle y me senté tras la mesa del despacho.

Después de los primeros saludos, relaté mis experiencias del día anterior, sin omitir el menor detalle. Georgia y Toushita me escucharon en silencio, y al terminar, el segundo me hizo varias preguntas aclaratorias que contesté de buena gana.

Luego me interesó por el resultado de sus pesquisas.

—Encontré la tienda donde vendieron la libreta —dijo—. Sin embargo, no recuerdan al comprador. Aparte de que es un tipo algo anticuado y que ya no se fabrica, es de una construcción tan común que dar con su poseedor sería poco menos que imposible.

Repasé de nuevo aquel trozo de piel, agitándolo con aire meditabundo. Acabé guardándolo en uno de mis cajones, que cerré con llave.

—Es una prueba decisiva, que servirá para llevar a un hombre a la horca —dije.

—Lo importante es hallar al hombre —se expresó Georgia.

—Aparecerá, no lo dude, chica guapa. Toushita, tengo algo de trabajo que darle.

—Sí, Lance.

Saqué mi libreta de notas. Le dicté cinco nombres con sus correspondientes direcciones.

—Yaya a estos domicilios y compruebe si los mencionados siguen en ellos. Espero que hayan hecho caso de mis instrucciones. La vida tendría poco que ofrecerles ya si no se hubiesen buscado un buen refugio. Llegué tarde para advertir a uno; ahora está en el depósito de cadáveres.

Toushita asintió y se puso en pie. Miré a Georgia.

—En cuanto a usted —dije—, se irá inmediatamente al Banco a ingresar un dinero en la cuenta de la sociedad. Después volverá aquí a esperar y centralizar nuestros informes. Yo tengo que hacer algunas cosas. Si necesito a Toushita lo llamaré a la oficina y viceversa.

—De acuerdo —contestó la muchacha—. Pero me gustaría ir con usted a hacer pesquisas.

—Mire, Georgia —respondí—, eso sólo ocurre es el cine. La secretaria del detective, bonita y estupenda, como usted, va con él a todas partes, metiendo la pata a cada paso que da, pero a última hora, es ella y no él la que resuelve el problema. La

vida real, sin embargo, es muy distinta y usted nos hará mucho mejor papel quedándose en la oficina. ¿Convencida?

—Sí, aunque a disgusto.

—Lis igual —dije, sacando el rollo de billetes que me diera Mac Intosh el día anterior. Separé cien para mí y di otros tantos a Toushita. El resto se lo entregué a Georgia—. Cuéntelo.

Somos tres en la oficina de investigación que tengo montada. Cada uno de los tres tiene asignado un sueldo, con arreglo a lo que pudiéramos llamar su categoría, y luego, a final de año, se hace un reparto de los beneficios habidos, dejando siempre una pequeña cantidad en reserva, tanto para posibles imprevistos como para sostenernos durante alguna temporada mala. A este respecto no ha habido nunca discusiones entre nosotros y cuando alguno presenta una nota de gastos, se le acepta religiosamente, sin preguntas innecesarias, porque se sabe que la cuenta es justa y honrada.

Toushita y Georgia salieron juntos y yo me quedé en el despacho, mirando al techo, en tanto me golpeaba los dientes con el cabo de un lápiz. Estaba pensando en todo cuanto me había sucedido en los últimos días y relacionando minuciosamente los hechos, a fin de establecer la posible conexión entre unos y otros, y dar, al fin, con la anhelada solución.

Pasé así unos minutos. De vez en cuando, de una forma completamente maquinal, hacía, que mi sillón giratorio diera una vuelta o dos, deteniendo luego el movimiento para realizarlo a la inversa.

Estaba llegando a la entrevista sostenida con Corsack y Hadoe, cuando, de pronto, detuve el giro de mi sillón. Era preciso dar con ellos, aunque no conocía su domicilio. ¿Cómo averiguarlo?

Tras unos momentos de esfuerzo vino la respuesta. Ya sabía quién podía informarme. Un tipo llamado Brick, «El Cangrejo», un turbio personaje perteneciente al inframundo del hampa, que conocía a todos los maleantes, desde el más empingorotado al más tirado. Lo que Brick no supiera en Crandeston acerca de asuntos semejantes, no valía la pena saberse.

Sí, decidí, era preciso verle. Sabía dónde, más o menos, podía encontrarle. En algún *abrevadero* de la parte baja de la ciudad, mendigando una o dos monedas para satisfacer su inextinguible sed. Brick me conduciría a presencia de Corsack y Hadoe, y éstos, a su vez, a la del actual propietario de los documentos que tanto interesaban al padre de Ruth.

Tomada ya mi decisión, me dispuse a marchar en busca de «El Cangrejo». Tan abstraído estaba en mis pensamientos, que no me había dado cuenta de que, al detener el sillón giratorio, me había quedado de espaldas a la puerta.

En el momento en que me incorporaba, algo cayó sobre mi cabeza con atronador estruendo. Una luz enceguecedora brilló en el interior de mi cráneo, pero aquel relámpago duró muy poco, menos de un segundo. Rápidamente se hizo la oscuridad

en mi cerebro.



Le esperé a pie firma

CAPÍTULO X

Las olas me habían arrojado contra los acantilados y golpeaban mi cabeza con fuerza, en tanto sus frías espumas salpicaban mi rostro. Braceé con fuerza, tratando de huir de aquella muerte horrible.

«Caín» graznó agudamente, emitiendo una tartajosa risotada. Batía las alas con furia y reía como una visión del averno, pero en vez de pico tenía labios rojos y ojos verdes. Yaya un pajarraco tan extraño, pensé; *nunca* los había visto con rostro de mujer.

—Vete al diablo —grité, y se elevó en el aire, arrojándome un chorro de agua con sus aletazos. El chorro fue tan intenso que por un momento creí ahogarme.

El esfuerzo por huir de las olas me hizo revivir. Abrí los ojos y «Caín» desapareció de mi vista, transformándose en Georgia.

—Jefe, jefe —gimió la muchacha, arrojándome más agua al rostro, de la que contenía el vaso que sujetaba en una mano.

—Oooohhh..., mi cabeza —dije, pues parecía que me la hubiesen abierto con un hacha.

—No se mueva —dijo la secretaria—. Quédese donde está.

Tampoco hubiera podido hacerlo, aunque hubiese querido. El aturdimiento que el golpe recibido había dejado en mí como rastro, me impedía mover incluso un dedo. Tuve, pues, que continuar en el suelo, hasta que la muchacha volvió con más agua y un par de aspirinas. Tragué las tabletas con unos buchets de líquido y luego, apoyándome en su brazo, me atreví a sentarme en el suelo.

Georgia quedó arrodillada, sentada sobre sus talones. Su pecho se agitaba rápidamente, tensando la tela de su vestido al respirar. Estaba pálida y en sus ojos se notaba una sombra de temor.

—¿Puede hablar? —dijo, sin soltarme del todo—. ¿Se encuentra bien?

—Sí..., pero ahora un trago me iría estupendamente —murmuré.

Volvió unos segundos más tarde con un frasco plano lleno de licor, del que bebí directamente. El alcohol puso calor en mis venas y me reanimó bastante.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Georgia, nuevamente arrodillada a mi lado.

—Si quiere que le diga la verdad, no lo sé —repuse—. Alguien entró en silencio y me golpeó hasta desmayarme, eso es todo.

Toqué con la mano el prominente bulto que tenía tras la oreja derecha. El gesto me arrancó un gemido de dolor.

Georgia comprendió y trajo un paño mojado en agua, el que apliqué a la parte afectada. La frescura del líquido alejó parcialmente las ondas de dolor que partían de la hinchazón.

—Es..., es raro que no hayan hecho otra cosa que golpearle —dijo—. ¿Está

seguro de que se limitaron únicamente a atontarle?

—No puedo afirmar nada, preciosidad. Aún no he tenido tiempo de ver lo que han hecho esos tipos en mi oficina. O ese tipo, porque no sé si fueron uno o varios.

—El despacho está en completo orden —manifestó Georgia—. Cuando yo llegué, aparte de usted, que estaba tendido en el suelo, no vi nada de particular.

Paseé la mirada en torno mío, en tanto trataba de concentrarme. Era evidente que el que había entrado lo había hecho con algún fin; no es corriente asaltar el despacho de un detective privado solamente para darle un buen garrotazo en la nuca. El palo es el medio que sirve para conseguir el fin, en un caso como el mío; pero ¿qué fin?

—Es indudable —musité— que el asalto de que he sido objeto tiene alguna relación con las investigaciones que estamos realizando.

—Habrán estado registrando el despacho mientras usted permanecía desmayado —sugirió la muchacha—. Luego, al concluir, dejaron todo tal como está y se marcharon.

—Sí, pero ¿qué demonios buscaban? Yo no tengo aquí nada relacionado con...

Me callé de repente. Georgia y yo nos miramos fijamente y estoy seguro de que los dos pensábamos lo mismo.

—¡El trozo de tapa de la libreta! —exclamamos al unísono.

Desde donde me encontraba, podía alcanzar fácilmente el cajón. Tiré del asa, pero estaba cerrado con llave. Yo mismo lo había hecho al guardar allí prueba tan comprometedor.

—Las llaves —exclamé—. ¿Dónde están? —Y busqué frenéticamente en todos mis bolsillos sin encontrarlas.

—Aquí —exclamó de pronto la muchacha. Se había puesto en pie y me las enseñaba con su mano derecha, inclinada hacia mí, después de haberlas tomado de encima de la mesa.

Hubo una pausa de silencio. Después, muy lentamente, así el manojito de llaves e inserté en la cerradura del cajón la correspondiente al mismo. Abrí. Luego levanté la vista hacia Georgia. Ella también me miraba.

Mi expresión, aunque silenciosa, debía ser sumamente elocuente, porque le bastó verme la cara para decir:

—¡No está! ¡Se lo han llevado!

Hube de agarrarme con ambas manos al borde de la mesa para poder ponerme en pie. Una vez lo conseguí, necesité tomarme otro trago de *whisky* para conservar la estabilidad. Aún me giraba la cabeza y sentía dentro de ella un sordo estruendo, secuela indudable del fenomenal golpe que me habían asestado.

—Bueno —dije— al menos, sabemos para qué vinieron.

—Oh, jefe —dijo Georgia con tono plañidero—, ¿qué haremos ahora?

—No lo sé —contesté, rabioso—. En medio de todo, al no fuera por el golpe, diría que estoy contento.

La chica abrió mucho los ojos.

—¿Contento?

—Sí, dulzura. Eso significa que nos temen. Y cuando alguien teme a su — enemigo, es que ya se encuentra en desventaja con respecto a él.

—Yo creo que la desventaja es nuestra, jefe. Nosotros no le conocemos y él sí sabe quiénes somos.

—Espero no tardar mucho en averiguar su identidad.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que piensa hacer?

—Por el momento, me reservo la contestación. Ahora, usted, como una buena chica, se quedará aquí atendiendo a la oficina y esperando las posibles llamadas de Toughita o mías.

Cuando ya me disponía a salir, me alcanzó cerca de la puerta. Sus manos se agarraron a las solapas de mi traje, en tanto que sus grandes ojos me miraban con suplicante humedad.

—Cuídese, jefe —murmuró—. No..., no me gustaría que le sucediese nada.

Tomé su linda barbilla con la mano y levanté su rostro. Luego acerqué mis labios a los suyos y deposité en ellos un suave beso.

—Ésta es mi recompensa por tan gratos deseos —dije.

CAPÍTULO XI

Encontrar a Brick, «El Cangrejo», no fue tarea tan fácil como me había parecido. Desde que llegara a la oficina hasta que saliera de ella, habían transcurrido dos horas largas, y aún hubieron de pasar casi cuatro más hasta que, por fin, pude cazar a mi presa al filo de las tres de la tarde, acodado al mostrador de un tabernucho de ínfima categoría, cuyo sucio letrero decía ser «El Cormorán de Plata» el nombre de tan detestable establecimiento.

Hacía calor, un calor húmedo, pegajoso, que impedía la transpiración, haciendo que uno se sintiera constantemente como dentro de un baño de vapor, sin posibilidad alguna de refrescarse, como no fuera yéndose a pasar el fin de semana a Groenlandia. Tenía la camisa pegada a la piel y en todo momento cruzaban por mi mente tentadoras imágenes de arroyos murmurantes y sombreadas orillas cubiertas de verde césped.

Entré en «El Cormorán de Plata» casi como último recurso. La taberna hedía a coles hervidas y carne pasada, y la peste me revolvió el estómago. Había en ella media docena de marineros semiborrachos, tratando de quitarse el semi de encima, para completar su embriaguez, pero eran inofensivos. Se limitaban a beber como esponjas, sentados en torno a varias mesas de repelente aspecto. Dos o tres más tragaban alcohol de madera junto al mostrador.

El barman me miró especulativamente al verme entrar en el infecto figón. Verdaderamente, y aún sin falsa modestia, mi ropa desentonaba por completo en medio de tanta cochambre.

Brick me vio llegar a través de un ojo apenas abierto. Sonrió, dejando ver los tres únicos dientes que le quedaban, tan amarillos por la nicotina como la cara de un chino ictérico.

—Pero si es mi gran amigo el detective Stirling —dijo con voz que no tenía mucha firmeza—. ¿Vienes a este antro en busca de emociones?

—Las emociones tienen un nombre —dije—: El tuyo. —Le agarré por un brazo y miré hacia el barman—. Sírvanos una botella y dos vasos. La botella, de lo mejor, y los vasos, limpios.

El tabernero no hizo caso de la ofensa. Arrastré a Brick hasta la mesa más alejada del mostrador y lo hice sentar frente a mí. Por supuesto, mi espalda quedó pegada a la pared; no tenía ganas de estar allí sin ver quién entraba o salía en el local.

«El Cangrejo» comprendió que la cosa iba en serio. Era un pobre diablo, un desecho de la vida, un harapo humano, pero con cierta inteligencia. No dijo ni pío hasta que el barman hubo servido lo pedido y de mejor calidad, por cierto, que lo que había esperado.

Serví las dos primeras copas y traté de asentar mi estómago con un buen trago.

Brick despachó la suya de un golpe, y luego me tendió el vaso con gesto ansioso.

Tapé la botella con ademán ostentoso. Brick comprendió lo que quería decirle.

—Está bien —gruñó—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Necesito saber el paradero de dos tipos, «Cangrejo».

—Y te lo tengo que decir yo, Lance.

—Claro. Por eso he venido a verte. Llevo ya casi cuatro horas buscándote. Te habías escondido bien esta vez. ¿Tienes miedo de la policía?

Se pasó la lengua por los labios, en tanto miraba ávidamente la botella de *whisky*.

—No. Ahora llevo una buena temporada que estoy limpio, Lance. Te lo juro —rió cascadamente—. Incluso, a veces, les doy algún soplo. Ya sé que esto es vergonzoso para un tipo como yo, pero no tengo otro remedio que vivir.

—Los tipos como tú no habéis conocido nunca la vergüenza. Pero no he venido aquí para hablar de tus supuestas cualidades morales.

—Lance —suplicó Brick— por el amor de Dios, dame otro trago. Hace un montón de años que no pruebo un licor tan bueno. Anda, sé compasivo.

—La botella entera será para ti si me dices una cosa que quiero saber. Es fácil y sencillo, «Cangrejo».

Volvió a mojarse los labios con la lengua.

—Venga —dijo al cabo— % ¿Quién es?

—Quiénes, está mejor dicho. Son dos: Fred Corsack y Tony Hadoe. Necesito saber dónde viven. He de verles con urgencia.

Brick se echó para atrás en su asiento. El rostro se le puso como de cera.

—No —murmuró, aterrado.

—¡Qué! Vamos, «Cangrejo», no me seas tonto ni, mucho menos, tímido. Estoy seguro de que los conoces y sabes dónde viven. Es esto último lo que quiero saber. — Y alargué la botella hacia él, pero sin soltarla de la mano.

—Lance, eres para mí el ángel malo; sin embargo, no cederé a la tentación. — Sacudió enérgicamente la cabeza—. No, señor, no cederé. Cualquier cosa que me pidas menos ésa.

Sin contestarle, solté la botella, dejándola frente a él. Pero aunque sus ojos se le iban tras el líquido, no la tocó tan siquiera.

Aquello me extrañó un poco. Brick era un tipo que hubiera vendido a su padre por un vaso de matarratas.

¿Por qué rayos no quería, pues, contestar a una pregunta tan sencilla?

—No puedo, Lance, no puedo, créeme.

Me dieron ganas de agarrarle por el cuello y sacudirle hasta que vomitase la información que quería, pero supe contenerme. A pesar de todo, me daba lástima su cuerpo gastado y consumido por el vicio, lo cual le hacía aparentar quince años más de los cuarenta y tantos que tenía.

Hube de recurrir, por tanto, a otro sistema. Eché mano al bolsillo y saqué de él un puñado de billetes. Ostentadamente, puse uno de cinco sobre la mesa.

—Lance, maldito seas, ¿por qué has venido a verme? —gimió.

En silencio, sin hablar, coloqué otro billete encima del anterior. Pensando que los Mac Intosh, no importaba cuál en aquellos momentos, eran los que pagaban, puse el tercero. Ya eran quince dólares, lo cual equivalía a otros tantos litros del horrendo alcohol que Erick solía consumir.

Al cuarto billete, su resistencia se quebró. Agarró con una mano la botella y con la otra estrujó el dinero.

—Satanás cargue contigo, Lance Stirling —juró—. Corsack vive en...

—¡«Cangrejo»! —gritó en aquel momento una voz.

Los dos volvimos la vista hacia el tipo que había gritado. En el mismo instante, sentí que los pelos se me ponían de punta.

Brick se incorporó convulsivamente, sin soltar la botella ni los billetes.

—¡Tírate al suelo! —aullé, dando el ejemplo y zambulléndome bajo la mesa.

Una pistola ametralladora tableteó ensordecedoramente. Por encima del estrépito de los disparos, del rebote de las balas y del estallido de los vidrios, oí los alaridos de «El Cangrejo» al sentir su cuerpo perforado por los proyectiles. Brick fue arrojado hacia atrás por el vendaval de plomo que le lanzaban desde la puerta, y después de tratar en vano de apoyarse contra la pared, resbaló hasta el suelo, en donde quedó sentado.

La postura del desgraciado era patética a más no poder. Tenía todo el cuerpo inundado de una repugnante mezcla de sangre y alcohol, abrazado aún a los restos de la botella. A dos pasos de mí, con una docena de agujeros en el cuerpo, le vi convulsionarse horriblemente.

Por debajo de la mesa miré hacia la puerta. El asesino había huido apenas vio desplomarse a Brick. Cuando todavía me dolían los oídos como consecuencia del detonar de la «Thompson», pude escuchar el ronquido del motor de un automóvil que se alejaba velozmente.

Era inútil tratar de perseguir al asesino. Como en mil casos semejantes, no habría asestado su golpe sin tener bien, cubiertas las espaldas. Ahora, lo único que podía hacer era largarme de allí cuanto antes; no tenía el menor deseo de que me sorprendiese la policía y empezasen a molerme con preguntas indiscretas.

Cuando iba a levantarme, oí un gemido. Miré hacia Brick. Resultaba increíble, pero aún alentaba. La sangre le fluía abundantemente por la boca y estaba claro que no viviría más allá de un minuto. Era necesario pues, que yo supiese aprovechar aquel minuto.

Me acerqué a él, procurando no mancharme.

—Brick, Brick —exclamé—, contéstame. ¿Dónde vive Corsack?

Giró los ojos hacia mí, unos ojos en los cuales ya se veía la opacidad de la próxima muerte. Hizo un esfuerzo supremo y consiguió separar los labios.

Pero no salía ningún sonido de su boca. Sólo sangre y más sangre. ¡Dios mío!, ¿cómo podía vivir aún?

—Vamos, Brick, vamos —le urgí despiadadamente—. Haz un esfuerzo. Se trata de Corsack, recuérdalo, Corsack.

Volvió a abrir la boca. Esta vez sí que pudo hablar:

—Calle... de los... de los... Españoles..., cincuenta y cuatro... Hay un viejo almacén que...

Sus últimas palabras se perdieron en un horrendo gorgoteo que le subía de lo más hondo de los pulmones. Un tremendo chorro de sangre brotó de su boca, la cual no me manchó por milagro, y luego sus ojos voltearon vertiginosamente en sus órbitas. Se tumbó a un costado y murió, sin soltar aún los billetes ni los trozos de botella que habían quedado entre sus manos ensangrentadas.

Me puse en pie con un sentimiento de triunfo que pagaba en buena parte la lástima que me había causado la muerte del confidente. Así, pues, el asesinato de «El Cangrejo» había resultado baldío. Ahora ya sabía dónde vivían Corsack y sus compinches. Iría a verles inmediatamente y trataría de cobrarme el canallesco asesinato que acababan de cometer.

Ya había perdido demasiado tiempo. Antes de cinco minutos estaría allí la policía, y si no conseguía evadirme, me meterían en un compromiso. Era preciso, pues, salir de allí rápidamente.

Pero cuando ya llegaba a la puerta, un hombre se interpuso en mi camino. Era el barman, un tipo de buena corpulencia y cara de muy pocos amigos.

—Alto —gruñó—. Quédese ahí, hermano. No quiero líos con la policía y usted tiene mucho que decir.

Era inútil discutir con un tipo semejante. No hubiera atendido a razones y, además, incluso cabía la posibilidad de que estuviera a sueldo de mis enemigos. Con que, sin mediar palabra, le tiré un viaje de izquierda a su estómago, que abultaba más de lo conveniente.

El tabernero se dobló sobre sí mismo. Junté las dos manos y le apliqué el filo de ambas sobre la nuca con un golpe demoledor. El tipo se desplomó como un buey apuntillado.

Ya no hubo nadie que me detuviera. Apenas se había acabado el fragor de los tiros, los clientes de «El Cormorán de Plata» se habían esfumado rápidamente. Todos ellos eran gente con cuentas colgadas en los ficheros policiales, y ninguno tenía ganas de estar presente cuando aparecieron los agentes de la Ley y el orden.

Lo mismo que un servidor. Salí fuera cuando ya la gente acudía hacia la taberna y eché a correr en busca de calles más acogedoras. Cuando llegaba a la Primera Avenida, pude oír el aullido de las sirenas policíacas. Entonces compuse el gesto y me mezclé con los viandantes.

CAPÍTULO XII

Llamé a la oficina desde un teléfono cualquiera. La voz de Georgia sonó ansiosamente al otro lado de la línea:

—¿Está bien, jefe? He oído un boletín radiado y en que hubo un tiroteo en una taberna del puerto, donde resultó muerto un maleante que se suponía confidente de la policía por una descarga de ametralladora.

—Lo sé —dije.

—Estaba usted allí, ¿verdad? Tiene vocación de pararrayos, no lo puede remediar. Atrae sobre sí...

—Cierre el grifo, dulzura —dije, impaciente—. Ahora, escuche lo que tengo que decirle.

—Sí, jefe.

—Bájese a la cafetería de la acera de enfrente y espere mi llamada. No se entretenga en el tocador; es urgente.

—Pero...

—Haga lo que le digo —y colgué.

Encendí un cigarrillo y aguardé cinco minutos, reloj en mano. No tenía ganas de que escucharan lo que tenía que decir a Georgia. Un teléfono intervenido recomienda discreción a toda costa.

Al transcurrir los cinco minutos, llamé al lugar indicado. No tardé mucho en oír la voz de la muchacha:

—Jefe.

—Hola, Georgia. ¿Tiene un lápiz a mano? Bien, anote esta dirección: Calle de los Españoles, cincuenta y cuatro. Es un viejo almacén... ¡Yo qué sé qué es lo que guardan allí! —mascullé, en respuesta a una incongruente pregunta de la chica—. Es un almacén y basta. Bueno, trate de localizar a Toughita y dígame que acuda allá dentro de dos horas, ¿estamos?

—Completamente de acuerdo, jefe.

—Cuando se ponga en contacto con Toughita, dígame que hable lo menos posible por el teléfono de la oficina. Recuerden los dos que está intervenido.

—Sí, jefe.

—Pero no le cite en esta cafetería. Dele otra dirección cualquiera. Esos tipos no querrán dejar pasar la ocasión de saber noticias de nosotros, ¿comprende?

—Perfectamente. ¿Qué más?

Consulté mi reloj. Eran ya las cuatro y pico de la tarde. Decidí alargar el plazo.

—A las siete en punto. No lo olvide: Calle de los Españoles, cincuenta y cuatro.

—Un viejo almacén, sí.

—Justamente. Adiós, hermosa.

—¡Jefe! —llamó Georgia ávidamente, pero ya no tuvo tiempo de decir nada más; yo acababa de colgar el teléfono.

Cuando salí de la cabina, me acerqué al mostrador y pedí un café. Lo tomé a pequeños sorbos, en tanto trataba de hacerme mi composición de lugar y buscaba el modo de encajar las distintas piezas del rompecabezas que tenía entre manos. Pero no había medio; aún faltaban algunos elementos y, como suele suceder, los más esenciales.

Aboné la consumición y salí a la calle. Miré instintivamente hacia el cielo. La atmósfera se iba cargando cada vez más y más. Los nubarrones que velaban el cielo eran negros, densos, siniestros.

Durante momentos, caminé al albur por la calle, buscando la forma de pasar aquel tiempo hasta llegar la hora de unirme a Touthita. Podía haberlo hecho yo solo, pero después de haber apreciado los expeditivos procedimientos de aquellos forajidos, había considerado como lo más sensato llevar cubiertas las espaldas.

Mientras vagaba al azar, pensé en que el servicio de información de aquellos tipos debía haber sido perfecto. O bien el tabernero había informado a Corsack y compañía o bien éstos habían destacado una *sombra* para que me siguiese en todo momento. Receloso, me volví en más de una ocasión, sin apreciar en los transeúntes ningún tipo que pudiera hacerme sospechoso.

Inesperadamente, alguien pronunció mi nombre:

—¡Lance Stirling!

Me volví, pero antes de ver a la persona que había hablado, ya sabía quién era. El sedoso tono de su voz era inconfundible y no podía olvidarse una vez se había oído en alguna ocasión anterior.

Daisy Karlake me miraba desde el puesto de conducción de su «Lancia». Por excepción, no vestía ahora de negro, sino de un color completamente opuesto, que no se diferenciaba mucho del alabastrino tono de su tez. Era hermosísima tal como estaba; y, por supuesto, con las inevitables esmeraldas adornando su innegable belleza, pero pensé en lo sensacional de una combinación a base de una piel tostada por el sol, pelo negro y ojos verdes. El blanco traje que vestía llevaba un escote impresionante que, sin embargo, resultaba en ella algo completamente natural. Con más ropa en torno al busto y a los hombros, hubiera decepcionado, francamente.

—Hace calor —dijo ella—. ¿No me invita a nada fresco?

Consulté mentalmente mi reloj. Todavía tenía dos horas largas de tiempo. De modo que salté al interior del coche y me senté a su lado. Hubimos de comprimirnos bastante; el espacio de un coche como aquél no es muy grande que digamos. El contacto con su cuerpo cálido y lleno de vida me produjo un cosquilleo que no pude disimular. Ella lo notó y rió satisfecha.

Hizo arrancar el «Lancia» como si estuviera en Indianápolis. Sorteó el tráfico con fenomenal pericia, y diez minutos más tarde nos hallábamos en plena carretera, en dirección completamente opuesta a la que conducía a su casa.

—¿A dónde me lleva? —pregunté, observando alarmado el cuentamillas del coche. Marcaba setenta.

—Conozco un sitio preciso y... discreto —dijo.

—¡Glub! —Y no pudo añadir nada más.

Durante quince minutos, rodamos sin cambiar apenas una sola palabra. Daisy guiaba maravillosamente, acomodándose sin un fallo ni una vacilación a las curvas de la carretera, que en aquel lugar corre paralela a la costa, bordeando los empinados acantilados en muchas ocasiones de tal forma que más parece una cornisa.

Finalmente salimos a una especie de explanada, practicada a base de dinamita, donde se había instalado un restaurante y parador para los automovilistas. Había unos cuantos coches, no muchos, quizá porque no era día de fiesta ni fin de semana.

Daisy detuvo el «Lancia» en el apartamento y saltó al suelo, ágil y esbelta como una Diana Cazadora. Llevaba unas sandalias de tacón tan alto como inverosímil, y del hombro izquierdo le pendía un gran bolso de rafia blanca, con sus iniciales en esmeraldas.

Caminamos juntos, pasando al interior del local. Había tres o cuatro parejas en las mesas, gozando del panorama que se divisaba desde allí. «Seaview^[1]» era el nombre del parador y a fe que no podía ser más afortunado.

A todo lo largo de la parte superior corría una especie de veranda encristalada, también con mesas. La veranda estaba desierta en aquellos momentos y Daisy se encaminó hacia la escalera de acceso sin la menor vacilación.

Un obsequioso *maître* salió a nuestro encuentro, saludando a Daisy como asidua cliente de la casa. La joven le dio su orden.

—Prepare dos de los míos, Jacques.

—Al momento, señora Karlake —contestó el *maître*.

Escruté al tipo durante un corto segundo. Tenía el pelo muy negro y engomado y adornaba su labio superior con un fino bigotito. Pero sus ojos claros, duros como ágatas, desmentían su posible nacimiento francés. Seguro que se llamaba Jack o Jake y que se teñía la cabellera para representar mejor su papel. Bueno, a fin de cuentas, los negocios son los negocios, ¡qué diablos!

Pronto estuvimos sentados en una mesa, enclavada en lo que parecía un balcón colgante sobre el mar, el cual batía las rocas a sesenta o setenta metros por debajo de nosotros con un rumor espeso y constante. Las ventanas estaban completamente cerradas, pero el calor sofocante del exterior había sido anulado por el excelente sistema de climatización de que gozaba el «Seaview».

Charlamos de cosas banales hasta que vino Jacques con una bandeja cargada con dos vasos altos, enormes, en los cuales el hielo había puesto una capa de vapor que empañaba el fino vidrio. Jacques colocó un vaso frente a cada uno de nosotros y, luego de una profunda inclinación, se retiró, dejándonos solos en la veranda.

—Por el éxito de sus investigaciones, Lance —dijo Daisy, levantando su vaso.

Pensé: «Si supieras lo mal que van», pero no lo expresé en voz alta. En lugar de

ello, galantemente, respondí:

—Por usted, Daisy, y por los ojos verdes más hermosos que he visto en mi vida. A su lado, me daría vergüenza ser esmeralda. —Y bebí.

Mientras ella reía sin estridencias, sentí que me bajaba por el esófago un chorro de fuego derretido.

Tragué saliva y no pude contener los violentos deseos que sentía de toser y de añadir, además, un par de gruesas interjecciones.

—¿Qué es esto? —pregunté, cuando hube recobrado el aliento.

—Es una combinación de la cual soy autora —respondió ella modestamente—. La llamo «Fuego Frío», pero ya le daré la receta en otra ocasión. Ahora, charlemos de nosotros, ¿quiere, Lance?

Y me miró de un modo inocente e incitante al mismo tiempo, que hizo que la cabeza se me pusiera a dar vueltas.

—Eh..., estoy por completo a su disposición, Daisy. ¿De qué se trata?

—Usted sabe que voy a casarme con Greg Mac Intosh. Le quiero y desearía acabar con sus preocupaciones. Hábleme, ¿cómo van sus pesquisas, Lance?

—No muy bien, por ahora, ésa es la verdad —contesté un tanto ambiguamente—. He hecho algunos progresos aunque son insuficientes.

—Pero usted conseguirá lo que desea, ¿no es cierto?

Su voz era dulce, cariciosa.

—Soy un hombre, Daisy, no un semidiós —repliqué.

Puso una de sus manos sobre la mía. La noté fría, pero, al mismo tiempo, llena de una ardorosa vida.

—Tranquilece a Greg, Lance —murmuró, mirándome a través de sus espesas pestañas—. Acabe con sus preocupaciones. Consiga lo que él desea.

—El señor Mac Intosh me paga porque trabaje para él. Después de lo que me ha dicho usted, lo haría completamente gratis, Daisy.

—Es usted muy amable, Lance —dijo ella—. Pero sé que es un hombre que vive de su profesión. No... —Pareció vacilar un momento, aunque siguió en seguida—: No quisiera ofenderle, Lance, pero yo poseo algún dinero. Mi marido me dejó en buena posición económica, que no puede compararse, sin embargo, con la de mi prometido. No obstante, estoy en situación de disponer de algún dinero. Quisiera que usted me aceptase alguna cantidad para sufragar los gastos de sus investigaciones.

—El señor Mac Intosh me paga ya lo suficiente, Daisy. Muchas gracias por su oferta.

—No le habré ofendido, ¿verdad? —preguntó ansiosamente—. Tengo una vaga idea de lo que le sucede a Greg. Si fuese solamente cuestión de dinero... ¿Cree que con cincuenta mil habría bastante?

Respingué. Daisy se mostraba aún más generosa que Ruth. ¿No encerraría su oferta alguna trampa? Pero, no; quizá no era más que un medio de asegurarse la posesión de la sólida fortuna de Mac Intosh, es decir, compartirla con su dueño.

—Eh..., muchas gracias —dije, procurando dominarme—. Tengo ya suficiente con lo que él me ha facilitado, créame. No obstante —añadí para no decepcionarla—, en caso necesario, ya me pondría en contacto con usted. Se lo aseguro, Daisy.

—No quisiera que se lo tomase a mal, Lance. —Su acento continuaba pleno de insinuación—. Pero quiero a Greg; usted me comprende.

—Claro.

—Será discreto, ¿verdad? No le diga nada de lo que hemos hablado ni tampoco si necesitase de mí. Es muy orgulloso y podría enojarse.

—Por supuesto, Daisy. Respecto a este asunto, puede estar completamente segura de mi discreción.

Pareció respirar aliviada y su pequeño pero bien formado busto, latió cálidamente bajo la seda que lo cubría. Levantó su vaso nuevamente.

—Por su victoria, Lance.

—Que será la suya también, Daisy.

Bebimos. Ahora, más acostumbrado, el «Fuego Frío» me hizo menos impresión. Aún así, tenía la engañosa suavidad de un refresco de fresa y el violento salvajismo de un caballo sin domar. Sentí que algunas burbujas del cóctel empezaba a subírseme a la cabeza.

Cinco minutos más tarde, los vasos estaban vacíos. Pareció como si Jacques nos hubiera espiado con un periscopio, porque, apenas tomado el último sorbo, subió con dos más.

—Es usted un hombre inapreciable, Jacques —dijo ella. El *maître* agradeció el cumplido con una inclinación y una untuosa sonrisa—. Tengo ganas de bailar. ¿Por qué no nos proporciona un poco de música?

—Al momento, señora Karlake —dijo Jacques, y se retiró.

Treinta segundos más tarde había desaparecido la mitad de mi segundo «Fuego Frío». Entonces sonó por un altavoz oculto una música que si no era muy apropiada a la ocasión —me refiero al título—, se le parecía bastante. Los suaves compases de «La Alegre Divorciada» invadieron melodiosamente el interior del «Seaview».

Se puso en pie y la imité. Abrió sus brazos y dejó que encerrara entre los míos su cuerpo de diosa. Pegó su mejilla contra la mía y empezamos a deslizarnos suavemente por el pulido entarimado.

—Es maravilloso —suspiró ella, haciéndome percibir los latidos de su corazón.

—Sí —dije. Y de pronto, ella separó su rostro del mío y se quedó mirándome a la cara con fijeza. Sus rojos y cálidos labios estaban entreabiertos y enseñaban unos dientes blanquísimos y parejos. Respiraba suave pero afanosamente.

Acerqué mi rostro al suyo.

—Oh, Lance —susurró ella. Ya no bailábamos; nos habíamos olvidado por completo de la música.

En el momento en que nuestros labios iban a unirse, sonó un grito:

—¡Señor Stirling!

CAPÍTULO XIII

Mentalmente, lancé una gruesa interjección, acompañada de mis peores deseos, contra quien fuere el que acababa de interrumpirnos en el momento más culminante. Por su parte, Daisy exhaló un gritito de susto y se separó de mí con viveza.

Giré sobre mis talones, enfrentándome con Ruth Mac Intosh, la cual nos miraba desde cinco pasos de distancia, con ojos que llameaban de ira. A su lado había un sujeto a quien no había visto en mi vida.

—Ruth —dijo Daisy.

Pero la muchacha no le hizo el menor caso. Toda su furia estaba concentrada sobre mí.

—Así es como entiende usted el modo de trabajar en los asuntos que le encomiendan —exclamó, colérica.

—Señorita Mac Intosh, déjeme que le explique...

—No tiene nada que explicarme, señor Stirling —respondió ella desdeñosamente, atajándome antes de que pudiera seguir adelante con mis disculpas. Nos miró a Daisy y a mí de arriba abajo—. Demasiado salta a la vista.

Di unos pasos hacia ella.

—No es lo que usted se piensa, señorita. Yo... bueno, nosotros —pero ¿quién diablos ponía aquel maldito asunto en claro?

—Mi padre había confiado en usted. Y yo también —dijo la muchacha con rabia—. Veo que ha sido perder el tiempo. Y el dinero también —concluyó ofensivamente.

—La culpa ha sido mía, querida Ruth —dijo Daisy, avanzando igualmente—. Fui yo la que trajo al señor Stirling hasta el «Seaview». Le invité y... naturalmente, no podía negarse.

—Y es usted la que pretende casarse con mi padre —barbotó la muchacha—. Usted, una... —Y pronunció una palabra que por decencia no puede ponerse aquí.

—Oh —exclamó Daisy, con el rostro rojo de vergüenza. De pronto, agarró su bolso y echó a correr hacia la escalera.

Mis puños se crisparon. Miré a Ruth con ojos llenos de indignación.

—Es usted una niña mal educada que merecería una buena zurra. ¿Qué demonios sabe lo que estaba haciendo yo aquí? ¿Quién es usted para meterse en mis asuntos? Su padre me ha encargado una investigación y yo la llevo como mejor me parece, ¿se entera? Y si no les agrada, pueden despedirme e irse los dos al infierno. Después de todo, puede que sea el sitio que más les acomode a ambos.

El lindo rostro de Ruth se coloreó a impulsos de la ira. Sin pensárselo dos veces, levantó su mano y me golpeó la mejilla.

Por un instante, estuve a punto de devolverle el golpe. Pero supe contenerme, pensando en su condición femenina. Traté de sonreír, aunque creo que sólo me salió

una mueca.

—Está bien —dije—. Por lo visto, usted entiende que también las bofetadas son un modo de pagar.

En aquel momento intervino la pareja de la muchacha. Era un jovencuelo enteco y presumido, que alardeaba de hombre recio a fuerza de guata en los trajes. El chico abombó el pecho presuntuosamente.

—Lo que la señorita Mac Intosh ha dicho —manifestó—, dicho está, y aquí estoy yo para sostenerlo, señor mío.

—Váyase al diablo —mascullé, echándome a un lado para poder pasar.

—Un momento —dijo el sujeto, poniéndome la mano en el pecho—. Se irá, sí, pero no sin antes haber dado a la señorita Mac Intosh las suficientes excusas...

La intempestiva interrupción me había puesto de malísimo humor. Y sólo me faltaba aquel tipo relamido para hacer desbordar el vaso de mi cólera.

La mano izquierda se me fue hacia su estómago y le hice doblarse sobre sí mismo. Cuando su tronco estuvo paralelo al suelo, le acaricié tras la oreja y el chico se fue a tierra, tan insensible como un tronco recién cortado.

Ruth lanzó un grito. La miró fríamente.

—¡Quédeselo; se lo regalo! —dije, y eché a correr hacia la puerta.

Jacques me salió al encuentro con un papel en la mano. Era la nota de las consumiciones. Le arrojé un billete y seguí corriendo.

Cuando salí afuera, ya no se veía el «Lancia» rojo. Era lógico. Después de lo que había oído Daisy, no resultaba congruente que se hubiera quedado allí. Divisé el coche ya un kilómetro de distancia, serpenteando a toda velocidad por la sinuosa carretera en dirección a la ciudad.

Maldije profusamente los entremetimientos de ciertas personas. Bien mirado, Ruth no dejaba de tener razón, y si yo le había dicho lo de las investigaciones había sido, más que nada, por cubrir el expediente y disculpar así a Daisy. Pero lo cierto era que me había interrumpido uno de los momentos más interesantes de mi vida.

—¡Malditas sean las mujeres! —Gruñó—. Bueno, algunas de ellas.

Consulté mi reloj. Entretanto, el tiempo había corrido y ya sólo me faltaban treinta minutos para la cita con Touthita. La distancia a la ciudad era de veinte millas; ¿cómo diablos recorrerlas sin medio de transporte?

Miré en torno mío por si divisaba alguien que se dirigiera hacia Crandeston. No había más que coches vacíos y desocupados. De pronto vi uno que me pareció conocido.

Leí su patente. La suerte era mi aliada. El coche pertenecía a Ruth y tenía puesta la llave de contacto. No lo dudé más y, montando en el vehículo, lo hice arrancar de inmediato.

Cuando salía de la plazoleta, haciendo volar la gravilla con las ruedas zagueras al tomar la curva ceñidamente, vi por el retrovisor a Ruth y a su pareja que corrían detrás de mí. No pude resistir al deseo de sacar la mano por la ventanilla y agitarla en

señal de saludo. Sus imágenes se empequeñecieron rápidamente.

Antes de llegar a la ciudad, tuve que encender las luces. El cielo estaba tan encapotado que, a pesar de hallarnos en pleno estío, las nubes habían anticipado el ocaso. Finalmente, y después de una loca carrera, el automóvil rodó por las calles de Crandeston.

Rodé con más sensatez, dirigiéndome hacia la calle de los Españoles, la cual estaba situada en la parte vieja de la ciudad, en el lado opuesto al puerto. Crandeston fue edificada primeramente en la falda de unas cuantas colinas de poca altura que corren paralelamente a la costa, seguramente para ser defendida mejor en caso de un ataque por mar. El nombre de la calle proviene de los viejos tiempos de la conquista, cuando pasaba por allí el camino que unía las distintas ciudades que los españoles habían fundado en la región.

La calle era de trazado un tanto irregular y no muy ancha, más permitía cómodamente el paso del vehículo. Subía hacia las colinas en una pendiente que se acentuaba notablemente en los últimos metros. Para no hacerme demasiado visible, detuve mi coche a mitad de camino y, una vez hube retirado la llave de contacto, salté al suelo.

Comprobé maquinalmente que la pistola estaba en su funda. Después, con paso tranquilo y libre de prisas, emprendí el camino hacia la casa que era mi objetivo aquella tarde.

No tardé mucho en alcanzarla. La calle no disfrutaba precisamente de una buena iluminación, aunque era la suficiente para darse cuenta de que el edificio había sido en tiempos un gran caserón destinado al almacenamiento de mercancías transportadas desde el interior por vía terrestre, en largas caravanas de carromatos, antes de que se construyera el ferrocarril. Era un edificio hecho en piedra, sólido como un fuerte y grande como un hangar de aviación.

En la fachada que daba a la calle tenía un gran portón de madera, en el cual se había practicado una puertecita más pequeña. Uno y otra estaban completamente cerrados y, al menos por aquel lado, no se advertía ninguna ventana desde la cual pudieran espiarme.

Consulté nuevamente el reloj. Ya faltaban pocos minutos para la hora. No queriendo actuar sin el nipoamericano, me busqué un refugio desde el cual poder vigilar la puerta del almacén. Me acurruqué en el hueco de la puerta y esperé.

Lo hice durante casi treinta minutos, al cabo de cuyo espacio de tiempo hube de pensar en que era hora de tomar una decisión. Aun cuando convenía mucho tener las espaldas cubiertas, tampoco podía pasarme el tiempo aguardando allí indefinidamente.

No obstante, dejé transcurrir otro cuarto de hora más, durante el cual eché frecuentes miradas calle abajo para ver si veía venir a mi ayudante. Más también aquella prórroga resultó inútil.

Lancé un suspiro. Tanteé una vez más el consolador peso de mi pistola, calibre

cuarenta y cinco. Después eché a andar hacia el caserón.

Era ya noche cerrada, pero el calor no parecía haber cesado; antes bien, daba la sensación de haber aumentado. Llegué a la puerta envuelto en sudor.

Toqué suavemente la manija, haciéndola girar *en* silencio. Pensé que estaría con llave, pero me llevé la gran sorpresa. La puerta se abrió sin más trámites.

Del interior salía algo de luz. La casa parecía estar deshabitada, ya que no se oía el menor ruido. ¿Me habría engañado Erick?

Crucé el umbral rápidamente, cerrando a mis espaldas. Del techo, alto de unos diez o doce metros, pendía una batería completa de lámparas de gran potencia, de las que sólo una estaba encendida en aquel momento, la cual derramaba, sin embargo, la suficiente luz para poder ver con comodidad.

Miré en torno mío. Había allí cinco o seis coches, todos ellos de diferentes tipos y tamaños, algunos de los cuales estaban a medio despiezar. Vi un par de fosos para reparaciones, grúas para izar los autos, una plataforma de émbolo, un poste suministrador de gasolina, un banco de mecánico, dotado de un pequeño torno y un montón de cosas más que indicaban claramente el uso a que el local estaba destinado. También había un par de hileras de barriles metálicos, que seguramente contenían combustible para los automóviles.

Después de estudiar aquello, no me cupo la menor duda de que Corsack y su compinche tapaban su verdadera profesión con un taller de reparaciones de automóviles, una actividad muy respetable sin duda, aunque, para obtener el dinero que ellos querían y en las cantidades ambicionadas, muy poco productiva.

En la pared de mi izquierda, se veía una escalera salediza con barandilla de madera. Esta conducía a una puerta practicada en el muro, a unos cuatro o cinco metros sobre el suelo. La puerta aparecía cerrada.

Durante unos momentos, permanecí quieto, dudando, sin saber qué decisión adoptar. De pronto, la puerta se abrió, dejando escapar un chorro de luz. Alguien salió al descansillo de la escalera, cambió un par de frases con uno que había dentro y empezó a bajar los peldaños.

Me lancé hacia adelante sin titubear, ocultándome tras la carrocería de un coche. Por si acaso, saqué la pistola, empuñándola resueltamente. Los pasos del individuo sonaron más próximos a cada segundo que transcurría.

De repente, me di cuenta de que estaba en muy mala posición. Si el individuo se dirigía hacia la puerta, podía verme a poco que volviese la cabeza, y muchas veces se hace un movimiento similar de manera instintiva. Para evitar una contingencia semejante, empecé a retroceder, siempre pegado a la carrocería, con ánimo de rodearla y pasar al otro lado, a medida que continuaba el avance del sujeto.

Queriendo reparar un error, cometí otro. Mi brazo derecho tocó algo que no debía estar muy bien sujeto y el objeto cayó al suelo con pequeño estruendo. No debía ser una pieza muy grande, aunque sí hizo el ruido suficiente para llamar la atención del individuo.

Noté que sus pasos se detenían al instante. Levantando un poco la cabeza por encima del morro del vehículo, vi que miraba a todas partes, al mismo tiempo que su mano se dirigía hacia el interior de la chaqueta.

Ya no me cupo ninguna duda acerca de la actitud del desconocido. Era preciso anticiparse a él o, de lo contrario, me sacudiría algún disparo, cosa a la que soy muy poco aficionado. En consecuencia, me erguí y avancé el brazo armado.

—Detenga su movimiento, hermano —dije—. Párese ahí o le frío.

CAPÍTULO XIV

Estaba de costado y me miró, volviendo solamente la cabeza. Su mano seguía dentro de la chaqueta.

—Saque la mano —continué— sin pistola. Piense que tengo un tic en el dedo y es de herencia. El quitapenas se me dispara con mucha facilidad, ¿sabe?

Su rostro tomó un tinte terroso. Sacó la mano lentamente, sin dejar de mirarme. Empecé a acercarme a él.

—Vuélvase de espaldas y apoye las dos manos en el coche que tiene al lado. Obedezca y en silencio, ¿estamos?

El individuo era comprensivo y sabía cuándo había perdido la partida. También sabía que un posible grito para alertar a sus compinches no les beneficiaría en Rada. Antes de que hubiera concluido, ya habría entonado el «Adiós a la Vida».

Al apoyar ambas manos en el coche, como tenía los pies separados del mismo por un metro de espacio, quedó inclinado hacia adelante. Entonces me acerqué a él y le planté el pie izquierdo en su talón. Esto le impediría todo movimiento de reacción contra mí. Es un truco elemental, pero indispensable en casos semejantes. De lo contrario, uno se expone a ser desarmado de un codazo, con las consecuencias que son fáciles de prever.

Palpé sus ropas con la mano izquierda, hallándole un revólver del treinta y ocho, de cañón corto, que pasó a mí poder. No llevaba más armas.

Acto seguido, le hice una pregunta:

—¿Están aquí Corsack y Hadoe?

Vaciló. Hube de recurrir al cañón de mi cuarenta y cinco para obligarle a la respuesta.

—Sí —dijo, tras un gruñido.

—¿Arriba?

—Sí.

—Gracias —contesté, y ahora le di con más fuerza tras la oreja. El tipo emitió un ronquido y se desplomó al suelo como un saco.

Tranquilo ya a este respecto, crucé el almacén y empecé a subir la escalera, procurando no hacer el menor ruido. Al llegar al descansillo, tomé aliento y luego llamé con los nudillos.

—¿Eres tú, Bud? —dijo una voz desde el interior.

Contesté con un gruñido ininteligible. El mismo que había hablado me permitió el acceso.

—Pasa.

Empujé la puerta y me planté de un salto dentro de la habitación, sorprendiendo a cuantos estaban allí, que eran cinco o seis.

Con una rápida ojeada, reconocí a los tipos. Aparte de Corsack y Hadoe, pude ver a Luke, «El Granitos», cuya cara aparecía aún llena de moretones, a Spiro, con el brazo derecho enyesado, y a los dos forajidos que habían arrojado a Clergy por la ventana y cuyo nombre ignoraba.

«Granitos» me miró con expresión de odio infinito. Fue a sacar su pistola, pero le contuve con un gesto rápido.

—Mueve la mano otra vez y haré en tus tripas un agujero para ver lo que hay al otro lado —dije.

El tipo se quedó frío. Entonces, sin dejar de vigilarle con el rabillo del ojo, me encaré con Corsack y Hadoe.

Los dos compinches estaban sentados junto a una mesa de buen tamaño, sobre la cual se veía un impresionante montón de billetes, generalmente de poca monta, pero que, sin embargo, constituían de por sí una pequeña fortuna. Hadoe parecía ser el que los contaba, en tanto que Corsack hacía anotaciones sobre una libreta que tenía frente a sí.

—¿Cómo ha conseguido llegar hasta aquí? —Gruñó Corsack de mal talante.

—No será porque ustedes no han hecho todos los posibles para impedírmelo. Para su conocimiento, les diré que Erick pudo hablar antes, de morir y darme su dirección.

Hadoe soltó una maldición y miró a Corsack. Éste se mordió los labios, ligeramente desconcertado.

—Está bien —gruñó el segundo—. ¿Qué es lo que desea?

—Por ahora —dije—, he venido en son de paz, aunque ustedes no se lo crean. Tengo que hacerles una oferta.

Hadoe rió de costadillo.

—Una oferta, Fred. ¿Has oído? De risa, vamos. ¿Piensa que vamos a aceptar el menor trato con usted?

—Déjalo que hable, Tony. Quizá pueda interesarnos. ¿De qué se trata, curiosón?

—Ustedes conocen a una persona que, por las apariencias, es su jefe. Esa persona tiene unos documentos importantísimos, los cuales he de recuperar yo, porque así me lo ha encargado cierto caballero, al cual represento en estos momentos. En suma, los documentos contra medio millón de dólares, pagaderos en el momento del intercambio.

Si esperaba causar sensación con mi oferta, me llevé chasco. Salvo un par de respingos de los gorilas que rodeaban a la pareja, Corsack y Hadoe ni se inmutaron tan siquiera.

—Bueno —rezongó—. No estoy loco ni bebido. Hablo completamente en serio. He dicho medio millón y no rebajo un níquel de la cifra.

Corsack se miró las manos con aire meditabundo.

—Desde aquí puedo asegurarle, Stirling, que su oferta será rechazada rotundamente. Medio millón es poco cuando se espera obtener una cantidad veinte o treinta veces superior.

—Entiendo —dije—. Piensan chantajear al señor Mae Intosh y apoderarse de toda su fortuna.

—Algo por el estilo —dijo uno de los canallas con toda frescura.

—Conque —añadió el otro—, ya se puede largar con viento fresco y decirle a su representado que se vaya al infierno.

—¡Diablos! ¡No! —exclamó uno de los gorilas, terriblemente sobresaltado—. No podemos dejarle irse así como así, jefe. Ha visto ya demasiadas cosas.

Corsack y Hadoe se miraron. El primero se acarició la mandíbula pensativamente.

—Pete tiene razón —murmuró. Levantó la vista para mirarme—. Lo siento, curiosón; tendrá que quedarse aquí para una larga temporada.

Agité la mano con que sostenía la pistola.

—Ésta es una llave que abre todas las puertas. Atrévanse a impedirme el paso —y como observara que uno o dos de los rufianes se movían ligeramente, les largué una orden—: Ustedes, todos a la pared, o meteré un plomazo al primero que mueva una pestaña.

Mi tono resultó lo suficientemente intimidatorio para que me obedecieran en el acto. Lanzando mil maldiciones en voz baja, Spiro, Luke y los otros dos se replegaron contra la pared del lado opuesto.

Entonces miré a Corsack.

—¿Han meditado ya acerca de mi oferta, caballeros? Necesito una contestación definitiva para transmitírsela a mi representado.

—Ya se la dimos antes. Ahora, lárguese de aquí... si puede.

Solté una risita de satisfacción.

—Ya lo creo que podré. —De repente, mi vista se fijó en algo.

Este algo era la libreta en la que Corsack había estado haciendo sus anotaciones. Un vivo deseo de poseerla y enterarme de su contenido se apoderó de mí en el acto.

Di un par de pasos y me acerqué a la mesa. Alargué la mano y agarré la libreta.

Corsack se puso en pie, lívido, convulso de ira, al comprender mis intenciones.

—¡Eso no! —bramó.

Moví la mano derecha con fuerza, estampándole el cañón de la pistola en la cara. Su pómulo derecho resultó abierto y el fulano cayó de espaldas sobre su silla, bramando como un toro enfurecido.

No debiera haberme dejado llevar de mis impulsos primarios. En ciertas ocasiones, conviene ser un poco morigerado. Por lo que pude apreciar a continuación, Hadoe era un tipo de rápidos reflejos.

El *gángster* me arrojó a la cara un puñado de billetes, levantando casi todo el montón con ambas manos. El dinero revoloteó en torno a mí durante unos instantes, cegándome momentáneamente, cosa que me hizo perder el equilibrio al buscar con demasiada rapidez una posición algo más conveniente para mi integridad personal.

Algo cayó con fuerza sobre mi muñeca, dejándome sin fuerza los dedos de la mano. La pistola saltó por los aires.

Como si aquello hubiera sido una señal, toda una jauría de malhechores se arrojó sobre mí, blasfemando en mil tonos distintos. Un puño se estrelló contra mi sien, haciéndome perder el equilibrio y casi, casi el conocimiento. Una rodilla se me clavó en la ingle y tuve que doblarme, acometido de un repentino espasmo lleno de agonía.

Moví los brazos, tratando de defenderme, pero eran cuatro a atacarme. Y los cuatro empleaban toda una serie de trucos sucios y bajos, con tal de saciar en mi cuerpo todo el odio que sentían hacia mí. Mientras me cubría el rostro con los codos, alguien me arreó un fenomenal patadón en un costado, lanzándome contra la mesa.

Ésta cayó, golpeando con su filo el pecho de Corsack el cual continuaba aún en el mismo sitio, indiferente a la lucha, en tanto se atendía el pómulo abierto. Los billetes que aún quedaban encima se desparramaron por el suelo. Corsack chilló agudamente.

Levanté el pie derecho, encontrando un blanco. Uno de los gorilas se retiró a un lado, mientras meditaba sobre la fragilidad de las regiones anatómicas cercanas al bajo vientre. Sus meditaciones iban acompañadas de una fenomenal sarta de alaridos en todos los tonos.

Un puño se me clavó repetidas veces en el costado. Alguien me pegó con todas sus fuerzas, y con su pie, en la rodilla derecha. La pierna de este lado me falló y caí al suelo.

«Granitos» saltó sobre mí, intentando bailar un «rock'n'roll», encima de mis tripas. Cogí uno de sus tobillos con ambas manos y lo lancé al suelo de espaldas. Su cabeza emitió un sonoro crujido, y el fulana cesó de darme guerra.

Aún así, quedaban tres, los cuales parecían muy empeñados en hacerme tiras antes de darme el pasaporte para el otro barrio. Los golpes y las patadas caían sobre mí como lluvia espesa de primavera. El conocimiento empezó a huirme en medio de un continuo relampagueo de chispazos de todos los colores. Una intensa agonía me invadió y cesé de mover los brazos, incapaz de emitir la menor orden a mis entumecidos músculos.

—Ya está —oí una voz.

—Liquidémosle —dijo otro—. Ha visto demasiadas cosas. No puede salir con vida de aquí.

—Yo lo haré —dijo una voz tartajosa. Era la de «Granitos», que había recobrado el conocimiento.

Vagamente, a través de una bruma rojiza, entreví el rostro del menudo pandillero que se arrastraba de rodillas hacia mí. En su mano derecha tenía el puñal que ya había visto más de una vez.

«Granitos» se detuvo a mi lado. Quise levantar las manos para defenderme, pero no pude, carecía de fuerzas. El forajido rió satisfecho.

El puñal se levantó, arrojando plateados destellos bajo la luz de la lámpara. Me dio la sensación de hallarme en el circo. Yo era el gladiador vencido y «Granitos» el triunfador. La plebe, representada por Hadoe y sus muchachos, había bajado el pulgar y ahora el ganador se disponía a propinarme el *ictius gratiosus*, el golpe de gracia.

Una certera cuchillada en la yugular y todo habría acabado para mí.

Pero antes de que Luke pudiera descargar el golpe, sonó una voz conminatoria.

—¡Atrás! ¡Atrás todos, o dispararé!

La intimación fue acompañada por una corta pero atronadora ráfaga de ametralladora, que resonó dentro de la estancia con fenomenal estrépito.

CAPÍTULO XV

Nadie resultó herido, sin embargo. Pero la media docena de disparos que había hecho Georgia, bastaron para acobardar a la pandilla y empujar a todos hasta la pared frontera. No sabía cómo había conseguido llegar la chica hasta allí, ni mucho menos comprendía el medio que había empleado para apoderarse de una metralleta; pero el caso era que su aparición no había podido ser más oportuna, y que gracias a ella, estaba con vida.

—Fuera de ahí —siguió Georgia—. No lo repetiré más.

Uno puede resistirse a la vista de una simple pistola o revólver; pero cuando el que está enfrente maneja un aparato capaz de lanzar cincuenta balas en diez segundos, la cosa adquiere ya un cariz completamente distinto. La «Thompson» inspira siempre mucho respeto a todo el mundo, y aquellos tipos no iban a ser la excepción a la regla.

—¿Puede levantarse solo, jefe? —preguntó la muchacha.

Inspiré fuerte antes de contestar. Este pequeño ejercicio provocó grandes dolores en mis costados.

—Trataré de hacerlo —dije, jadeando.

Primero me apoyé sobre un codo; luego me senté, a pesar del mareo y de las náuseas que me acometían. Al fin, y tras un par de grandes esfuerzos, logré incorporarme, aunque hube de apoyarme por unos momentos en una silla próxima. Aparte de lo mal que me sentía, mi rodilla estaba muy dolorida a causa del patadón que me había propinado en aquella región de mi organismo.

—Un momento, nena, un momento tan sólo —dije, en tanto procuraba hacer acopio de fuerzas.

El silencio era impresionante. Ninguno de los rufianes se movía, amedrentados todos por la indiscutible amenaza de la metralleta que Georgia sostenía con mano firme.

Al fin, comprendí que estaba en condiciones de caminar. Después de unas cuantas inspiraciones, me sentí un poco mejor.

Recobré mi pistola, caída en el suelo en medio de un enorme revoltijo de billetes. Al agacharme, cuidando siempre de no interponerme en el campo de tiro de la «Thompson», vi algo en el suelo. Lo recogí de inmediato. Era la libreta de las anotaciones de Corsack.

El tipo emitió un gemido de dolor, pero no dijo ni pío. Nos miramos fijamente durante unos segundos, y en aquel brevísimo tiempo, sé que me deseó los peores tormentos del infierno. Le lancé un salivazo a la cara en justa correspondencia.

—Lo mismo y diez veces más para ti, hijo de perra —dije, empezando a retroceder.

Hadoe blandió un puño amenazadoramente.

—Nos las pagarás, maldito curiosón —rugió—. Escóndete bajo tierra; quizá ni eso te libre de nuestra venganza.

—Hablas igual que en los dramones radiados —dije despectivamente. Llegué hasta la altura de Georgia—. Vámonos ya, dulzura. Usted primero.

—*Okay, jefe* —dijo la chica, retrocediendo.

Cuando oí su rápido taconeo a través de la puerta, salí, cerrando de golpe. Salté a un lado, justo en el momento en que dos o tres balas astillaban la madera. Acerqué la mano y largué un par de disparos al interior. Alguien lanzó un aullido de dolor.

Bajé los escalones de cuatro en cuatro, precipitándome en seguimiento de Georgia. En aquel momento, percibí un agudo grito de la chica.

Inmediatamente comprendí que Georgia se encontraba en un apuro. El tipo a quien yo dejara atontado había despertado de su sopor y, sorprendiendo a la muchacha, forcejeaba con ella para quitarle la metralleta.

Salté hacia el grupo y golpeé con todas mis fuerzas la cabeza del individuo. Su cráneo crujió como un hueso cascado, y se desplomó al suelo inerte.

En aquel momento, una bala pegó en el pavimento de cemento, rebotando luego con estremecedor silbido. Pegué un empujón a Georgia, haciéndola esconderse.

—¡Quédese ahí y no se mueva! —grité.

Dos de los forajidos estaban en lo alto del descansillo de la escalera, disparando frenéticamente sus armas. Las balas mosconeaban en torno mío, agujereando la chapa de las carrocerías con desagradable chasquido o levantando del suelo lascas de cemento. Largué un par de disparos que se perdieron en el vacío y, de pronto, la pistola se me encasquilló.

Solté un juramento al darme cuenta de la nueva situación en que me hallaba. Los pandilleros también debieron advertirlo, porque redoblaron su fuego. Uno de ellos empezó a bajar la escalera a grandes zancadas.

El tipo corrió hacia mí, vomitando fuego sin cesar. Sentí un par de tirones en la ropa al saltar en busca de protección. Los disparos del *gángster* cesaron de pronto. Comprendí que había agotado el cargador.

A favor de la coyuntura, salí de mi escondite, saltando hacia la metralleta que Georgia había dejada caer en el suelo. Desde arriba continuaban tirándome, pero la puntería resultaba un tanto imprecisa a causa de la distancia. No obstante, el fuego era peligroso por su misma intensidad, ya que, además, «Granitos» se había unido también para usar algo que no era precisamente su famoso cuchillo.

El tipo que tenía frente a mí, forcejeaba frenéticamente por recambiar el peine de balas de su pistola. En el momento en que introducía el nuevo cargador en su alvéolo, la metralleta pasó a mí poder.

El momento no era para andarse con contemplaciones. Su vida o la mía. Apreté el gatillo de la máquina y media docena de balas partieron raudas.

La cabeza del rufián pareció estallar, volando en mil repugnantes pedazos.

Mantúvose en pie un instante, arrojando un río de sangre por las espantosas heridas que acababa de inferirle, y luego se desplomó como un montón de harapos teñidos de rojo.

Acto seguido volví la metralleta hacia arriba, «Granitos» me vio el gesto y dio un salto, zambulléndose rápidamente en el interior. El otro no tuvo tiempo.

Recibió la descarga en el vientre. Soltó su pistola y se agarró la tripa con ambas manos, inclinándose hacia adelante. Osciló un poco y terminó por voltear sobre la barandilla, estrellándose contra el suelo con estremecedor chasquido de huesos.

—Georgia —grité—. ¿Está bien?

—Sí —contestó la chica.

—Salga corriendo hacia la calle. A veinte metros más abajo hay un «Lark», sesenta. Tome las llaves y póngalo en marcha.

—Pero..., ¿no viene usted? ¿Se queda aquí?

—Haga lo que le digo y no pregunte más —contesté abruptamente, sin dejar de vigilar la entrada de la habitación. Sabiendo que tenía la metralleta en mi poder, los *gángster* no se atrevían a asomar la nariz.

Oí a mis espaldas el taconeo de la muchacha corriendo hacia la calle. Entonces soltó unos cuantos disparos en dirección a los bidones de combustible. El líquido inflamable empezó a brotar al instante por los orificios abiertos por las balas. El olor a gasolina se esparció en el acto por la atmósfera.

Sin dejar de vigilar la puerta, me acerqué al charco de bencina que ya se estaba formando. Bajé el cañón de la metralleta y disparé dos o tres cartuchos. Una llama enorme se elevó instantáneamente del suelo con sordo rebufo. Acto seguido, lancé el arma en media del líquido ardiente.

Entonces saqué el revólver del treinta y ocho, que aún conservaba en el bolsillo, y con él en una mano y la libreta en otra, empecé a retroceder hacia la puerta. Las llamas de la gasolina inflamada alcanzaban ya a los bidones. Dentro de unos instantes estallarían, desencadenando un infierno de fuego.

Cuando cruzaba el umbral, alguien disparó contra mí. Sentí una quemadura en el brazo izquierdo, pero no hice el menor caso. El primer envase de combustible estalló con fragoroso estrépito.

Corrí como un loco hacia abajo. Cuando llegué al coche, Georgia ya tenía el motor en marcha.

Pero entonces surgió una complicación. La calle era demasiado angosta para poder dar la vuelta con facilidad. Hacerlo por medio de una maniobra nos hubiera consumido un tiempo precioso.

—Písele fuerte hacia arriba —grité.

La muchacha asintió. El motor emitió un salvaje ronquido haciendo saltar al automóvil hacia adelante. Las ballestas gimieron al sufrir los efectos del irregular pavimento.

Dentro del viejo almacén se oían unos estampidos atronadores. Una larga lengua

de fuego surgió de la puerta, retirándose al instante. La gente empezaba a chillar y a abrir las ventanas.

El «Lark» pasó como una exhalación por delante del almacén, de cuyo interior salían unos ruidos estremecedores. Me pregunté cómo se las apañarían Corsack y sus compinches para salir del atasco, pero pensando en su manera de actuar, comprendí que no eran hombres que, no tuvieran siempre dispuesto un paraguas abierto para cobijarse de la lluvia, en este caso una segunda puerta que les serviría para escapar del fuego y de la posterior investigación policíaca.

De pronto, solté una carcajada. La verdad, no pude contener la risa.

Georgia no dijo nada por el momento. Estaba muy ocupada en conducir el vehículo. Dobló la esquina más próxima sobre dos ruedas, con un estremecedor gemido de las llantas, y luego se lanzó raudamente por la calle transversal, que corría en pendiente hacia el centro de la ciudad.

Hasta que no estuvimos en relativa seguridad, oyendo ya con cierta indiferencia el sonido de las sirenas, no volvimos a cambiar palabra. Entonces, la chica me preguntó:

—¿De qué se reía antes, jefe?

—Pensaba en Corsack y sus muchachos. Me los imaginaba recogiendo los billetes desparramados por el suelo, a toda prisa, para huir de la quema.

—¿Cree que habrán podido escapar?

—Seguro. Esos tipos tienen siete vidas, como los gatos. Pero ahora no tengo muchas ganas de hablar. Dejémoslo para luego.

—Bien, jefe. Sólo una pregunta. ¿Dónde vamos?

Permanecí silencioso. Ciertamente, no se me había ocurrido. Era indudable que Corsack no tardaría en desencadenar una acción de represalia contra nosotros, por lo cual no nos convenía ir a un sitio conocido.

Georgia pareció adivinar mis pensamientos.

—Le llevaré a mi casa, jefe.

—De acuerdo —dije, agradecido—. Pero no en este coche.

—¿Por qué? —inquirió, extrañada.

—Porque es robado.

—¿Robado?

—Bueno, digamos tomado en préstamo. Dejémoslo en un sitio relativamente concurrido, para que su dueña pueda recogerlo. Ya la llamaremos después por teléfono. Es de la chica Mac Intosh —concluí.

—Ah —dijo Georgia, solamente.

CAPÍTULO XVI

Nunca había estado en el domicilio de Georgia. Es más, en los dos años que llevaba trabajando conmigo, ni siquiera me había preocupado de tal minucia. La chica era guapa, por supuesto, y tenía sobre su bien proporcionado esqueleto, aditamentos carnosos capaces de llevar de coronilla al más ponderado; pero esto no me había ocurrido a mí porque siempre he sido de la opinión de que no deben mezclarse los negocios ni el trabajo con la diversión. Cada cosa tiene su hora y su lugar. Mientras fuese mi empleada, no debía aspirar a desempeñar otro papel, y el día que yo lo quisiera, discutiríamos el asunto, pero entonces dejaría el empleo. Así estimo yo que deben ser las cosas.

Cuando llegué a su casa, me sentía físicamente débil y, sobre todo, mareado y dolorido por la fenomenal paliza que había recibido, cuyos efectos todavía me duraban. Además, había recibido un balazo en el brazo izquierdo y, aunque no parecía ser grave, molestaba bastante.

Cuando abrimos la puerta, nos llevamos la gran sorpresa. Toushita estaba allí.

El nipoamericano se puso en pie al vernos entrar. Estaba leyendo un periódico y nos miró por encima de sus gafas de gruesa montura.

—Diablos —murmuró, viendo mi desastrado aspecto—. Jefe, ¿qué le ha ocurrido?

—Será mejor que lo llevemos al baño —manifestó Georgia—. Le dieron una paliza y, además, está herido.

Toushita se hizo cargo instantáneamente de la situación. Dejó las gafas y el periódico a un lado, y vino hacia mí, metiendo el hombro por debajo de mi brazo.

—Rayos, no estoy tan flojo —gruñí.

—Cállese —dijo Georgia. Su temple era admirable—. Mientras lo atiende usted, Toushita, voy a ver si encuentro huevos y café en la cocina.

—Eso —dije en tono aprobatorio—. Estoy que me muero de hambre.

Media hora en el baño terminó por dejarme en bastante buen estado, salvo las magulladuras en el rostro y en los costados, cuyas señales tardarían algo en desaparecer. Tenía también un par de cortes sin importancia, y en cuanto a la herida del brazo era un largo rasgón que no calaba la carne. Toushita me desinfectó y vendó con la pericia de un profesional, concluyendo la cura con un trago de licor que me volvió a la vida.

Poco más tarde, nos sentábamos a una mesa bastante bien provista. Por lo que a mí respecta, caí sobre los alimentos con la voracidad de un caníbal, y eso que a veces me dolían las mandíbulas al masticar. Al terminar, hube de aflojarme el cinturón un par de puntos.

Georgia sacó cigarrillos y fumamos en tanto tomábamos la última taza de café.

Entonces vino el turno de las explicaciones.

Toushita nos dijo que había recorrido los cinco domicilios designados, comprobando que, efectivamente, sus propietarios habían desaparecido sin dejar dirección.

—Al concluir, eran ya las siete pasadas. Llamé a la oficina varias veces, pero no me contestó nadie. Fui allá, encontrándola vacía. Como no sabía dónde encontrarles, decidí venirme a casa de Georgia y esperarles aquí. Eso fue todo.

Miré a la muchacha con gesto acusador. Georgia enrojeció.

—No se enfade, jefe. Pero Toushita no llamó en todo el tiempo, y viendo que se aproximaba la hora de la cita y que no lo hacía, pensé que ya no tendría tiempo de acudir a la calle de los Españoles. Entonces, se me ocurrió ir a mí.

—¿De dónde diablos sacó la metralleta? —pregunté.

—La tenía el tipo que me atacó abajo, en el garaje. Entré sin hacer ruido y le atonté con una llave inglesa, antes de que pudiera verme. Entonces, oí ruido de lucha y subí a la habitación con la máquina. El resto..., bien, ya la sabe usted.

—Menudo susto les pegó con la ráfaga que disparó de entrada —sonreí.

Georgia se puso aún más encarnada. Me di cuenta de que Toushita sonreía maliciosamente.

—¿Qué le pasa, dulzura? ¿Por qué se pone así?

—Es que..., verás, jefe. En mi vida había manejad® yo aquel artefacto. Los tiros se me escaparon... porque apreté el dedo demasiado. Estaba muy nerviosa, ¿sabe?

—Ya me extrañó que tirase al techo —dije—. Pero no fue usted, sino el arma, que estaba mal sujeta. Bueno, ya ha pasado todo, aunque el susto ha sido mayúsculo.

—No me lo recuerde, jefe —dijo ella—. Todavía estoy temblando.

Entonces me acordé de la libreta que recogí en el almacén.

—Al menos —manifesté—, hemos conseguido un botín nada desdeñable. Ese cuaderno nos dirá muchas cosas, con toda seguridad.

Toushita se puso en pie, tomándolo del diván donde yo lo había dejado al llegar a casa de Georgia. Lo hojeó rápidamente.

—Está lleno de nombres, domicilios y cifras.

—Déjeme —pedí. Toushita accedió.

Eché una rápida mirada sobre las notas escritas que había en la libreta. Vi muchos nombres y muchas cantidades, pero no comprendí nada de lo que estaba escrito.

Durante unos momentos, permanecí silencioso, examinando algunas páginas escogidas al azar. Luego, de pronto, me di cuenta de un detalle. La libreta estaba gastada por el continuo uso que le hacía de ella, pero se advertía que no hacía mucho tiempo que había sido adquirida. En tanto examinaba parcialmente su interior, noté algo extraño y conocido al mismo tiempo, por el tacto de las yemas de mis dedos.

Un repentino chispazo brilló en mi cerebro.

—¡Miren! —exclamé—. Es un cuaderno idéntico al que tenía Gugsie.

—¡Qué! —exclamó Georgia, arrebatándome la libreta de las manos. Luego se la

pasó a Toushita.

El nipoamericano palpó detenidamente la falsa piel de la encuadernación con los dedos, escrutando luego el interior de sus tapas. Después me miró por encima de sus gafas.

—Está hecha por el mismo fabricante, no hay la menor duda —manifestó.

Aplasté el cigarrillo en el cenicero.

—De todas formas, esto no nos resuelve gran cosa —dije—. Esta libreta no es.

—Corsack parecía muy empeñado en no soltarla —dijo Georgia.

Pegué con el índice en la tapa del cuaderno.

—Para él debe ser vital. Las anotaciones que hay hechas, deben referirse a Sus negocios, y éstos son de la clase que no pueden llevarse más que en la memoria o en un libro semejante, y no en los que exige la legislación que debe tener todo comerciante establecido regularmente.

—Bueno, pero ¿qué significan esas anotaciones?

Estaba muy cansado. El cuerpo volvía a dolerme.

—Lo pensaré mañana —dije—. El solo esfuerzo de meditar, me da dolor de cabeza.

Toushita se puso en pie.

—Convendría —sugirió— que se quedase a dormir aquí esta noche, jefe. Corsack y sus compinches conocen el domicilio suyo y la oficina, y podrían hacerla una visita inesperada. Creo que Georgia no tendrá inconveniente en concederle alojamiento por una noche.

La miré. Estaba ligeramente turbada.

—Bueno, si no hay otro remedio... Creo que Jim tiene razón. Sí, quédese aquí, jefe. Le prepararé un lecho...

—Con el diván y un cojín bastará —repuse. Me puse en pie y apoyé ambas manos en mis costados. Ahora era cuando de veras empezaban a salir los dolores a la superficie.

Toushita se despidió de nosotros.

—Llamaré mañana para ver qué tal se encuentra, jefe. Adiós.

Georgia vino con un par de cojines y una manta fina. Me tendí sobre el diván y ella me acomodó, arrodillándose para descalzarme. El cabello se le soltó de repente y cayó como una cascada de cobre encendido. Su rostro adquirió un perfil de singular dulzura, en tanto realizaba la operación. Al terminar, me envolvió en la manta y se puso en pie.

—Espero que pase bien la noche, jefe —dijo—. El diván es bastante cómodo.

—Gracias, preciosa. Nunca le agradeceré bastante lo que hace por mí.

—Es mi obligación —contestó sencillamente. Me puso una silla con cigarrillos, fósforos y un cenicero al alcance de la mano y se fue, tras apagar la luz.

Encendí un cigarrillo y permanecí un rato fumando en la oscuridad, estremeciéndome cada vez que recordaba los gravísimos riesgos que había corrido.

Mientras tanto, oía los ruidos de la muchacha que trasteaba en el cuarto de baño.

Al terminar el cigarrillo, fui a depositarlo sobre el cenicero, pero torpe, derribé éste al suelo, causando un ligero ruido. Casi en el acto pude percibir el chasquido de una puerta al abrirse.

—Jefe.

—¿Sí, Georgia?

—Está desvelado, ¿verdad?

—Más que nada, un poco dolorido, dulzura.

Hubo una pausa durante la cual percibí ruido de frascos. Después escuché el ligero taconeo de la muchacha.

Georgia vino envuelta en un vaporoso salto de cama que no ocultaba muchos de sus numerosos encantos. Traía un vaso de agua en la mano y una tableta en la otra. Empujé la tableta hacia abajo con un sorbo de agua y luego me quedé mirando a la muchacha.

—Dentro de poco se le irán los dolores —murmuró.

—Es usted muy buena, preciosa. ¿Qué hacen los hombres, que no sale uno que la rapta y se la lleva a su palacio encantado?

Hizo un gesto ambiguo.

—¿Dónde está ese uno? —preguntó.

—Quizá aparezca el día menos pensado, Georgia.

—Quizá.

Nos miramos en silencio. Por la puerta abierta salía un débil rayo de luz que hacia destellar sus pupilas de un modo singular, al mismo tiempo que me permitía ver el suave movimiento de ascenso de su seno, rotundo y delicado a un tiempo, y mal velado por las gasas que lo cubrían. Los labios de Georgia brillaban también, húmedos y llenos de vitalidad.

Alargué una mano y la pasé por su hombro. Noté que se estremecía.

—Jefe —murmuró.

—Georgia, dulzura.

Volvió el silencio. La acerqué hacia mí y no tardé en percibir el acelerado latido de su corazón muy junto al mío. Su boca se entreabrió.

—Soy una buena chica, jefe —susurró.

—Ya lo he dicho antes, Georgia. —Quise acercarla más contra mí, pero de repente noté una extraña laxitud en mi brazo. Las fuerzas no me respondían.

El rostro de Georgia empezó a difuminarse. Me pareció verlo reflejado en las tranquilas aguas de un estanque, cuya quietud hubiera sido rota de pronto por el lanzamiento de un guijarro. Ondas concéntricas partían de su boca sonriente, agrandándose hacia la periferia, pero aquellas ondas parecían de humo y eran cada vez más espesas.

Demasiado tarde comprendí que Georgia me había propinado una tableta de somnífero en lugar de un analgésico, como había prometido. En medio de todo, su

gesto no merecía sino elogios, y no solamente por el alivio que suponía para mis dolores.

Un segundo antes de que su rostro se esfumara totalmente de mi vista, percibí el suave calor de sus labios junto a los míos. Después vino la oscuridad y me envolvió en su calmante abrazo.

CAPÍTULO XVII

La voz de Georgia me despertó al día siguiente. Parecía muy contenta, porque la oía cantar en tanto se desenvolvía a sus anchas por la cocina. El olor a huevos y tocino, mezclado con el del café, me pareció un anticipo de la gloria.

Quise levantarme, pero, consternado, advertí que no podía. Tenía todo el cuerpo envarado y cada vez que movía un músculo veía las estrellas. De sueño estaba bien; había dormido toda la noche y había descansado perfectamente. Pero los efectos del vapuleo se notaban aún. ¡Y de qué modo!

En el cine es muy fácil; el protagonista recibe una paliza mayúscula, y a la media hora anda por ahí tan campante. La realidad, sin embargo, es muy distinta, y la resistencia del cuerpo humano tiene sus límites. Calculé que debería pasarme un par de días en cama antes de poder moverme a gusto.

En aquel momento sonó un timbrazo. Georgia salió de la cocina. Estaba encantadora, ataviada con una bata casera, corta, y un delantalito que le sentaban estupendamente. Lo dicho: tiene aspecto de vampiresa, pero sus instintos la empujan hacia el hogar.

—Hola, jefe —sonrió al pasar por mi lado—. ¿Ha dormido bien?

—Traidora —dije.

Se echó a reír y siguió su camino. Unos segundos más tarde, regresaba con Toughita, el cual traía un gran bulto en las manos.

—Estuve en su apartamento —dijo mi ayudante—, y le he traído ropa limpia. Pensé que la estaría necesitando.

—Toughita, es usted un tipo estupendo.

—Gracias, jefe.

Georgia fingió enfado.

—Y a mí que me parta un rayo, ¿verdad? —Y se puso las manos en las caderas.

—Usted es fuera de serie, dulzura. Además, los elogios que haya de —dirigirle, deberé hacerlos a solas.

—No conseguirá engañarme, jefe —dijo—. Bueno, voy a terminar de hacer el desayuno. Toughita, ¿alguna novedad?

—He traído también los periódicos —contestó el aludido—. Pero lo más importante es lo que he hablado con la señorita Mac Intosh.

Georgia había emprendido el camino hacia la cocina, pero las frases del nipoamericano la detuvieron en seco.

—¿Qué dice la chica, Jim? —preguntó.

El ayudante me miró a mí.

—Preguntó por usted —dijo—. Le contesté que no podía darle la respuesta por teléfono.

—¿Qué dijo ella?

—Me dio un número y la llamé desde la calle. Pero tampoco quise correr riesgos, conque le dije que me llamara a este último teléfono desde otro que no fuera ninguno de los de su casa. No quise correr riesgos.

Georgia y yo nos miramos admirados. La astucia de Touthita era innegable.

—Entonces es cuando le di esta dirección —siguió el nipoamericano—. Dijo que tenía que hablar urgentemente con usted.

—Bueno —refunfuñé, tirando la manta a un lado—. ¡Entonces!, ¿a qué esperamos? Ayúdeme a levantarme, Touthita; estoy que no puedo mover una pestaña.

Con la ayuda de Touthita y a costa de grandes esfuerzos, pude asearme y cambiarme de ropa. No obstante, al concluir, hube de volver al diván; mi envaramiento proseguía y sólo podría deshacerme de tan inoportuna dolencia mediante la más barata y eficaz de las medicinas: el paso del tiempo.

Desayuné, tendido en el diván, con el apetito de un loco. Estaba terminando de hacerlo cuando sonó el zumbador.

Georgia se puso en pie y fue a abrir. Escuché su voz y luego la inconfundible de Ruth Mac Intosh. Finalmente, las dos mujeres penetraron en la estancia.

Ruth Mac Intosh me miró detenidamente apenas rebasado el umbral.

—¿Está malo, señor Stirling? —preguntó interesadamente.

—Un poco —contesté—. Georgia, ¿quiere acercar una silla a la señorita Mac Intosh?

—No se moleste —dijo la aludida, deteniendo con el gesto el ademán de mi secretaria— lo haré yo misma.

Se sentó a mi lado. Titubeó un segundo y luego dijo:

—Señor Stirling, desearía hablar a solas con usted. —Al hablar miraba fijamente a Georgia.

Las dos mujeres se contemplaron de un modo que parecía estuviesen desafiándose con la vista. Finalmente, Georgia levantó la barbilla y salió de la estancia, cerrando la puerta con fuerza. Touthita hacía tiempo que, discretamente, como en todas sus actuaciones, había salido ya de allí.

La muchacha se echó a reír. Pero no me hizo gracia.

—Parece que su secretaria se ha molestado —manifestó.

—Quizá —repliqué algo secamente—. Bien, veamos qué es lo que le ha traído aquí.

—¿Por qué tanto misterio? —exclamó Ruth—. ¿A qué se debe que su ayudante no haya querido telefonarme desde su despacho ni tampoco consentido que yo lo haya hecho desde mi casa?

—Mi teléfono, estoy seguro de ello, está intervenido —repliqué—. Y el suyo, quizá también. Comprenderá que, en estos casos, debemos andar con pies de plomo.

—Bueno —concordó Ruth—, comprendo que no haya querido hablar por teléfono bajo estas condiciones. Pero al menos, sí podía haberme dicho dónde se

encontraba y no hacerme caminar tanto para encontrar otro teléfono.

—Él, o los enemigos de su padre —contesté—, están furiosos contra mí, y si supieran dónde me encuentro, no daría un centavo por mi pellejo. Suponemos razonablemente que ignoran el domicilio de mi secretaria; por esto hemos acordado establecer aquí nuestro cuartel general en tanto se resuelven nuestros asuntos.

—¿Tan grave estima usted que es la cosa? —se asombró.

Por toda respuesta, tomé uno de los periódicos que había traído Touthita y le enseñé la primera plana con titulares de diez centímetros de altura. Ruth leyó unas cuantas líneas y luego me miró con expresión atónita.

—¡Dios mío! —exclamó—. Pero..., ¡esto es horrible!

Doblé el periódico con ademán negligente.

—Tendría que haber estado allí para verlo, señorita Mac Intosh —respondí—. No fue nada agradable, créame. Tuve que disparar contra dos individuos, lo cual, por muy canallas que sean, no gusta nunca. Al menos, a mí, no sé si me entenderá.

Bajo la tela de su vestido vi palpar su busto firme y erguido. Había palidecido y jadeaba audiblemente.

—¡Dios mío! —repitió. Se puso ambas manos en el pecho y me miró con ojos muy abiertos—. Y yo que... —Se mordió los labios. Su rostro se llenó repentinamente de un fuerte rubor—. Señor Stirling, había venido exclusivamente a pedirle perdón por la escena de ayer tarde en el «Seaview». Fui... me porté como una niña mal educada, pero mi reacción fue instintiva y no lo pude remediar.

—Bueno, olvidémoslo —concedí generoso—. La verdad, también hubo algo de culpa por mi parte. De todas formas, ya sabe lo que sucede cuando un hombre está a solas con una mujer hermosa, y suena una música suave. Lo mismo me habría podido suceder con usted.

—Oh —exclamó. Luego sonrió débilmente—. Daisy es muy hermosa.

—Quizá nos portamos los dos, ayer, un poco... bueno, como sea, pero la cosa no ha pasado de lo que usted vio. Además, ella me confesó querer mucho a su padre. Sabe que está en dificultades, aunque no las conoce, y llegó a ofrecirme su ayuda económica para terminar cuanto antes este enojoso asunto. Lo cual demuestra —concluí—, los verdaderos sentimientos de Daisy hacia su padre.

Se mordió los labios.

—Tendré que pedirle perdón —dijo—. No sabía que ella le hubiese hecho tal oferta.

—Pues es cierto. Y, a propósito de ofertas. Usted me dijo que podía conceder medio millón para el rescate de esos documentos tan comprometedores para su padre. El ofrecimiento fue rechazado de plano. Después vino el jaleo.

Ruth se asombró enormemente.

—¡Cómo! ¿Hay gente capaz de rechazar medio millón?

—Por lo visto, sí. Sobre todo cuando, como ellos manifestaron, esperan recaudar veinte o treinta veces más. Al menos, ésas fueron sus palabras. No hago sino repetir

lo que me dijeron.

Una sombra de pesar pareció desplomarse sobre la joven.

—Papá se llevará un disgusto tremendo —murmuró.

Alargué una mano y tomé las de ella, tratando de darle ánimos.

—Tenga paciencia —dije—. Hasta ahora, esos tipos no han hecho nada.

—Pero pueden hacerlo en cualquier momento —objetó Ruth.

—Mire, señorita Mac Intosh, una cosa es hablar y otra es actuar. Esos tipos dicen que obtendrán de su padre diez o quince millones. ¿Es que se han creído que el señor Mac Intosh tiene en préstamo de la Tesorería una máquina de fabricar billetes? Además, aunque su padre accediera a tan exorbitantes pretensiones, no es cosa tan fácil reunir una cantidad tan elevada...

—Él tiene ese dinero y mucho más —me interrumpió Ruth con justificado orgullo.

—No lo dudo, pero ¿lo tiene todo a mano en efectivo? Su padre posee acciones, intereses, edificios, participaciones en empresas. Es posible que todo este capital suba a mucho más de la suma señalada, pero ¿cuánto tiempo tardaría en reunir dicha suma? Tendría que deshacerse de sus intereses, y esto no puede realizarse en secreto. La gente se enteraría, incluso podría haber una alarma en los intereses bursátiles de la ciudad. Se originaría un gran escándalo, con lo cual, ni los *gangsters* ni su padre habrían ganado nada, a fin de cuentas. Ellos lo saben y por eso, estoy seguro, están meditando su plan de acción, a fin de poder llevarlo a la práctica con el menor quebranto posible. ¿Ha comprendido lo que quiero decirle?

Ruth asintió con la cabeza.

—Es cierto —musitó. Quedó un momento pensativa y, de pronto, dijo—: Si es como usted manifiesta, tenemos aún algo de tiempo, ¿no cree?

—Por supuesto —respondí—. Además, los tipos con quienes estuve yo ayer y que tan malparados salieron, no son sino unos simples esbirros. Ellos conocen al jefe y a mí me interesa conocer la identidad de éste. En el momento en que lo sepa, podremos dar el caso como resuelto.

—¿Y no tiene usted la menor idea de quién pueda ser ese asesino?

Moví la cabeza.

—En absoluto. Sé que me teme; por eso ha intentado deshacerse de mí. Es lo único que puedo decirle, créame.

Ruth se puso en pie, alisándose maquinalmente el vestido con las manos.

—Celebraré que se reponga lo más pronto posible. —Alargó su mano que retuve en la mía—. Una vez más vuelvo a pedirle perdón, señor Stirling, y quisiera hacer algo práctico para conseguirlo.

—Invíteme a cenar una de estas noches —dije alegremente.

Ella sonrió.

—Hecho. ¿Dentro de dos días?

—De acuerdo. Iré a su casa cuando hayan pasado cuarenta y ocho horas. Y,

créame, estoy deseando que se pasen cuanto antes.

Ruth se echó a reír y su risa sonó argentinamente en la estancia. Luego, con fáciles andares, se dirigió hacia la puerta.

Cuando la muchacha hubo salido, Georgia apareció en el umbral de la cocina. El rostro de mi secretaria lucía una sombría expresión, y sus ojos brillaban con algo que no era precisamente amor.

Toushita asomó detrás de ella. Entonces, para aliviar un poco la tensión, dije:

—Traigan la libreta. Vamos a hacer un completo examen de sus páginas.

CAPÍTULO XVIII

Estaba adormilado cuando sonó una vez más el zumbador de la puerta. Percibí vagamente el taconeo de Georgia, y luego su voz al hablar en el pequeño vestíbulo contiguo.

—Sí, está aquí —oí que decía—. Pero no sé si podrá recibirle.

La voz que sonó a continuación tenía un tono inconfundible. Me estremecí al escucharla.

—Georgia, dígale que pase, por favor —dije en voz alta.

Era Daisy, vistiendo, según costumbre, de un modo sensacional. Estoy seguro de que hacía como las grandes damas de las cortes europeas de antaño: jamás volvía a ponerse un traje que hubiera usado una vez.

El que llevaba en esta ocasión era de un color vino oscuro, casi violado, con un escote discreto, pero aún más incitante que si hubiese llevado los hombros al descubierto. Sobre el lado izquierdo del pecho vi el trébol de esmeraldas que ya conocía, el cual hacía juego esta vez con unos pendientes de análogo diseño.

—Querido amigo —exclamó, tendiéndome la mano. Traté de incorporarme, pero ella me lo impidió con rápido ademán—. No, no se mueva, se lo ruego. Por Ruth estoy enterada de lo que le ha sucedido. ¡Dios mío! —Se estremeció—. ¡Debió ser espantoso!

—Un poco —concedí con una sonrisa. No me agradaba su presencia allí en esta ocasión, pero no tenía más remedio que poner buena cara al mal tiempo—. Afortunadamente, se ha pasado todo ya, Daisy.

—Cuánto lo celebro —dijo, sentándose a mi lado. Cruzó las piernas, enseñando unas rodillas perfectas, y luego sacó de su bolsillo una costosa pitillera.

Encendió un cigarrillo y me lo puso en la boca, sonriéndome amistosamente. Luego, ella hizo lo propio con el suyo, y expulsó una bocanada de humo. Dijo:

—¿Puedo preguntarle por la marcha de sus investigaciones, Lance?

—No tengo grandes noticias que ofrecerle, Daisy, excepto que he recibido una monumental paliza como consecuencia de haber metido las narices quizá donde no debiera.

—Pero usted lo hacía por Greg —exclamó ella.

—Claro que sí. Las bofetadas, sin embargo, me las he llevado yo. Bueno, ése es uno de los riesgos de la profesión. En veinticuatro horas más estaré como nuevo. —Aspiré el humo del pitillo—. ¿Qué le dijo Ruth?

—Se mostró muy afligida por el incidente del «Seaview», y me pidió perdón. Le dije que lo encontraba muy natural, y ella me contó la conversación sostenida con usted. Parece que hemos quedado mucho más amigas que antes.

—Lo celebro, Daisy. Espero que me invitará a la boda el día en que se case con el

señor Mac Intosh.

Ella me miró, sonriendo.

—Usted será uno de los testigos de honor, Lance. Bien —se puso en pie—. Me alegro de haberle encontrado tan mejorado. Quisiera quedarme más tiempo con usted, pero lo tengo tasado. Las mujeres, ya sabe: la peluquería, el modisto...

—A usted, poco de eso que ha mencionado le hace falta, Daisy.

—Es usted muy galante, Lance —dijo—. Sin embargo, hay una edad en la mujer en que es preciso cuidarse o perecer. Usted ya me entiende, ¿verdad?

—Perfectamente. Pero, mi opinión sigue siendo, no obstante, la que he manifestado anteriormente.

—Es usted delicioso, amigo mío —declaró, empezando a ponerse los guantes—. ¿Cuándo podré tener el placer de volver a verle?

—En el momento en que usted lo desee, Daisy. Ya sabe que siempre estoy a su disposición.

—Mil gracias. Llámeme por teléfono cualquier día de éstos. En caso de que yo no estuviera, mi hermana o Gonzalo tomarían su recado. ¡Adiós!

—Adiós —murmuré, viéndola alejarse hacia la puerta, esbelta, ágil y cimbreante como una palmera africana.

Cuando Daisy se hubo marchado, Georgia penetró en la habitación y abrió la ventana de par en par. Una bocanada de calor, húmedo y pegajoso, penetró al instante por la abertura.

—¡Eh! —protesté—. ¿Qué está haciendo, dulzura?

—¿No lo ve? Ventilo la habitación. Apesta.

Fruncí el ceño. Ella me miraba también con una expresión similar y los dos permanecimos así durante un largo minuto.

Al fin, agité el dedo índice, curvándolo varias veces hacia adentro.

—Venga acá —ordené.

—No. —Georgia pateó el suelo con un ademán casi infantil.

—Venga, he dicho. ¿Es que ha dejado ya de considerarme como su jefe?

—Debiera hacerlo —respondió con aire ofendido—. Ya no es mi jefe, sino un sultán, que se dedica a recibir las visitas de sus odaliscas.

—Acérquese, testaruda —ordené perentoriamente, y esta vez, Georgia obedeció, aunque a regañadientes, sentándose en una silla a mi lado. Pero lo hizo muy rígida, mirando al frente y poniendo ambas manos sobre sus rodillas que, ciertamente, no tenían nada que envidiar a las de Daisy.

—Vamos a ver, ¿qué pensamientos tan malévolos bullen en el interior de tan encantadora cabecita?

—Muchos, y ninguno bueno —contestó ella, hoscamente.

—¿De veras? ¿Es que se ha enfadado por las visitas femeninas que he recibido hoy?

—Algo por el estilo —dijo Georgia, sin abandonar su tono huraño y desabrido.

—Ruth Mac Intosh estaba en su derecho al venir a verme. A fin de cuentas suministrará una substancial cantidad de dinero a la agencia, si resolvemos el caso —argüí.

—Bueno, respecto a ella, no tengo nada que decir.

—Entonces, sus tiros van dirigidos a la viuda.

—Algo por el estilo, jefe.

—¿Por qué?

—No me gusta, simplemente.

—No le gusta, ¿por qué?

—Hay cosas que no se pueden explicar con simples palabras. Presentimientos o como quiera llamarle, pero es así, aunque usted, por supuesto, lo considerará como una solemne tontería.

—Daisy Karlake me ofreció también su ayuda, recuérdelo, dulzura.

—A pesar de todo, insisto en ello, jefe.

—Está bien. De todas formas, tendrá que aguantarse, le sepa bien o le sepa mal, Georgia —dije con cierta dureza en el acento—. No puedo correr el riesgo de cometer una acción despreciativa con la señora Karlake. Mac Intosh podría enterarse y cancelar nuestro contrato.

—Estoy conforme con ello —manifestó la muchacha. Ahora bien, lo que ya no me parece tan agradable es que ella se haya enterado de nuestra residencia. Usted sabe que cuantos menos la conozcan, será mejor para todos.

—De acuerdo, de acuerdo —dije de mal humor—. Pero ¿qué puedo hacerle yo? Ruth se lo dijo. La culpa no es mía.

—Lo sé. Sin embargo, esa mujer no me gusta. Es muy hermosa, eso no se puede negar. Pero me da la sensación de un cuervo que husmea la carroña o que presagia una catástrofe. Ojalá me equivocara —concluyó con un profundo suspiro.

Me incorporé un poco en el diván y atraje a Georgia hacia mí. La muchacha trató de resistirse, pero la hizo más por fórmula que por verdaderos deseos de oponerse.

—Venga acá, muchacha —dije suavemente. Noté su afanosa respiración y vi que sus labios se entreabrían anhelantemente—. Venga —repetí.

Unos momentos más tarde, Georgia se separó, terriblemente sofocada y sin aliento.

—Jefe, no hay derecho —dijo.

—He tratado de vengarme de lo que me hizo anoche con el somnífero, dulzura.

Georgia me miró con fijeza durante unos momentos.

—¿Preferiría que no lo hubiera hecho? —preguntó.

Tardé unos segundos en dar mi respuesta.

—No —respondí al cabo—. Ahora me alegro de haber tomado la tableta para dormir.

Una viva sonrisa iluminó el semblante de la muchacha.

—Eso está mejor —dijo y, de repente, me abrazó con fuerza—. Jefe, si me

hubiera dicho otra cosa, no le habría vuelto a mirar a la cara.

Luego me miró un instante, y en la expresión de su rostro comprendí lo que sentía por mí. De pronto, se puso en pie.

—Tengo que hacer la cena —dijo, y se alejó hacia la cocina.

Al quedarme solo, me recosté en el diván de nuevo con un cigarrillo entre los labios. Permanecí así unos momentos hasta que, de repente, al tratar de sacudir la ceniza, observé un objeto brillante en el suelo, sobre la alfombra.

Me incliné a recoger aquella cosa, examinándola detenidamente.

—¡Georgia! —llamé unos segundos más tarde.

La muchacha se asomó a la puerta de la cocina.

—¿Sí, jefe?

—Acérquese un momento.

—¿De qué se trata?

Por mi acento había comprendido que no se trataba de continuar ahora los escauceos más o menos amorosos.

Le enseñé el objeto que acababa de hallar. Ella lo miró muy intrigada.

—No es mío —dijo—. Quizá, en un plazo no muy lejano, tenga que usar gafas para leer, pero nunca se me ocurrirá ponerme un adminículo tan costoso y, sobre todo, tan incómodo de poner y de quitar.

—Acaso se le haya caído a Toughita —sugerí.

Georgia meneó la cabeza.

—Ni hablar. Jim tiene la vista de un águila. Se ríe solamente con mencionarle la palabra óptica o similares.

—Entonces —mascullé—, ¿de quién diablos puede ser este cristal?

Porque ya es hora de que lo diga. El objeto hallado y *que* tanto nos intrigaba era un cristal óptico de contacto, como los que usan los miopes que no desean se les advierta el defecto o los deportistas a quienes un ejercicio violento podría hacer caer los lentes. El tono de la pupila artificial era oscuro, como de gafas ahumadas, pero permitía perfectamente la visión a través del cristal.

Hice saltar el cristal en la palma de la mano, en tanto trataba de dar con su dueño por deducción. Georgia pareció adivinarme los pensamientos.

—Hoy han estado aquí dos mujeres —murmuró.

—Sí —dije—. Pero ¿cuál de las dos lo ha perdido?

—Ruth tiene los ojos grises. Los de la señora Karlake son verdes —dijo Georgia.

—Entonces, no comprendo por qué diablos una de las dos ha de usar lentes de contacto de tono oscuro.

—Bueno, quizá sea para ir a la playa —observó la muchacha—. El sol es muy fuerte en estos lugares...

Levanté el cristal, sujetándolo con el índice y el pulgar, y colocándolo muy cerca del rostro de la muchacha.

—Dulzura, mire a su través. Es un vidrio sin graduación óptica.

Georgia hizo lo que le decía, y luego soltó una exclamación. Me miró desconcertada, y su rostro preguntaba lo que no sabía decir con palabras.

Lo malo era que yo tampoco sabía qué contestar a aquella silenciosa apelación.

CAPÍTULO XIX

Veinticuatro horas más tarde, estaba ya listo para acudir a la cena concertada con Ruth. Georgia me miró enfurruñada, pero puesto que no la habían invitado a ella, no me pareció discreto llevarla conmigo.

Toushita trajo un coche que había alquilado a petición mía. El gasto sería cargado a la cuenta del millonario. Me entregó el recibo del alquiler, el cual se había hecho a mi nombre, y una vez listo, con una pistola bajo el sobaco, me dirigí hacia la puerta.

Georgia me alcanzó cuando ya estaba a punto de salir.

—Cuídense, jefe —murmuró afectuosamente.

—Gracias, preciosidad. Su interés me agrada mucho.

—Mi interés es el de la agencia —contestó con despego. Luego, cuando ya salía, añadió descaradamente—: Cuidado con las odaliscas.

Cerró con fuerza antes de que hubiera podido darle la respuesta adecuada. Me encogí de hombros y bajé la escalera.

El coche estaba en la puerta del edificio. Pasé al interior y abrí el contacto. Treinta segundos más tarde, rodaba por las calles de la ciudad en dirección a la mansión de los Mac Intosh.

Consulté el reloj. Iba sobrado de tiempo, de modo que se me ocurrió que tal vez sería útil cambiar unas cuantas palabras con Sam, el dueño del parador, donde había tenido mi primer encuentro con Spiro y «Granitos». Así lo hice y, para entrar en materia, me acerqué al mostrador, donde pedí me sirvieran una cerveza.

Me atendió un tipo corpulento y mal encarado. Moje mis labios en el líquido y luego pregunté:

—¿Está Sam por ahí? Soy amigo suyo y quisiera saludarle.

—Sam no ha venido —contestó el barman sin pizca de amabilidad.

—¿Se encuentra enfermo?

—Peor. No se encuentra ya nada —contestó el barman con una brutal risotada.

Me estremecí. Sus palabras eran altamente significativas.

—¿Quiere eso decir que ha muerto? —exclamé.

—Claro. ¿Acaso hablo en chino?

Traté de dominar las ganas que me entraban de darle un buen puñetazo en la nariz a aquel tipo tan repelente. Pero me interesaba más aún saber qué le había ocurrido al viejo.

—¿Qué le sucedió?

—Un camión. Lo dejó planchado. Los de la funeraria decían que en vez de ataúd podían haber usado un tubo, después de haber enrollado su fiambre. Estuvo muy bueno, ¿sabe? —Y de nuevo volvió a reír el barman tan estentóreamente como la vez anterior.

No me tragué el cuento del camión, por supuesto. Es decir, sí creía que Sam hubiese muerto atropellado, pero no accidentalmente, sino de un modo deliberado. Un asesinato, en suma, y por poco empeño que se pusiera, nadie sabría que se había cometido un crimen.

—Y le dejó el bar a usted, claro.

—No. Yo se lo compré a su viuda. No he hecho un buen negocio, no se vaya a creer. Pero, en fin, de algo tiene que vivir uno.

—Gracias por sus informes —murmuré. Arrojé una moneda sobre el mostrador y salí.

Una vez en el coche, quedé unos momentos quieto, con las manos apoyadas sobre el aro del volante. Pensé en la inesperada información que acababa de recibir. Sam había muerto, y yo sabía las causas que habían originado su muerte. Bien, me dije, un cadáver más que añadir a la cuenta. Una vez hubiese concluido con el asunto Mac Intosh, me encargaría de que aquella pandilla de criminales recibiese su justo castigo.

Moví el pedal del embrague. En aquel momento advertí las luces de situación de un pesado camión de transporte que venía en dirección contraria. Salí de la plazoleta y busqué el lado derecho de la carretera. La mansión de los Mac Intosh estaba del parador menos de doscientos metros. No hacía falta correr mucho para llegar hasta ella.

Avancé con una velocidad moderada. No había recorrido aún cincuenta metros, cuando vi que el enorme camión se me venía encima.

Un juramento se escapó de mi boca instintivamente.

—¡Eh, estúpido! —grité a voz en cuello—. ¡Mire lo que se hace!

Mis gritos se perdieron en el vacío, apagados por el roncar del poderoso motor del camión, un semirremolque de veinte toneladas. Lo vi echárseme encima y, sin poder contenerme, pensé en Sam enrollado como un papel y enterrado dentro de un tubo de metal.

Golpeé el volante con fuerza hacia mi derecha, al mismo tiempo que hundía el acelerador a fondo. El coche saltó hacia adelante, con gran chirrido de gomas.

Solamente mi rápida capacidad de reacción impidió que me viese aplastado como una oblea dentro del vehículo. Éste se metió en la cuneta y empezó a saltar como un bote en un mar embravecido. Aun así, no pude evitar en la zaga del mismo un fuerte golpe que lo hizo resbalar de tal modo que por un momento pensé iba a dar una vuelta de campana.

Un cristal saltó en mil pedazos, en tanto que por la parte trasera del coche se oían ruidos de metal aboyado y desgarrado. La enorme silueta del camión se alzó sobre mi cabeza como una mole de hierro, sombría y amenazadora.

El coche bailó durante unos espantosos segundos, es tanto trataba de dominarlo, sujetando el volante con todas mis fuerzas. Todo el lado derecho del mismo se subió a la cuneta, inclinándose, ahora alarmantemente hacia el costado izquierdo. El motor y las ballestas protestaron ruidosamente, sometidos a un esfuerzo inusitado.

Finalmente, pude salir a la carretera sin más daños. Frené y sacando la cabeza por la ventanilla, pude ver las luces de cola del camión, que se empequeñecían rápidamente. Me eché para atrás en el asiento y entonces advertí que estaba sudando copiosamente.

Permanecí allí unos momentos, procurando tranquilizarme. Había conseguido escapar a la muerte por milímetros, y sólo me faltaba saber si el encontronazo había sido accidental o intencionado. Me incliné más por la segunda hipótesis, pero ¿quién demonios podía saber que yo cenaba esa noche con los Mac Intosh?

Arrojé el cigarrillo que había encendido. No, no era extraño el intento de asesinato. Recordando mis últimas actuaciones, no era difícil saber que estaba siendo implacablemente vigilado. El asesino no me dejaba en paz ni un solo momento..., y yo no sabía aún quién era. Lo único que podía decir de él era que se había dejado en casa del difunto Gugsie un trozo de cubierta de piel que había pertenecido a una agenda o libreta, y que luego me había sido arrebatada por medios violentos. Pobres y escasos progresos para tantas pesquisas como había efectuado en los días anteriores.

En la mansión de los Mac Intosh me recibió Cara de Palo. En el momento de franquear el umbral, un lívido relámpago iluminó con siniestros resplandores el ambiente. El fogonazo resultó doblemente lúgubre porque se produjo en silencio, sin la menor huella de ruidos.

Ruth salió a mi encuentro, emergiendo de una nube de gasas blancas que contrastaban agradablemente con el tono tostado de su epidermis. Una brillante sonrisa lucía en sus labios, y me tendió ambas manos coa gesto lleno de afecto.

—Venga, Lance —dijo—. Le estábamos esperando.

—Esa manera de hablar en plural no me agrada —manifesté.

Ella se echó a reír.

—No estoy sola en casa —repuso.

—¡Qué lástima! Y yo que me había hecho la ilusión de cenar sin compañía. Ya sabe, velas que —dan una luz discreta, una música suave como fondo de la fiesta..., y usted, como reina indiscutible.

—¡Qué cosas tan agradables sabe decir, Lance! —Se soltó de mis manos y se colgó de mi brazo—. Los cócteles están ya preparados. Ah, por cierto, se me había olvidado decírselo. Tenemos un invitado esta noche.

—¿De veras? —murmuró cortésmente, y no necesitó preguntar su identidad, porque ya habíamos cruzado el umbral del comedor y lo reconocí al instante. Era Dan Kreiger, el hermano de Daisy.

Traté de disimular la poco agradable impresión que recibí al ver el tipo allí. Kreiger estaba hablando con el señor Mac Intosh, junto a una chimenea en la cual unos haces de luz roja y amarilla simulaban las llamas de unos troncos inexistentes. Los dos sostenían sendas copas en sus manos.

—Ah, hola, señor Stirling —me saludó el millonario, tendiéndome la mano—. ¿Qué tal se encuentra?

—Perfectamente —contesté. Luego saludé a Kreiger.

El tipo lucía su acostumbrada barba negra, la cual, junto a la casi espesa melena que cubría su cráneo, le daba una cierta expresión de revolucionario del Caribe desvirtuada apenas por la blanca pechera del *smoking*. Enseñó su incisivo de oro al sonreír, en tanto nos estrechábamos la mano. No se me ocurrió preguntarle por las gafas de color que llevaba aquella noche, unas gafas de cristal amplio, casi de motorista, de un color ámbar muy pronunciado.

Kreiger se volvió hacia el dueño de la mansión.

—Mi hermana no ha podido venir esta noche a cenar. Quizá lo haga a los postres —manifestó—. Este tiempo tan infernal la vuelve loca. Se ha tomado ya una docena de aspirinas a lo largo del día, sin que haya podido pasársele el dolor de cabeza. Y, en confianza, a mí también me duele bastante.

—Es que las nubes no acaban de resolverse en un sentido o en otro —dijo Ruth, trayéndome una copa—. Ni hay tormenta ni se deshacen para que salga el sol. —Se echó a reír—. Si esto sigue así, perderé el bronceado que tanto me ha costado conseguir.

—La estética femenina hace hoy milagros en ese aspecto —comenté en tono intrascendente. Después bebí.

—¡Bah! —expresó ella—. No hay nada como lo natural. Ni aun las lámparas de cuarzo me agradan. Ah, pero ya está aquí la cena. Sentémonos, ¿quieren?

Cara de Palo entró, empujando un carrito con una gran fuente de plata en su centro, sobre la cual ardía un líquido que producía unas llamas azuladas de fantasmagórico aspecto. Sobre la bandeja, y recibiendo directamente el calor de las llamas, se veía una especie de parrilla, conteniendo unos manjares que, por lo que pude apreciar, me pareció consistían en tortilla al ron, o algo por el estilo.

La cena fue exquisita y rociada con vinos como no había probado en mi vida, y de los cuales siempre pensé existiesen solamente en la imaginación de los novelistas. Al terminar, pasamos a un saloncito contiguo donde Cara de Palo trajo café y licores, que fueron servidos por la muchacha en persona.

A mitad de la sobremesa, Mac Intosh dijo:

—Señor Stirling, ¿tendría usted inconveniente en pasar a mi despacho? Querría hablarle de negocios unos momentos.

—Papá —se quejó la muchacha—, eres incorregible. Traigo un huésped para distraerme un rato y te lo llevas tú.

Mac Intosh puso en funcionamiento la gramola automática que había en un rincón. Sonrió.

—Creo —respondió—, que el amigo Dan no tendrá inconveniente en suministrarte esa diversión, mientras el señor Stirling y yo conversamos.

—Con mucho gusto —contestó Kreiger, poniéndose en pie. Se llevó la mano al pecho, e hizo una reverencia—. Señorita, ¿me hace usted el honor de concederme este baile?

Mac Intosh cerró cuidadosamente la puerta de su despacho. Luego se dirigió hacia un aparador, del cual sacó una botella y dos vasos. Rechacé el mío, no tenía ganas de beber más. En su lugar, prendí un cigarrillo.

El millonario despachó su dosis de un golpe. Luego me miró con ojos fulgurantes.

—Ya han pasado al ataque —dijo.

—Noticia fresca —murmuré—. Hace ya un montón de tiempo que vengo sufriendo esos ataques. No sé siguiera cómo estoy vivo.

—No se trata de lo que usted cree, Stirling —manifestó mi interlocutor, sino de otra cosa muy distinta.

—Seguro —dije lentamente— que ya ha recibido una nota pidiéndole dinero, ¿verdad?

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó, atónito.

—No me lo ha dicho nadie —encogí los hombros—. En realidad, eso era algo que ya estaba esperando de un momento a otro. De lo contrario, todos estos jaleos no hubieran tenido razón de ser. Bueno, ¿qué dicen esos granujas?

—Aguarde un momento —me suplicó Mac Intosh.

Dejó la copa sobre la mesa y se dirigió hacia un cuadro de dudoso gusto y poca ropa —en la mujer allí pintada, claro—, haciéndolo girar a un lado. Me admiré de la poca imaginación que tienen algunos para esconder sus cosas más valiosas.

Mac Intosh puso en funcionamiento los discos de la cerradura, y un momento después se abrió el arca de caudales. Metió la mano en la misma y sacó un papel que me tendió sin decir palabra.

Leí el contenido del mismo. Quizá era un poco demasiado extenso, pero su contenido resultaba altamente substancioso.

«Señor Mac Intosh: Tiene usted una saneada fortuna de la cual no sabe hacer el uso que es debido. Nosotros, sí; pero como sabemos que se negará por todos los medios a entregarnos dicha fortuna, hemos arbitrado uno que reputamos infalible. Tenemos en nuestro poder unos documentos que le comprometen gravísimamente, y por cuya recuperación sería usted capaz de vender el alma a Satanás. No le exigimos tanto, no somos el diablo. Únicamente le pedimos que deposite doscientos cincuenta mil dólares en billetes pequeños y sin numeración correlativa, en el lugar que más abajo le indicamos. No enseñe esta nota a la policía; aunque no obtuviésemos ni un solo céntimo, esos documentos saldrían a la luz pública inexorablemente, con el consiguiente perjuicio para usted y para su hija Ruth. Le damos —

vea que somos generosos— dos semanas para reunir ese dinero. En cuanto lo haya hecho, vaya pensando en una cantidad similar para dentro de dos meses. Respecto a esta última, ya le indicaremos el lugar donde ha de depositarla en el momento oportuno».

No había más, salvo la indicación del sitio donde había de dejarse el primer cuarto de millón. Pero ya era bastante.

Durante unos momentos, permanecí silencioso, estudiando la nota que tenía entre las manos. Había sido escrita a máquina y era inútil hacer indagaciones acerca de la misma, porque —estaba seguro— apenas hubiesen terminado de redactarla, habrían arrojado la máquina al mar. Cuando anda en juego un cuarto de millón, no es cosa de correr el riesgo de conservar un objeto que sólo vale unos pocos dólares y que luego puede resultar tan comprometedor. Cuando necesitasen el segundo cuarto de millón, comprarían otra máquina y listos.

—¿Y bien? —me preguntó Mac Intosh, con voz en la que vibraba una nota de impaciencia.

Pero yo no le contesté por el momento. Estaba palpando el papel en que había sido escrita la nota conminatoria, y precisamente entonces acababa de darme cuenta de que era análogo al de las hojas de la libreta que arrebatamos a Corsack y Cía.

CAPÍTULO XX

Devolví la nota en silencio. Vi que Mac Intosh estaba a punto de explotar, aunque se contenía esforzadamente.

—Tenemos dos semanas de tiempo, ¿no? —declaré—. Bueno, usted no diga nada. Vaya reuniendo ese dinero. Todavía es suyo y no de los chantajistas.

—¡Pero es que yo no quiero ceder! —Casi gritó rojo de ira.

—Nadie le dice que ceda. Esos tipos le han concedido un plazo. ¿Cuándo le llegó la nota?

—Ayer. Por correo. Con la indicación personal y estrictamente confidencial.

Por un momento pensé que habría enviado a Ruth para invitarme a cenar. No podía descartarse tal posibilidad, aunque parecía raro que no me hubiese mencionado el incidente del «Seaview». En fin, esto era, hasta cierto punto, totalmente secundario.

—Bueno —dijo— vayamos a otra cosa. ¿Ha recibido las direcciones de sus antiguos compañeros?

—Sí —declaró—. Las tengo también en la caja fuerte, como puede comprender.

—Démelas. Iré a verles.

—¿Por qué?

—Mire, en asuntos como éste, yo no me fiaría ni de mi propia sombra, ¿comprende? Y mucho menos, después de la faena que le hizo Gugsie. Cualquiera de ellos puede resultar el chantajista.

—¡Ellos no lo harían! Son muy amigos míos y, además, su vida es totalmente limpia desde hace mucho tiempo.

—Pero es usted el único que ha triunfado en grande y tiene millones —argüí—. Puede que haya cuatro leales, puede que lo sean los cinco, pero también cabe que uno de ellos haya flaqueado. Y sólo si les interrogo a fondo podré darme una idea de cómo piensan en la actualidad, ¿me comprende?

—Sí —accedió a regañadientes; y de nuevo se fue hacia su caja de caudales.

Mientras el millonario traía lo pedido, deshice un par de cigarrillos, arrojando el tabaco a un cenicero y quedándome con los papeles solamente. Anoté en éstos las direcciones, con letra casi microscópica, y luego hice una bolita que guardé en el doble de una de las perneras de mis pantalones.

—¿Por qué hace eso? —preguntó el millonario, asombrado.

—No quiero aprenderme las direcciones de memoria —respondí—, ni tampoco quiero llevarlas en un papel más grande. Aquí pasarán completamente desapercibidas, y si no las sé de memoria, mal puedo contestar a las preguntas que me hagan.

Mac Intosh palideció.

—¿Teme que...? —Y dejó la frase sin concluir.

—Temo muchas cosas —respondí—. Sus enemigos atacan duro y golpean más duro todavía, y no tengo ganas de que me saquen del cuerpo cosas que no deben saber. Mañana iniciaré la serie de visitas a sus antiguos compañeros, y al concluir, le informaré de lo que haya obtenido. Ahora volvamos a la salita.

El millonario accedió. Cuando llegamos a la estancia mencionada, Kreiger y Ruth continuaban bailando. Se veía que la cosa no le agradaba mucho a la joven, pero trataba de disimular, situándose lo más lejos posible de la barba del hermano de Daisy.

Los ojos de Ruth brillaron al vernos entrar.

—Ah —exclamó—. Qué bien. Voy a cambiar de pareja, salvo que esto moleste al señor Kreiger.

—En absoluto —contestó el barbudo, inclinándose.

Cuando rodeaba con mis brazos el talle de Ruth, penetró Cara de Palo.

—Llaman al teléfono al señor Kreiger —dijo con su habitual voz inexpresiva, y se retiró.

Kreiger pidió permiso y salió de la habitación. Ruth y yo continuamos bailando, en tanto que su padre se sentaba en un sillón, con un vaso alto en la mano y un grueso cigarro en la otra, usando del alcohol y del tabaco con evidentes muestras de nerviosismo.

Ruth me miró, muy seria. Habló en tono bajo, casi inaudible.

—Está muy preocupado, ¿verdad?

Asentí con el gesto. Ella siguió:

—¿Qué plan tiene usted?

—Seguir trabajando. No puedo decirle más.

—¿No puede..., o no quiere?

Levanté los hombros.

—Casi no sé qué contestarle. Hay tantos puntos oscuros que...

La entrada de Kreiger me interrumpió. El barbudo dijo:

—Habrán de dispensarme. Daisy me ha llamado. He tratado de hacerle ver que estoy en una fiesta; pero, usted ya lo sabe, señor Mac Intosh, es una niña mimada...

—Vaya, vaya, amigo mío —dijo el millonario amablemente—. Y no se excuse. Dígale que yo también iría si..., si no tuviese algo que hacer. La llamaré mañana por teléfono.

Kreiger se inclinó.

—Gracias en nombre de ella, señor Mac Intosh. Ruth, señor Stirling...

La muchacha se separó de mis brazos apenas hubo salido el de las barbas. Me miró con aire inquisitivo.

—Encuentro muy extraño que Daisy no haya venido esta noche —dijo.

—La excusa que nos dio su hermano es altamente admisible —contesté.

Ella torció el gesto.

—Aun así... —Y de pronto, los ojos le brillaron—. ¿Quiere que vayamos a visitarla?

La sugerencia de la muchacha me dejó sin habla, momentáneamente. Luego, no sé por qué, el gusanillo de la curiosidad me picó también.

Sonreí:

—Encantado. Pero ¿qué dirá su padre? —Y se lo señalé con breve gesto de mi barbilla. Mac Intosh seguía en su sillón, ceñudo y silencioso.

—No tiene por qué decir nada. Con ocultárselo, hay más que suficiente. Vamos —y me cogió de la mano. Levantó la voz—: Papá, el señor Stirling y yo salimos a dar un paseo.

El millonario se puso en pie y compuso una sonrisa de circunstancias.

—Vayan y diviértanse, muchachos —dijo.

CAPÍTULO XXI

—Por nada del mundo —murmuró Ruth— viviría yo en esta casa.

La joven había detenido el automóvil a unos cien metros del falso castillo donde vivían los hermanos Kreiger. La atmósfera era sofocante y las nubes corrían mansamente por el cielo, despidiendo de vez en cuando algún relámpago cegador, que se producía, casi siempre, en silencio. En aquel momento, la luna había aparecido un instante, derramando una pálida luz sobre el paisaje, que recortó al castillo en negro, coa una silueta de pesadilla, lúgubre y sombría, como los edificios similares que se describen en las leyendas de brujas y fantasmas.

—En cualquier momento —dije—, puede aparecer el Conde Drácula.

Ruth se estremeció. Como estábamos juntos, su cuerpo tocó el mío. Sin poder contenerse, buscó protección, apretándose junto a mí. Sentí a través de las ropas, el calor de su carne viva y palpitante.

La luna se ocultó, dejándonos completamente en tinieblas. Fue una ocultación tan repentina, que pareció un golpe teatral. Ruth no pudo contenerse y exhalé un grito de espanto.

Entonces pasé el brazo por encima de sus hombros y la atraje hacia mí. Ella no se resistió, antes al contrario, volvió su rostro, haciéndome percibir su aliento cálido y perfumado.

—Lance —susurró.

La besé, aplastando con los míos aquellos labios ardorosos y llenos de vida. Ella pasó su brazo libre en torno a mi cuello, y sus uñas se clavaron en mi nuca, causándome un agradable dolor.

Ruth se separó de pronto, jadeante y temblorosa. Con mano nerviosa dio la vuelta al conmutador de la luz, y una pequeña lamparita se encendió en el techo, sobre el parabrisas.

—Límpiese bien los labios, Lance —dijo, con voz que quería ser natural, en tanto que restauraba su maquillaje.

Dos minutos más tarde, nos deteníamos al pie de la fachada del edificio. La puerta se abrió apenas detenido el coche. Seguramente habían visto el resplandor de los faros.

Gonzalo, el jorobado, acudió deferentemente a abrirnos la puerta.

—¿Está la señora en casa? —preguntó Ruth.

—Le anunciaré la llegada de ustedes —contestó el jorobado, precediéndonos para servirnos de guía.

Gonzalo nos condujo a la estancia que ya conocía, en donde nos dejó solos. Al cerrarse la puerta, Ruth volvió a estremecerse.

—Decididamente, no me gusta. Si fuera mío, lo vendería o lo haría destruir hasta

los cimientos.

—¿Por qué? En medio de todo, no deja de tener su atractivo vivir en un sitio como éste. ¿No es copia exacta de algún castillo europeo?

—Pero allí, los castillos tienen razón de ser. Siempre existieron y...

Seguimos discutiendo unos momentos más sobre el tema. El beso que nos habíamos dado en el coche había pasado a un discreto segundo término y, por el momento, no tenía ganas de suscitar nuevamente la cuestión. Me parecía haber traicionado a Georgia, aunque, diablos, cuando uno es un hombre, es lógico que pasen esas cosas.

Daisy apareció de repente, vestida con una bata negra, completamente cerrada, que le llegaba a los tobillos. El cuello y los puños eran de encaje blancos y prestaban a su figura un encanto tan atractivo y singular como, al mismo tiempo, extrañamente perverso. ¿Qué sucedería al hombre que se enamorase plenamente de aquella mujer?

—Queridos —dijo, sonriendo un tanto apagadamente. Su cara estaba completamente limpia de maquillaje y temía los labios pálidos y descoloridos—. Ruth, cariño, tendrás que dispensarme por no haber acudido a la cena. Y usted también, amigo Lance. —Se puso la mano en la frente—. Oh, este dolor de cabeza... No me ha dejado en todo el día; es algo horrible, torturante, a veces creo que me va a estallar el cráneo...

—Precisamente por eso mismo hemos venido a verla, Daisy —dijo la muchacha—. Nos preocupó lo que dijo su hermano acerca de usted.

—¡Qué amables! Oh, dispénsenme; estoy tan aturdida que ni siquiera me acuerdo de hacerles los honores de la casa —se acercó a la pared y tiró de un grueso cordón—. Tomarán una copa conmigo, claro.

Gonzalo apareció casi al instante. Daisy le dio una orden.

—Gonzalo, licor para mis huéspedes. A mí, un vaso de agua y una tableta de aspirina.

—Al momento, señora.

En el instante en que el jorobado iba a cerrar la puerta, se oyó un revoloteo acompañado de una serie de estridentes graznidos. «Caín» penetró aparatosamente en la sala y, después de unos cuantos alborotadores vuelos, fue a posarse en el hombro izquierdo de su ama.

Daisy acarició al repugnante animal con una mano.

—El pobre —murmuró—. Me ha estado echando de menos durante todo el día. No he salido de mi habitación, y mi hermano no le dejó pasar para que no me molestase. Ahora, claro...

Seguimos hablando en este tono durante unos minutos. Tomamos unos sorbos de jerez y fumamos unos cigarrillos. Daisy me preguntó después por el estado de mis investigaciones. Le dije que no iban ni bien ni mal, y luego ella comentó el jaleo de la calle de los Españoles.

—Debió ser horrible verse en medio de un tiroteo tan espantoso. Sobre todo, para

una muchacha como su secretaria, ¿no es así, Lance?

—Gracias a ella estoy con vida, Daisy —contesté.

La viuda sonrió.

—Es muy atractiva. Ruth, querida, ¿tú no sientes celos de ella?

La muchacha se puso encamada.

—Podría suceder si amase al señor Stirling. Pero, por hora, no hay nada entre los dos.

—Las relaciones entre mi secretaria y yo son puramente profesionales, Daisy —dije muy serio.

Ella soltó una risita.

—Pues está como para entablar otras relaciones que no tengan precisamente ese carácter, ¿no crees?

—No estoy en el interior del señor Stirling —dijo la muchacha un tanto desabridamente. De pronto, la noté incómoda—. Bien, querida Daisy, nos alegramos de que haya mejorado. Papá dijo que la llamará mañana por teléfono.

—Sí, ya me lo había dicho Dan. Por cierto, que el muy grosero no ha acudido a saludarles. Como de costumbre, habrá cogido una novela policíaca y se habrá enfrascado en su lectura. Iré a llamarle para que...

—No se moleste —dijo Ruth—. Déjelo que siga leyendo. ¿Vamos, Lance?

«Caín» echó a volar apenas salimos de la estancia. Subió hasta lo alto de los pendones del gran vestíbulo y luego bajó, sin dejar de graznar tan estrepitosamente como de costumbre.

—¡Bicho odioso! ¡Pajarraco inmundo! —exclamó Ruth apenas estuvimos en el coche. Arrancó con tal velocidad que me pegó la espalda al asiento—. Si he de soportar un animal cuando papá se case con esa bruja, me iré de casa, se lo aseguro, Lance.

—Creí que se había arreglado con ella, Ruth —murmuré suavemente.

—Sólo por las apariencias y porque sé que papá la quiere. De otra forma, la habría enviado al diablo, puede creerme.

En vista de que aquel tema la excitaba, guardé silencio. La distancia del castillo a casa de Ruth era muy corta, y llegamos en pocos momentos. El coche se detuvo frente a la verja, y entonces traté de consolarla, pasándole un brazo por encima de los hombros.

—Olvide a Daisy, Ruth —dije—. Olvídela y concéntrese solamente en su presente...

—¡Déjeme! —exclamó con voz crispada. Estaba nerviosísima—. Usted ha estado comiéndosela con los ojos durante todo el tiempo que permanecemos en su casa. Anda sorbiendo también los vientos, por su secretaria. Me ha besado a mí, aprovechándose de las circunstancias. ¿Es usted un Barba Azul con licencia de detective privado?

Me separé de Ruth, atónito por su repentina explosión de cólera.

Ella me abrió la puerta.

—Bájese —declaró enérgicamente.

—Mi coche está arriba —objeté.

—Se lo mandaré con el mayordomo —dijo, exasperada—. Pero no quiero que de un paso más conmigo. Bájese, Lance.

Hice lo que me decían. La verja se abrió en aquel momento, y el automóvil partió raudo.

Me rasqué la nuca, completamente desconcertado. Ni el diablo sería capaz de entender a las mujeres, pensé, viendo empequeñecerse las luces rojas de aquel vehículo.

Mientras esperaba que me enviaran el coche, pues no quería violar la formal prohibición de Ruth, pasando al otro lado, me entretuve en pasearme a lo largo de la tapia que delimitaba la posesión. Encendí un cigarrillo, pero no tuve tiempo de darle más allá de dos o tres chupadas.

Un coche se detuvo silenciosamente frente a mí. Era un «Packard Hawk», cincuenta y ocho, idéntico en un todo, salvo en el color, pues éste era negro, al que me habían robado, y al que vi cerca del domicilio de Gugsie el día en que lo asesinaron. La cosa no tenía importancia, salvo que había dos tipos detrás de sendas armas de fuego, una de las cuales era una «Thompson» con silenciador.

—Suba —dijo alguien en tono suave y persuasivo.

Permanecí un momento inmóvil, tratando de hacer tiempo para que viniera Cara de Palo con mi coche. Pero los fulanos no querían esperar tanto.

—Ya hemos contado una —dijo el mismo que había hablado—. Ahora van dos. La tercera será una ráfaga que le partirá por medio si no se decide a subir al coche inmediatamente.

La intimidación fue apoyada por la apertura de una puerta del vehículo. Lanzando un suspiro de resignación, me dirigí hacia el «Packard».

Al entrar, tuve que agacharme forzosamente. Vagamente entreví dos tipos en el asiento de atrás, empuñando sendas pistolas. Pero no pude ver mucho más. Algo duro y contundente cayó sobre mi nuca.

CAPÍTULO XXII

Me desperté, con la sensación de que era un gran péndulo que oscilaba haciendo marchar la maquinaria de un gigantesco reloj. El reloj estaba en un sitio húmedo y frío, por el que penetraba, a ratos, un golpe de aire que se colaba hasta mis huesos, haciéndome estremecer de pies a cabeza. El golpe de aire iba acompañado de una gran campanada, que sonaba como si el badajo de la campana golpease sobre un metal rajado. Pero eran unos sonidos muy irregulares. Tan pronto se producían dos o tres muy seguidos, como luego quedaban muy separados entre sí, dando la impresión de que la maquinaria del reloj, del cual yo era el péndulo, estuviese descompuesta en parte.

Sacudí la cabeza. La conciencia iba volviéndome poco a poco. Entonces oí una voz.

—¿Está ya listo?

—Sí, jefe —contestó alguien.

—Bueno, despiértenlo. Comuníquenme luego lo que hayan conseguido.

—De acuerdo. Váyase tranquilo. Este tipo hablará, no le quepa la menor duda.

Unos tacones sonaron rápidos, alejándose enseguida. Luego, me quedé solo, haciendo el péndulo en aquel lugar tan frío y desagradable.

Alguien me arrojó un cubo de agua por la cabeza, haciéndome tiritar.

—No es necesario que me mojen —gruñí—. Estoy despierto.

—¿Ah, sí? —dijo la voz—. Entonces, condenado curiosón, no le costará mucho hablar, ¿verdad?

—Lo haría mucho mejor si me sacasen de este lugar —sugerí. Pero mi sugerencia fue acogida con risas.

Una lámpara se encendió de pronto, cegándome con su resplandor. Luego, el foco de luz se movió un poco, apartándose de mis ojos y enviando los rayos luminosos a mis pies.

La voz dijo:

—Mire hacia abajo, curiosón. Luego, díganos si persiste en su mudez.

Hice lo que me decían y me estremecí apenas había arrojado una mirada en la dirección indicada. Entonces comprendí el sonido de campana rota y los golpes de aire que recibía a intervalos.

Estaba colgado, suspendido por una cuerda que me pasaba bajo las axilas y sujeta por la parte de arriba a un lugar, que no podía ver a causa de la postura, sobre un profundo pozo, cuyo final no podía divisarse desde arriba, pese a la luz que arrojaba sobre el mismo la poderosa antorcha eléctrica que uno de los forajidos sostenía en las manos. Ni por asomo podía saber dónde estaba ubicado aquel pozo, aproximadamente cilíndrico, cuya anchura calculé en unos tres o cuatro metros; pero

cuyas paredes eran de roca sin desbastar, con numerosos salientes agudos y cortantes, que desgarrarían y destrozarían de modo indefectible todo cuerpo que cayera en el mismo, antes de que llegase a su final.

La cuerda se me clavaba bajo los sobacos, provocándome una intensa desazón, ya que, para evitar que me escurriera, la habían atado muy justa y con más precauciones todavía, me habían ligado las manos con las muñecas, con otro trozo de cuerda. Estaba colgado sobre el centro del pozo, del cual subía una corriente de aire terriblemente fría. Pensar que la soga podía romperse o que aquellos individuos podían lanzarme al fondo, me causó un estremecimiento de indecible pavor.

—Tiene encima una lista con cinco nombres —dijo una voz, que me pareció la de Corsack. Sería conveniente— para todos que me la entregase cuanto antes, Stirling; de este modo, sus padecimientos serían convenientemente abreviados.

La luz volvió a enfocarme las pupilas. Guiñé los ojos, tratando de protegerme de aquel deslumbramiento.

—No sé nada de lo que me dice —contesté—. Lo mejor que podría hacer es sacarme de aquí.

—Está bien —gruñó el tipo—. Me molestan las discusiones. En lo que a mí respecta, si fuese el jefe de todo esto, ya habría terminado con un estorbo como usted. No es más que una pérdida de tiempo innecesaria y un inconveniente magnífico. Pero —suspiró— en fin, hagámosle una demostración de lo que puede sucederle si se muestra testarudo. Bajadle un poco.

Por encima de mi cabeza, la roldana de una polea empezó a chirriar. Sentí que perdía altura poco a poco, en tanto que descendía a lo largo de aquel pozo, y la sensación de frescura aumentó.

La luz alumbró mi descenso. A medida que iba bajando, las paredes del tubo se deslizaban por mis costados hacia arriba. Pronto pude saber que aquellos golpes que resonaban de modo tan extraño se debían a los embates del mar.

Entonces no me cupo la menor duda de que el pozo comunicaba con el océano por medio de algún túnel situado a su nivel. Desde arriba me alumbraban con la antorcha eléctrica, de modo que en todo momento estaba enterado de la situación en que me hallaba.

—¿Has llegado ya? —preguntó el forajido a voz en cuello. Su voz se distorsionaba curiosamente al rebotar en las paredes del pozo, con ecos fantasmagóricos.

No contesté. Tenía fija la vista en lo que había debajo de mí. Mis pupilas se habían acostumbrado ya a la iluminación y podía divisar claramente en qué consistía el final de aquel pozo tan singular.

De vez en cuando, la marea se retiraba, dejando ver un suelo rocoso, cubierto parcialmente por algas. Otras veces, un golpe de mar, penetrando con fuerza a través del túnel de comunicación, batía el interior, enviando las espumas a lo alto con gran fuerza. Entonces se producía un trueno espantoso, que hacía doler los tímpanos, y las

espumas subían lo suficientemente altas como para empaparme de pies a cabeza.

Mis pies tocaron repentinamente el suelo, y la cuerda se aflojó por encima de mi cabeza. Traté de evadirme de las ligaduras, levantando las manos en alto, pero aquellos individuos obraron más rápidamente y al advertir que les faltaba tensión a la cuerda, dieron un violento tirón a la misma, dejándome suspendido a un par de palmos de las rocas. En aquel momento vino un golpe de mar y me golpeó con fuerza, lanzándome hasta el muro situado a mis espaldas.

El golpe me atontó, haciéndome sentir un dolor vivísimo. Supongo que grité, pero mis apelaciones se perdieron en el estruendo que había en el fondo de aquel pozo. El movimiento natural de péndulo me llevó hasta la pared opuesta, aunque ahora pude parar el segundo golpe poniendo los pies por delante.

Desde arriba, seguían alumbrándome con la antorcha. Así pude ver la boca del túnel, que tendría unos cuatro o cinco metros de diámetro. La noche impedía divisar su final, que, por lo que calculé, no podía estar, sin embargo, excesivamente lejos.

Tres o cuatro olas penetraron, rugientes y amenazadoras, causándome más zarandeos. Durante unos momentos permanecí allí impotente, convertido en un *punching-ball* para un boxeador, cuya potencia no tenía límites. Agujas afiladísimas se me clavaron en la espalda, destrozándome las ropas y provocando en mi carne intensos dolores. Empecé a pensar que si seguía allí durante mucho rato, terminaría por transformarme en un picadillo de carne y huesos.

De pronto, la cuerda empezó a subir. El ascenso duró un par de minutos, al cabo de los cuales mi cabeza quedó a nivel de la boca del pozo. La luz de la antorcha cayó una vez más sobre mis pupilas, dura, cegadora, implacable.

—¿Y bien? —dijo uno de los bandidos—. ¿Se ha convencido ya de los perjuicios que puede causarle su terquedad? ¿Es que no se da cuenta de que lo que más le conviene en estos momentos es hablar?

Moví la cabeza como pude. Estaba hecho una lástima, y empapado de agua de pies a cabeza, más aun así, todavía conservaba buena parte de mi fortaleza.

—¡No sé nada de lo que me están preguntando! Pueden tenerme aquí todo el tiempo que quieran; lo habrán perdido en balde cuando terminen conmigo. Además, ¿piensan que no conozco su manera de obrar? Apenas hubiese dicho lo que desean saber, me arrojarían al fondo del pozo para deshacerse de mí. De modo que...

—Toma la linterna, tú —dijo de pronto el forajido. La luz se orientó ahora de modo lateral, de forma que pude ver con más comodidad. Entonces supe que no me había engañado y que era Corsack el que me estaba interrogando.

Corsack se arrodilló en el suelo y se inclinó hacia adelante, poniendo su cabeza casi al nivel de la mía. Vi brillar en sus labios una sonrisa satánica.

—Nadie sabe dónde está usted, Stirling —manifestó—. Podemos tenerle aquí todo el tiempo que queramos. Y lo haremos, no le quepa la menor duda.

—Bueno. ¿Qué más? —respondí fríamente.

—Ya es bastante, ¿no cree? Nosotros no tenemos prisa y, por lo que parece, la

postura en que se encuentra no tiene nada de cómoda. Hablará, ya lo creo que hablará, curiosón.

Le miré fijamente. De pronto le escupí al rostro.

—Hijo de perra —murmuré insultantemente.

El rostro del bandido se puso lívido. Sus manos se crisparon sobre el borde del pozo. Por un momento, creí que le iba a dar un ataque de apoplejía.

—Traédmelo acá —barbotó, colérico—. Traédmelo, que voy a...

Alguien se le acercó.

—Déjalo. Te lo tienes merecido —era Hadoe—. El tipo es duro y terco, y no hablará tan fácilmente como tú piensas. Prisa no te corre ninguna, conque lo mejor será que lo dejemos solo y que reflexione acerca de lo que más le conviene hacer. —Hadoe me miró reflexivamente—. La terquedad no conduce nunca a ningún sitio bueno, Stirling.

No quise molestarle en contestarle. Volví la cabeza a un lado.

Los gangsters permanecieron unos momentos en silencio. Después, Corsack y Hadoe se retiraron a un lado y empezaron a hablar en voz baja, cuchicheando excitadamente. No pude entender lo que decían; quizá lo hubiera logrado en otras condiciones; pero el bramido de las olas subía con harta frecuencia desde el fondo del pozo para permitírmelo.

De pronto, Corsack dio una orden y todos se marcharon, dejándome solo y en la oscuridad.

CAPÍTULO XXIII

Me desperté completamente entumecido, y sintiendo bajo mis sobacos un vivo dolor. Afortunadamente, aquellos forajidos no habían hecho otra cosa que despojarme de mi pistola. La chaqueta me había servido para atenuar notablemente la presión de la cuerda contra mi carne, pero de todas formas, eran ya demasiadas horas en aquella posición para no sentir los efectos. Una serie de desagradables calambres me corrían a lo largo de los brazos, desde las muñecas a la naca, causándome de vez en cuando algunos latigazos que me daban la sensación de ser asestados con un cable cargado de electricidad.

Al abrir los ojos pude darme cuenta de que era ya de día. Una luz pálida y difusa, de un tono marcadamente verdoso, penetraba por el fondo del pozo. De vez en cuando, la luz desaparecía; eran los golpes del mar batiendo contra el túnel de comunicación. Pero, casi inmediatamente, el resplandor volvía a aparecer, permitiéndome así la visión de cuanto me rodeaba.

Haciendo un esfuerzo, levanté la cabeza. El pozo estaba situado en una especie de cueva semiesférica, aunque sumamente irregular, la cual había sido excavada en la roca viva, seguramente para permitir el acceso en mejores condiciones al mismo. El suelo que rodeaba al pozo era relativamente llano y formaba como una especie de plazoleta circular de unos seis o siete metros de diámetro; es decir, que en torno a la boca quedaba un espacio de unos tres o cuatro metros, aproximadamente, cubierto de fina arena.

Moví los hombros un par de veces y la cuerda empezó a girar. Entonces pude divisar, en uno de los muros de la cueva, una puerta de madera, cerrada herméticamente. La puerta parecía sólida y daba la sensación de necesitarse una pieza de artillería para poder abrirla sin su llave.

Levanté un poco las manos, mirándome la cuerda que me sujetaba las muñecas. Si pudiera llegar hasta alguna de las aristas rocosas que tenía a tan corta distancia...

Estiré los brazos. Maldije en voz alta sin darme cuenta. La distancia era excesiva. Pero no por ello dejé que me invadiera el desaliento. Haciendo caso omiso de los vivos dolores que sentía en la nuca, traté de imprimir a la cuerda un movimiento de balanceo, moviendo las piernas con todas mis fuerzas.

La luz aumentó, lo cual me dijo que el día había llegado ya cumplidamente. Insistí en mis esfuerzos, alargando las manos cada vez que me sentía próximo a la pared opuesta del pozo.

Así estuve durante rato, yendo y viniendo de un lado a otro, como una araña suspendida de un hilo, pero con el grave inconveniente de que, al mismo tiempo que me balanceaba, la cuerda me hacía girar también, lo cual me impedía elegir un punto determinado para salir de aquel atolladero.

De pronto, una aguda arista quedó frente a mí. Hice un esfuerzo sobrehumano y pude agarrar el saliente con los dedos. Un par de uñas saltaron, originándome un vivísimo dolor, pero lo soporté mordiéndome los labios. El balanceo había cesado. Ya tenía un asidero; lo importante era no soltarlo ahora.

Permanecí unos momentos en aquella postura. Luego, poco a poco fui afianzándome hasta agarrar el saliente con ambas manos, las cuales, unidas por la cuerda, tenían que estar muy abiertas a la fuerza para poder soportar el peso de mi cuerpo. Éste había quedado de tal forma que por la misma postura en que me hallaba sujeto por la cuerda, permanecía inclinado hacia atrás, en una posición sumamente incómoda y harto difícil para permitirme la salida de allí.

Medité durante unos momentos. De pronto, la solución. Estaba seguro de que no caería al pozo, aunque me soltara, pues la cuerda me sostenía. Esto me infundía cierta seguridad de la cual hubiera carecido en otras condiciones. Así que apoyé los pies en la pared y luego, soltando las manos, me impulsé fuertemente hacia atrás.

Antes de que mi espalda chocara contra la pared opuesta, doblé los pies hacia atrás. Así pude repetir el impulso, aunque esta vez en sentido opuesto. El muro del pozo se me acercó vertiginosamente.

En el momento en que iba a chocar con él, hice una contorsión acompañada de un esfuerzo supremo. Esto me permitió ganar unos centímetros de altura, de modo que al llegar al lado opuesto, pude pasar por encima de los brazos, con los cuales quedé sujeto al suelo de la cueva. Una de mis rodillas golpeó con fuerza contra un saliente, haciéndome lanzar un aullido de dolor.

Pero ya me había agarrado y no había nada que me hiciera soltarme del lugar a donde había llegado. Una vez allí, tanteé con los pies hasta encontrar otros salientes y esto me permitió, al fin, izar me hasta la plataforma que rodeaba la boca del pozo.

Quedé en el suelo, tendido de vientre, exhausto, jadeante, y sin aliento, pero libre, por el momento, de una posición tan incómoda y sobre todo, tan indefensa. Hubiera prorrumpido en un salvaje grito de alegría... si hubiera tenido fuerzas para ello, claro está.

Sin embargo, no podía dormirme en los laureles. Era preciso hacer algo. Todavía tenía las manos sujetas por la cuerda, de modo que empecé a frotarla pacientemente contra una arista muy afilada, hasta que, después de veinte minutos de tenaces esfuerzos, conseguía librar mis manos.



—¿Cómo van sus pesquisas, Lance?

Me puse en pie y quité la cuerda que me sujetaba por los sobacos. Tenía los dedos sin fuerza, pero la misma falta de opresión hizo que la sangre volviera a circular nuevamente por ellos. Mientras esto sucedía, me acerqué a la puerta, con el fin de estudiar una posible salida por la misma.

Imposible de todo punto, pensé un minuto más tarde. No me habían dejado encima ni un lápiz; todo lo que tenía eran mis manos y éstas eran una pobre herramienta para luchar con un obstáculo tan importante como aquél.

Pero yo tenía que salir de allí, fuera como fuera. En vista de que por la puerta era imposible, empecé a pensar en la vía marítima como posible medio de escape. Bastaría para ello alargar la cuerda lo suficiente para que llegara al fondo del pozo, y

entonces...

Un ruido repentino interrumpió mis cogitaciones, haciéndame saltar a un lado antes de que fuese demasiado tarde. Una llave acababa de rechinar en la cerradura.

Me coloqué a un lado de la puerta, justo en el momento en que ésta se abría. Un hombre penetró en la cueva. Era Hadoe.

El forajido llevaba una linterna en la mano. Para un hombre que venía del exterior, la cueva estaba sumida en una total oscuridad. Con objeto de ganar alguna ventaja sobre él, le golpeé la muñeca y la antorcha cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

—¡Cuidado! —gritó alguien a sus espaldas. Lancé una maldición; el rufián no venía solo.

Hadoe se volvió, renegando atrozmente. Era evidente que mi ataque le había cogido completamente por sorpresa. Trató de echar mano a su pistola, pero fue muy lento para mí.

Disparé mi puño derecho hacia adelante con terrorífico ímpetu, poniendo en el golpe todo el resentimiento de que me había ido cargando durante las horas que estuviera suspendido en el pozo. El puño alcanzó su blanco.

La mandíbula de Hadoe crujió alarmantemente. El gángster retrocedió, trastrabillando, con los brazos abiertos. De pronto, su pie izquierdo quedó en el vacío.

Hadoe lanzó un agudísimo alarido al comprender lo que le iba a suceder. Agitó espantosamente los brazos, buscando en vano un asidero. Incluso llegó a rozar con las yemas de sus dedos la cuerda que había servido para suspenderme a mí sobre el pozo. Pero su caída era inevitable.

Desapareció en el pozo, sorbido por el mismo. Su grito de pánico sufrió una curiosa distorsión y se deformó más todavía por el horripilante sonido de los rebotes de su cuerpo contra los muros del pozo. Finalmente, un sordo estruendo que levantó lúgubres ecos, nos indicó el desastroso término que había sufrido el bandido.

Todo aquello ocurrió en el breve espacio de unos segundos, durante los cuales, el otro pandillero y yo permanecimos como alelados, en tanto caía Hadoe. Mas, una vez que hubimos sabido con seguridad que éste había dejado de figurar como personaje de aquel drama, ambos hubimos de volver a la realidad de las cosas.

El pandillero metió mano en la chaqueta, con ánimo de extraer su pistola. No le di tiempo. Salté hacia él y golpeé con saña su mandíbula. Se desplomó al suelo como un saco.

Acto seguido le desarmé. Registré concienzudamente sus bolsillos, sin encontrar en ellos nada de particular, como no fuera, aparte de sus efectos personales, de escaso valor, un paquete de cigarrillos y una tira de fósforos. El humo del tabaco, después de tantas horas de abstención, me supo a gloria.

Sin entretenerme en más, eché a andar por el túnel que se abría al otro lado de la puerta, no sin antes haberla cerrado con llave. Me divirtió enormemente la idea de lo que pensaría el rufián cuando se despertase en un sitio del que no podía salir. No

obstante, seguí caminando.

El túnel era angosto, tanto que no era preciso extender los brazos para tocar sus muros. De vez en cuando, encendía un fósforo para alumbrar el camino, aunque, precavido, no quise gastar demasiados, por si mi marcha subterránea se prolongaba demasiado.

De pronto, el suelo empezó a descender. Era una pendiente bastante pronunciada, aunque no se corría el riesgo de caer a menos que uno corriese descuidadamente. Esto me alegró; era señal que pronto llegaría a la salida.

Efectivamente. Poco después, un recodo me salió al paso de modo tan brusco, que casi estuve a punto de chocar contra la pared frontera, lo cual hubiera sucedido de no ir caminando con las manos extendidas. Fui a encender otro fósforo, pero en el momento en que me disponía a hacerlo, divise a lo lejos un puntito luminoso.

Exhalé un enorme suspiro de alivio. Mis tribulaciones estaban a punto de terminar. O al menos, así lo creía yo en aquellos instantes.

Unos minutos más tarde, emergía a la superficie. La luz del día me golpeó en los ojos, haciéndome parpadear durante unos momentos hasta acostumbrarme a aquel resplandor, a pesar de que el cielo estaba cargado de nubarrones y la luz, por consiguiente, no podía ser muy intensa. Pero yo había permanecido toda una noche en un lugar casi sumido en tinieblas y ello debía hacerse notar forzosamente en mis pupilas.

Cuando rae hube recuperado, noté que mi aspecto no podía ser más desastroso. No podía hacer nada para remediarlo, sino buscar algún sitio desde el cual llamar por teléfono a mi oficina. Entonces miré en torno mío, y lo que descubrí me dejó lleno de desconcierto.

La boca del túnel emergía en la costa, al pie de los acantilados y daba la sensación de llevar una dirección perpendicular a la misma. El lugar en donde me encontraba era una especie de caleta muy angosta y hundida en la costa, formando como un pequeño fiordo de paredes tan pronunciadas, que resultaba difícilísimo verlo desde el mar, a menos que se estuviese justamente frente a la entrada. Por encima de mí se alzaban los farallones rocosos y sobre éstos, a una distancia equidistante, la casa de Mac Intosh... y el castillo da los hermanos Kreiger.

CAPÍTULO XXIV

Cara de Palo me miró como si hubiese visto llegar a un pordiosero, tal debía ser mi aspecto después de todo lo que había pasado. Pero no empleé demasiada explicaciones con el sujeto.

—Deseo ver inmediatamente al señor Mac Intosh —dije.

—El señor Mac Intosh ha salido para su despacha —me contestó con un mínimo de cortesía.

—Entonces, avise a su hija —empecé a impacientarme—. Y dígame que es urgente, diablos.

Algo debió verme en el rostro que le hizo meterse para adentro sin más trámites. Le seguí, penetrando en la habitación donde Ruth y yo habíamos estado bailando la noche anterior. Busqué el armario de los licores y me serví una copa que despaché de un solo trago.

El alcohol me hizo reaccionar de modo notable. Llené el vaso de nuevo y volví a beber, aunque ahora a pequeños sorbitos. Encendí un cigarrillo y apenas había llegado a la mitad, apareció la muchacha.

—Lance —exclamó.

Ruth abrió mucho los ojos al verme en aquel estado.

—No hay tiempo ahora para explicaciones —manifesté—. ¿Quiere conducirme al despacho de su padre?

—Pues, sí. Pero ¿qué sucede? ¿Qué le ha ocurrido que le veo en tan mal estado?

—Se lo explicaré dentro de unos momentos. Ahora, haga lo que le he dicho, por favor.

Ruth obedeció. Un momento después, entrábamos en el lugar donde Greg Mac Intosh y yo habíamos estado conversando la noche anterior.

—Lance, por favor —suplicó la muchacha con voz atribulada—. Explíqueme de una vez lo que le sucede.

—Su padre y yo estuvimos hablando anoche aquí. Alguien oyó la conversación.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó, sorprendidísima.

—Tengo pruebas suficientes, Ruth —dije. Mientras dialogábamos no hacía otra cosa que mirar en torno mío. Levanté un pesado cenicero y lo sacudí con fuerza, obteniendo un resultado negativo.

—¿Está seguro de ello?

—Ya lo creo. Todavía me estoy preguntando cómo —he podido salir con vida de la trampa que me pusieron. Pero ya se lo contaré luego todo más extensamente. Ahora...

Estaba cansado y exhausto, pero no quería ceder hasta que hubiese hallado lo que buscaba. Me costó cerca de una hora, en medio de la perplejidad y el asombro de la

muchacha, pero al fin hallé lo que buscaba.

Casi tuve que mirar, aparte de los demás muebles y objetos decorativos del despacho, todos los libros de un enorme mueble biblioteca que había en un lado de la estancia. Por fin, al extraer uno de ellos de su sitio, vi que salía un cable con él.

—¡Lance! ¿Qué es eso? —exclamó la muchacha, atónita.

Le enseñé el libro. Como si el autor de aquella fechoría hubiese tratado de burlarse de nosotros, el título de la obra era: «Cómo ganar amigos por medio de la oratoria».

Un trozo del lomo había sido sustituido habilísimamente por una gasa del mismo color de la encuadernación, tan sutilmente colocada que no se advertía si no era mirándola muy de cerca. Bajo la gasa, y para evitar que cediese, había una rejilla metálica. Abierto el libro, vi que se había practicado un hueco en las hojas del mismo para poder colocar el micrófono que había servido al criminal para escuchar todo cuanto habíamos hablado Mac Intosh y yo.

Ruth palideció intensamente al ver el micrófono.

—¡Dios mío! —exclamó—. Nos han estado espionando.

Cerré el libro con seco golpe. Luego pegué un fuerte tironazo al cable y lo arranqué del punto de unión con el micrófono.

—Exactamente —dije—. Y estoy seguro de que, al otro lado de este hilo, hay una grabadora automática que se pone en funcionamiento al sonar las voces en la habitación, con objeto de evitar una guardia permanente de escucha. Muy inteligente, ¿verdad?

—Pero ¿quién ha podido ser, Lance?

—El asesino.

—Su nombre, Lance, su nombre.

Solté una amarga carcajada.

—¿Cree que si lo supiera no le habría echado ya el guante? Estoy casi tan a oscuras como el día en que empecé, Ruth; es todo cuanto puedo decirle. Tengo un par de ideas, pero son tan vagas e inconcretas, que vale más no mencionarlas.

—Convendría que mi padre supiese lo que acaba de ocurrir —sugirió la muchacha—. Voy a decírselo.

Puse la mano sobre la suya cuando ya levantaba el auricular. La miré fijamente a los ojos.

—No. Posiblemente, este teléfono está también intervenido. No Te diga nada. Bastante sabrán ya cuando vean que su grabadora no registra ya más conversaciones. Ahora, déjeme que sea yo el que hable.

Marqué un número y un momento después sonaba en el auricular la ansiosa voz de Georgia:

—¡Jefe!

—Monada, no chille tanto que me va a reventar los tímpanos.

—En toda la noche no hemos tenido noticias tuyas. Tushita y yo estábamos muy

preocupados por usted.

—No lo he pasado muy bien que digamos, pero, al menos, tengo el pellejo relativamente intacto —percibí el inmenso suspiro de alivio que emitía mi secretaria. Fue un «¡Uf!» tremendo. Luego dije—: Ahora, vaya como una buena chica y tráigame ropa limpia por completo, incluidos los cordones para los zapatos. No tarde mucho, preciosidad. Ah, se me olvidaba decírselo. Estoy en casa de Mac Intosh y esperaré aquí su llegada.

—¿Con Ruth?

Noté el tono despechado de su voz al hacerme esta pregunta. Sonreí.

—Es lo lógico, ¿no cree? —Y corté.

Acto seguido me enfrenté con la muchacha:

—¿No podría pedir algo de comer para mí? Estoy desfallecido. Desde la cena de anoche no he probado bocado.

—Claro. No faltaría más.

Treinta minutos más tarde, había satisfecho mi apetito. Después de la cuarta taza de café, empecé a ver el panorama con algo más de optimismo. Y una vez hube concluido de comer, volví junto a la biblioteca, tomando el cable en mis manos.

Durante unos momentos, examiné el hilo, en tanto meditaba profundamente y Ruth me contemplaba con expectación. Después empecé a seguir la ruta del hilo, cosa que me costó bastante, hasta que, abreviando, pude ver que salía de la casa en dirección a los jardines de la parte delantera, es decir, hacia el lado opuesto al mar.

Me quedé decepcionado. Francamente, había esperado otra cosa. Saber que aquel hilo no conducía a la mansión de los Kreiger, me causó una enorme sorpresa.

Pero ya no había otro remedio que seguir adelante. La trayectoria del hilo estaba habilísimamente disimulada entre la tierra y las plantas. No obstante, teniéndolo siempre en las manos, resultaba fácil seguir su camino. Pronto vi que conducía a la entrada del parque.

Ruth venía a mi lado, contemplando intrigada las operaciones que realizaba. Se quedó boquiabierta al darse cuenta de que el hilo concluía en el pabellón que ocupaba el guardián de la verja de acceso al parque.

En cuanto a mí, una vez hube sabido que no llevaba al lugar en que primeramente había pensado, no me sorprendió gran cosa. El tipo no me había sido nunca simpático, y aunque en una profesión como la mía, no es posible dejarse guiar por simpatías o antipatías, en aquel caso había visto confirmado mi pronóstico.

Nos detuvimos a pocos pasos del pabellón, en actitud intrascendente, fumando un cigarrillo. El pequeño edificio parecía estar desierto por el momento.

—¿Cómo se llama el guardián? —pregunté.

—Redfax —contestó Ruth.

—¿Qué hace, además de guardar la puerta? ¿O es éste su único cometido?

—No. Cuida también del jardín. Ahora debe estar por ahí, recortando los rosales.

Sonó un trueno, lejano y profundo. Una ráfaga de aire caliente, denso y húmedo,

agitó las copas de los árboles.

—Bien —dije—. Veamos la casa. Sería muy conveniente para nosotros confirmar las sospechas.

Cruzamos el espacio abierto y llegamos al pabelloncito. La puerta estaba cerrada con llave. Como la dueña estaba a mi lado y daba por sentado que tenía su permiso, hice saltar la cerradura después de un par de empujones con el hombro.

El interior del pabellón era muy reducido. Dos habitaciones, una cocinita y un cuarto de aseo. Una de las habitaciones era comedor, cuarto de estar y, por la noche, mediante una cama plegable, se transformaba en un dormitorio. No tardé mucho en hallar la grabadora, oculta bajo el sofá cama.

Miré de soslayo a la muchacha, indicándole el aparato con la mano. Lo puse en funcionamiento y nuestras voces, la de Mac Intosh y la mía, se reprodujeron en el diálogo de la noche anterior.

—Aquí tiene —dije— la prueba de la concomitancia de Redfax con los gangsters.

Ruth estaba palidísima y casi ni alentaba. Tenía ambas manos puestas sobre su pecho, como si tratara de contener los latidos de su corazón.

—¡Dios mío! —musitó con voz apenas perceptible.

Desconecté la grabadora. La tomé con ambas manos, disponiéndome a llevarla a casa. No había más cintas grabadas en la estancia; era seguro que cada vez que se concluía una de ellas, Redfax la enviaba a su destino para que su jefe escuchase lo que se había hablado en el despacho del millonario. Sin embargo, para lo que yo la quería, con la conversación de la noche precedente tenía más que suficiente.

En el momento en que me disponía a volverme, Ruth exhaló un pequeño grito de susto. Su grito coincidió con una seca intimación:

—¡Deje ese aparato o lo abraso!

CAPÍTULO XXV

Estaba vuelto de espaldas a la puerta, de modo que para mirar hacia atrás tenía que escorzar la cabeza. Aun así, sólo pude ver con el rabillo del ojo, aunque fue bastante para advertir a Redfax detrás de un revólver «Smith & Wesson» del treinta y ocho, de cañón corto, pero indudablemente eficaz a tan corta distancia.

—Deje ese aparato, maldito detective —dijo Redfax.

Ruth dio un paso hacia adelante. Estaba indignada, y su seno latía tumultuosamente.

—¡Redfax! ¿Cómo es posible que usted nos haga tal cosa? ¿Es que no se da cuenta del delito que está cometiendo?

—Con usted no va nada, señorita —gruñó el forajido—. Únicamente este maldito pesquisante que...

Redfax no pudo continuar hablando. Todavía no había soltado la grabadora y aproveché la momentánea distracción que le habían causado las palabras de la muchacha para lanzársela a la cara.

El tipo vio venir el artefacto y ladeó el cuerpo, aunque no fue lo suficientemente rápido para esquivarlo del todo. La grabadora le golpeó en el hombro izquierdo, haciéndole perder, la estabilidad. El revólver se le escapó de su mano, al tratar de buscar un asidero de forma instintiva.

No le dejé reaccionar. Salté hacia adelante, cayendo sobre él en el momento en que se inclinaba para recuperar el revólver. La punta de mi zapato derecho le golpeó en la mandíbula. Redfax fue proyectado a un lado con terrorífica violencia y ya no se movió más.

Recuperé el arma. Luego, por encima del hombro, dije:

—Ruth, tráigame un poco de agua.

Mientras lo hacía la muchacha, agarré al tipo por los brazos y lo hice sentarse en el sofá. Ruth regresó con una jarra de agua que arrojé al rostro de mi prisionero. Después le di unas cuantas bofetadas hasta que empezó a reaccionar.

Aguardamos unos momentos a que el rufián hubiese recobrado por completo el conocimiento. Mientras volvía en sí, dije:

—Será mejor que se marche, Ruth. Dentro de unos momentos voy a interrogar a Redfax y usted quizá no podrá soportar algunas escenas.

Se estremeció, pero se mantuvo en el mismo sitio.

Redfax abrió al fin los ojos. Tardó unos segundos en comprender lo que le había sucedido, pero cuando la conciencia hubo vuelto a su cerebro, lanzó un bramido y quiso ponerse en pie de un salto.

Estaba ya, sin embargo, en desventaja conmigo. Le sacudí un golpe en el plexo que le vació los pulmones de aire, dejándole sin aliento y boqueando de modo

angustioso.

—No trates de hacer nada —le dije duramente—. Durante mucho tiempo has estado espionando por cuenta de otro todo lo que sucedía en el despacho del señor Mac Intosh. Incluso no me sorprendería en absoluto que la derivación de su teléfono viniese a parar aquí, pero esto es cosa que averiguaremos más tarde. Entretanto, quiero saber quién es ese otro que te pagaba por hacer de soplón.

Redfax trató de hacer una mueca de desdén.

—¿Piensa que voy a decírselo, maldito bastardo?

Con tipos como aquél no es posible andarse con demasiadas contemplaciones. Levanté el brazo y le golpeé con fuerza en la boca. Lo malo para Redfax fue que me había olvidado de que tenía el revólver en la mano.

El rufián lanzó un sonoro aullido al sentir el porrazo. Sus labios empezaron a arrojar sangre de inmediato.

Ruth lanzó un gemido y volvió la espalda.

—Ya le dije —exclamé con dureza— que lo que iba a ocurrir aquí no era apto para tiernas doncellas. Vamos, tú —me dirigí al forajido—. Habla de una vez.

Redfax se limpió los labios con un pañuelo. Sus ojos me miraron con odio infinito. Más, no parecía muy dispuesto a soltar lo que sabía.

Una vez más levanté la mano. Sin embargo, ya no tuve necesidad de repetir el golpe. Redfax se abatió por completo y extendió sus brazos en actitud suplicante.

—¡No! ¡Por favor, no me pegue más! Le diré todo lo que sé, pero no vuelva a pegarme.

—Está bien —gruñí—. Suéltalo ya.

La voz de Redfax resultaba un tanto deformada a causa del pañuelo con el que trataba de contener la hemorragia de sus labios. Aun así, podía entenderse fácilmente.

—Fue... un individuo el que vino aquí y me propuso... bueno, usted ya lo ha visto. Me dijo cómo tenía que hacerlo y, aprovechando que muchas noches suelo dar un paseo por el parque para vigilar la casa, instalé el cable. El mismo hombre me dio el libro con, el micrófono dentro y luego me indicó la forma de utilizar la grabadora.

—Te pagó algo, claro.

—Sí. Dijo que me daría mil dólares. Pero sólo me entregó trescientos a cuenta.

—¡Qué tío tan roñoso! ¿Y por trescientos dólares te has comprometido de tal manera, pedazo de estúpido? ¿Es que te pagaban mal aquí?

—Verá, señor Stirling, es que...

De repente, estiré las manos y lo cogí por las solapas del traje, zarandeándolo con fuerza.

—Estúpido —dije—. ¿Piensas que soy tonto de nacimiento para tragarme esa fábula? Un señor viene, te promete mil dólares y tú instalas un completo sistema de espionaje contra el señor Mac Intosh, sin preocuparte de más. ¿Y el revólver? ¿También te lo dieron graciosamente? ¿Te enseñó también aquel tipo a decir «suelte

ese cacharro o lo abraso»?

Redfax se puso lívido. Sujetándolo con una mano, le di un par de guantadas que restallaron como latigazos.

El tipo gimió y se retorció, tratando de evadirse de mis garras. Pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

—Basta. Basta ya —lloriqueó—. Déjeme.

—¿Quién te pagó?

Redfax tomó aire, abriendo y cerrando la boca convulsivamente.

—Corsack —dijo al cabo.

—Pertenece a su banda, ¿verdad?

El forajido asintió con la cabeza.

—¿Quién es el que da las órdenes a Corsack?

—No... no lo sé. Yo siempre he tratado con él. Créamelo, se lo aseguro.

Volví los ojos hacia Ruth.

—Ya no conseguiremos sacarle más. Tendríamos que ver a Corsack personalmente para obtener lo que deseamos y Corsack es un tipo que, por lo que a mí se refiere, sólo quiere verme delante del cañón de su revólver.

—¿Qué va a hacer entonces, Lance?

Miré al rufián, que se hallaba tirado sobre el diván, completamente abatido. Pensé durante unos momentos.

—Lo dejaremos libre —resolví al cabo—. Llamar a la policía no nos serviría de otra cosa que de molestias y nos obligaría, además, a tener que contestar a una serie de preguntas incómodas, a las cuales no conviene responder por el momento. Que se vaya; es la mejor forma de hacer que Corsack se entere de que nosotros no estamos tampoco dormidos.

Ruth aprobó mi actitud. Entonces, agarré al fulano por el cuello de su traje y lo lancé fuera, al mismo tiempo que le aplicaba la punta de mi zapato al final de su espalda.

—¡Largo, bergante!

Redfax vaciló y estuvo a punto de caer. Una vez fuera del pabelloncito, se volvió y agitó el puño en ademán amenazador. Después echó a correr.

Recogí la grabadora. Miré a Ruth.

—Temo que deberán buscarse un nuevo guarda para la entrada —dije, sonriendo. Ella sonrió también.

—Eso es lo de menos, Lance. Lo importante es que ese hombre nos ha estado espionando durante todo este tiempo. Y pensar que le creíamos de una fidelidad a toda prueba.

—¿Quién es fiel en estos tiempos? —declaré con alacridad, tomándola por un brazo. Ella no se resistió, y echamos a andar hacia la casa—. A mí no me gustó nunca, la verdad.

Unos minutos más tarde, penetrábamos en el edificio. Entonces me di cuenta de

una cosa.

—Georgia tarda demasiado —mascullé, después de una rápida consulta al reloj.

—¿Tan impaciente se siente usted por su secretaria? —preguntó ella con cierto retintín, mientras servía un par de copas. Me entregó una, mirándome con aire retador.

—No es impaciencia —respondí, haciendo caso omiso de la insinuación—. Se trata simplemente de que tengo muchas cosas que hacer y en estos momentos no estoy presentable, ni mucho menos. Eso es todo.

—Puedo dejarle ropa de mi padre, si tanto le interesa. Todavía conserva buena parte de su silueta de antaño —añadió con cierto orgullo.

—Esperaremos un poco a que venga Georgia —dije, tomando un sorbo de licor. Casi en el mismo momento, sonó el teléfono.

Ruth caminó hacia el aparato, levantándolo de la horquilla.

—Sí, casa del señor Mac Intosh —oí que decía, vuelta cortésmente hacia la ventana y contemplando el gris panorama que ofrecía el cielo encapotado. De pronto, Ruth me llamó—: ¡Lance!

Giré sobre los talones. La muchacha me tendía el aparato.

—Es para usted —dijo.

Levanté las cejas, un tanto intrigado. ¿Quién podía llamarme a semejante lugar? Como no fuera Touthita, porque suponía a Georgia en camino...

Pero no, no era el nipoamericano, sino otra persona muy distinta y de la cual tenía conocimiento de su existencia por las fechorías que había cometido.

—Señor Stirling.

—Yo mismo —contesté.

Entonces, el desconocido me dijo algo. Debí turbarme visiblemente, porque Ruth lo advirtió y se me acercó temerosa, aguardando a que colgara el teléfono, cosa que hice casi de inmediato.

La mano de la muchacha se crispó sobre mi brazo.

—Lance, ¿qué sucede? ¿Es algo grave?

Volví el rostro hacia ella.

—Kan raptado a Georgia y anuncian que la matarán si no abandono —declaré con énfasis dramático que no tenía nada de fingido.

CAPÍTULO XXVI

La cara de Ruth se tornó repentinamente del color de la ceniza.

—No puede ser —declaró en voz baja.

—Esos canallas son capaces de todo —dije, cerrando los puños—. Cumplirán su promesa si no les digo que renuncio a trabajar para ustedes.

—¿Y cómo sabrán que usted va a hacer eso? —preguntó la muchacha.

—Llamarán aquí dentro de veinticuatro horas exactas. Entonces tendré que contestar yo en persona de un modo afirmativo o negativo.

—Llame a la policía, Lance —exclamó Ruth impulsivamente—. Denuncie el secuestro...

—Imposible. En primer lugar, los bandidos han prevenido esta contingencia. Cualquier intento de_ rescatar a Georgia que no sea de la manera anunciada traerá como consecuencia la muerte de la misma. Y en segundo, está su padre. No podemos revelar sus secretos; hemos de guardarlos celosamente para no dar lugar al escándalo, ¿me comprende?

—Pero ¡es que se trata de la vida de una persona, Lance! ¡Es su secretaria, recuérdelo!

Tomé el rostro de Ruth con ambas manos. Ella me miró intensamente y me di cuenta de que su rotundo seno palpitaba con ritmo acelerado.

—Es usted muy buena, muchacha —dije—, y sólo por eso merecería que...

—¿Qué, Lance? Siga, no se interrumpa —exclamó Ruth anhelosamente.

La besé suavemente en los labios.

—Un Príncipe Azul, eso es lo que se merecería —dije.

Una expresión de desencanto apareció en la faz de la muchacha.

—Quiere usted mucho a Georgia, ¿verdad? —murmuró.

—No puedo decírselo, Ruth. Cualquier respuesta en un sentido o en otro, carecería de validez, dadas las circunstancias del momento. Es mi secretaria, hábil, competente, bonita... y la aprecio mucho, pero no puedo decir nada más. Créame, le digo la verdad.

Ella pareció respirar aliviada.

—Hemos de hacer todos los posibles por rescatarla, Lance. Dígame en qué puedo ayudarle.

—Solamente en una cosa: présteme su coche. He de ir a la ciudad cuanto antes y...

—Tiene aquí todavía el que trajo anoche, ¿no lo recuerda?

—Es verdad —murmuré—. Bueno, entonces tendrá que dispensarme —y me dirigí a grandes zancadas hacia la salida. Ella corrió ansiosamente a mi lado.

—Lance, deje que yo le acompañe —suplicó.

—Ni hablar. Lo que ha visto antes en el pabellón va a ser una fruslería comparada con lo que va a suceder ahora. Además, podría ocurrirle algo y no podría perdonármelo nunca.

Atravesamos el vestíbulo. Hube de esperar unos momentos a que Cara de Palo me trajera el coche del garaje, cosa que hizo ofendidísimo al parecer por haber tenido que posar sus asentaderas en un coche de alquiler. Me senté tras el volante y miré fijamente a la muchacha.

—Dentro de veinticuatro horas habré dicho Víctor o...

El resto de mi frase se perdió tras el rugido del motor. Pero estoy seguro de que Ruth la entendió perfectamente.

Lo primero que hice fue dirigirme hacia mi casa, en donde, después de llamar a Toughita y ordenarle que viniera, me cambié de ropa rápidamente, tras una buena ducha. Acto seguido, empecé a revisar el armamento.

Dejé a un lado el treinta y ocho que le había cogido a Redfax y repasé minuciosamente mi automática. Después abrí la cartera de que había despojado a los bandidos, examinando con suma atención la metralleta que contenía. Era una «Sten» inglesa, de culatín replegable, como las que se lanzaban a los maquisards franceses en la época de la resistencia. Un arma liviana, sencilla, tan fácil de llevar como de manejar y capaz de soltar una terrible andanada de tiros en pocos segundos.

Toughita no se hizo mucho de rogar. Vino enseguida. Cuando le comuniqué la noticia del secuestro de Georgia, se puso pálido. Era la primera vez que le veía inmutarse en todo el tiempo que llevábamos trabajando juntos.

—Bien, ¿qué es lo que piensa hacer usted, jefe? —preguntó con voz inexpresiva.

Se lo dije. Toughita escuchó atentamente mientras yo hablaba, y al terminar, sin añadir una sola palabra, salió de la casa, dirigiéndose a cumplimentar el encargo que le había encomendado.

Yo salí unos minutos más tarde, cuando lo hube dispuesto todo. Estaba convencido de que íbamos a jugar la última baza, y que sólo el que tuviese las cartas más fuertes podría llevarse el plato con el dinero. En la mano izquierda llevaba el consolador peso de la cartera con la «Sten» dentro, más un par de granadas de mano que un viejo amigo mío me había regalado como recuerdo de sus andanzas en Inchon, Corea. Confié en que los explosivos no se hubieran estropeado; si seguían en buen estado, sería muy posible que alguien tuviera que lamentarlo.

Bajé a la calle completamente prevenido. Crucé la acera, deteniéndome en el bordillo, con ánimo de llamar un taxi, pues Toughita se había llevado el coche que habíamos alquilado. Entonces, antes de que pudiera conseguir mi propósito, vi venir un automóvil hacia mí, desviándose de la corriente del tránsito.

El vehículo se detuvo frente a mí. Una voz salió de su interior.

—¡Lance! ¿Dónde tiene los ojos que ya no reconoce a las amistades?

Hube de inclinarme, ya que el interior del vehículo quedaba más bajo y el techo me impedía la visión. Me asombró sobremanera ver a Daisy al volante de un

automóvil que no era su característico «Lancia».

Pasé a su lado. Ella me sonrió afectuosamente. Realmente, la encontré maravillosa. Georgia y Ruth eran bellas, pero la hermosura de Daisy era algo muy distinto, atractivo y subyugador a un tiempo, aunque con el rostro de un ángel malo.

—¿Qué hace ahí parado? —preguntó ella, extrañada.

—Buscaba un taxi. Mi ayudante se llevó el coche.

—Puedo llevarle en el mío a donde quiera. ¿Qué dirección lleva usted?

—Voy al First National Bank. Tengo que extraer dinero de la cuenta.

Mientras conducía, Daisy frunció el ceño.

—¿Qué le sucede? —preguntó con voz tensa—. Si se trata de algo económico, dígamelo sin rebozos. Creo haberle expresado en una ocasión anterior mis deseos de contribuir con mis modestos medios a aliviar las preocupaciones de Greg.

—Se lo agradezco sinceramente —respondí—. Por ahora, sin embargo, no es necesario, créame. —Y, para variar de conversación, pregunté—: Éste no es su coche, Daisy. ¿Qué le ha sucedido al «Lancia»?

Ella hizo un mohín de disgusto.

—Un borracho estúpido me estropeó ayer un guardafangos. Está en el mecánico y por ello he tenido que recurrir a que mi hermano Dan me prestase el suyo.

—Ah —contesté. Luego no sé de qué hablamos; todos mis pensamientos estaban concentrados en el modo de salvar a Georgia.

Daisy me dejó unos minutos más tarde en la puerta del Banco. Me despedí de ella y sólo fue al apearme del coche que advertí una cosa: el coche que usaba era un «Packard Hawk» cincuenta y ocho.

Estuve mirando el vehículo en tanto lo veía alejarse de mí. La coincidencia me pareció curiosa. Y, de pronto, recordé algo en lo que sólo me había fijado de una manera automática, maquinal, en tanto me hallaba sentado al costado de la morena. Los pensamientos que embargaban mi atención habían hecho que ésta resbalase sobre aquel detalle, que ahora, captado por mi subconsciente, estallaba en mi cerebro con devastador fogonazo.

Sobre el tablero de mandos del vehículo había una medalla de San Cristóbal de una construcción un poco rara, tanto que, como Georgia dijera acertadamente en una ocasión, apenas si había dos iguales en la ciudad.

Luego, el coche que Daisy manejaba era el mío.

Pero ¿por qué?

CAPÍTULO XXVII

Después del Banco, me dirigí a ver a uno de los antiguos compinches de Mac Intosh. Estuve hablando con él poco rato y lo que me dijo resultó altamente substancioso. Era algo que siempre había sospechado y que esperaba poder confirmar, aunque prácticamente, tenía la seguridad de ello. El autor de la confianza fue Seth Spalf, agradecido a la protección que le había brindado.

A continuación tomé un taxi, que me condujo a los alrededores del Club Náutico. Toughita ya me esperaba allí prevenido, con la embarcación que le había ordenado alquilar. Era una canoa provista de dos «Evinrude» gemelos, de cincuenta caballos, capaz de alcanzar las cuarenta millas a la hora a poco calmado que estuviese el mar.

El dinero me sirvió para pagar al propietario, pues no quería dejar rastros comprometedores a mis espaldas. Una vez hubimos concluido la operación, pasamos a bordo de la lancha.

Los motores tenían control remoto desde el pequeño puente de la embarcación, lo mismo que el timón. Toughita los puso en marcha y yo me hice cargo del rumbo.

Salimos del puerto a una velocidad moderada, alejándonos de la costa hasta una distancia de dos o trescientos metros. Después viré noventa grados a estribor y mantuve una velocidad de dieciséis nudos durante un cuarto, o casi una hora, hasta alcanzar mi objetivo.

Entonces cedí el timón a mi ayudante y yo tomé los prismáticos que Toughita había adquirido junto con la lancha. Mientras ésta se deslizaba paralelamente a la costa, ahora a menos de la mitad de la distancia anteriormente citada, navegando a cinco nudos escasamente, me dediqué a explorar los acantilados con la ayuda de los prismáticos.

Tardé un buen rato en encontrar lo que deseaba. Al fin hallé la pequeña caleta desde la cual había salido a la luz del día, una vez recorrido el túnel por donde había podido escapar apenas unas horas antes. Estaba derrengado y casi exhausto, pero el nerviosismo me mantenía en pie con eficacia.

Tomé buena nota de aquella boca de salida. Sin embargo, aquello no era todo lo que yo buscaba. Recordaba perfectamente que, mientras había permanecido suspendido de la cuerda sobre el pozo, había percibido con toda claridad los golpes del mar sobre la parte inferior del mismo. Esto quería decir que el pozo comunicaba con el mar y yo quería hallar esa comunicación.

—Mantenga la canoa lo más cerca posible de la costa, Toughita —dije—. Sin embargo, tenga cuidado con los embates del mar, no nos vaya a lanzar de modo imprevisto contra las rocas.

La mar estaba pesada y se agitaba lentamente. Las espumas de las olas lucían grises, plomizas, sin brillo alguno, y las aguas parecían haber perdido su

transparencia habitual. Era un Océano Pacífico desconocido, lúgubre y siniestro, sobre el cual estábamos navegando.

Un elevado farallón, que se adentraba en las aguas como la proa de un gran navío, nos salió al paso. Touthita viró ligeramente a babor para evitar el posible choque con los escollos que asomaban al pie del mismo. Casi a continuación, otro promontorio similar asomó sus rocosas aristas a muy corta distancia.

Los dos farallones estaban muy juntos, ya que apenas habría una anchura máxima entre ambos de unos treinta o cuarenta metros. Su altura era de unos cincuenta y su profundidad de unos veinticinco. Las olas penetraban con relativa fuerza en el interior de aquella angosta caleta, estrellándose contra los muros del fondo, en el cual no me extrañó en absoluto ver la entrada de una cueva.

Sin embargo, no me pude parar en muchos detalles. Apenas hubimos rebasado el primero de los promontorios, una canoa salió a nuestro encuentro, navegando de forma tan veloz que toda la proa, incluso la roda, se le salía fuera del agua.

Por un momento nos quedamos atónitos. La canoa era del tipo crucero, bastante mayor que la nuestra, impulsada seguramente por un «Diésel» de gran potencia. No se veía a nadie en su interior, excepto un poco de la cabeza de un timonel dirigiendo la embarcación desde el puente.

La canoa se nos echó encima a treinta nudos a la hora. Su motor producía un ronquido ensordecedor que dominaba por completo el estruendo de las olas al batir la base de los acantilados.

En un instante comprendí el peligro que nos amenazaba. Si aquella canoa nos alcanzaba con su afilada proa, abriría un boquete en la nuestra que produciría su seguro hundimiento, con las consecuencias que son fáciles de prever. Era cuestión de obrar uniendo el pensamiento a la acción, pero Touthita no era tipo que se dejase sorprender tan fácilmente.

Touthita metió toda la caña a babor, haciendo girar nuestra canoa en un espacio inverosímil por lo reducido. La maniobra fue realizada con grandísima oportunidad, pues un segundo después el crucero pasaba por nuestro lado, rozándose casi las bordas de ambas embarcaciones.

Levanté el puño airadamente, maldiciendo con lo más escogido de mi repertorio a un piloto tan descuidado. Los ojos del timonel nos contemplaron un instante por encima de su borda.

Un segundo después, algo brilló en una de las lucernas inferiores de la otra canoa. Apenas pude oír el estampido de la pistola, pero percibí en cambio con toda claridad el chasquido de la bala al hundirse en la madera, a escasos centímetros de mi cabeza.

Me agaché instintivamente, al mismo tiempo que lanzaba un juramento.

—¡Condenación! ¡Nos están tirando!

Touthita dio gas a fondo. La lancha pareció saltar sobre las olas, en tanto que viraba nuevamente hacia estribor, adquiriendo una derrota paralela a la costa.

—¡Cuidado con los escollos! —grité.

Acto seguido volví la cabeza hacia atrás. La sangre se me heló en las venas.

Había un individuo en la popa del crucero, provisto de una «Thompson». Esto acabó de confirmar mis sospechas.

—¡A1 suelo, Toushita! —grité. El nipoamericano no se hizo mucho de rogar.

Las balas salidas de la metralleta silbaron en torno nuestro, rebotando agudísimamente contra los metales del pequeño puente o levantando largas astillas de la estructura de madera. El tiroteo cesó tan repentinamente como había empezado.

Volví la cabeza de nuevo. La otra lancha estaba virando en redondo, seguramente para lanzarse sobre nuestra estela. Nos alcanzaría fácilmente; al menos rebasaba nuestra velocidad en una docena de nudos.

Naturalmente, estas maniobras no podían hacerse en unos segundos. Se requería algo más de tiempo y, por otra parte, el crucero también bailaba lo suyo en aquel mar, lo cual impedía fijar la puntería de nuestros enemigos. En cierto modo, era de admirar su previsión; sabiendo que había conseguido escaparme, habían estado vigilando la entrada al pozo para impedirme el acceso.

El crucero terminó su virada y entonces su piloto lo impulsó hacia adelante a toda velocidad. Tratar de escapar era inútil; finalmente, seríamos alcanzados sin ningún provecho.

—Bueno —dije, inspirando fuertemente— creo que ha llegado la hora de jugársela, Toushita.

—¿Sí, jefe?

—Vamos a ver si sabe hacer lo que le diga. Reduzca un poco la marcha, como si se encontrara en dificultades con los motores.

—Conforme.

Toushita obedeció sin decir una sola palabra. Su sangre fría era admirable. En cambio, yo estaba con los nervios a flor de piel.

—Cuando yo se lo diga, meta toda la caña a estribor, al mismo tiempo que dará el máximo de gas. Siga luego recto hacia los acantilados y en el último momento, se desvía hacia la izquierda. ¿Comprendido?

—Okay, jefe —contestó el nipoamericano sin inmutarse. Tumbado como estaba, podía, aunque dificultosamente, manejar el timón estirando los brazos.

En cuanto a mí, lo que hice fue volverme, quedándome boca abajo en el suelo del puente, con los ojos fijos en el crucero que avanzaba raudamente hacia nosotros, levantando con su afilada roda una enorme franja de espuma. El volumen de los bramidos de su motor crecía por segundos.

En dos o tres ocasiones dispararon contra nosotros, pero las embarcaciones saltaban demasiado, sobre las olas para poder obtener una buena puntería. Pronto, sin embargo, advertí que la proximidad de ambas embarcaciones permitiría suplir la fijeza del tiro con la intensidad del fuego.

—Reduzca gas —ordené. La marcha de la canoa bajó a unos quince nudos. La otra se nos echaba encima con la velocidad de un expreso transcontinental—. Siga así

y no se desvíe, Toughita.

El crucero pareció echársenos encima. Sobre la borda del puente vi un par de individuos armados con pistolas. La «Thompson» asomaba por la borda de estribor.

A pesar de que la distancia había disminuido considerablemente, pude comprobar con asombro que el tiroteo no se había reanudado. Pensé que, probablemente, aquellos primeros disparos habían sido efectuados simplemente como medio intimidatorio para detenernos. Y ahora, al ver que nuestra marcha se había reducido tan considerablemente, debían pensar que ya habían conseguido su objetivo.

Uno de los forajidos que estaban en el puente se dejó ver un poco más. Reconocí a Spiro, el compinche de «El Granitos». Spiro sonreía cínicamente, en tanto nos encañonaba con su automática.

Las dos embarcaciones se aparejaron, quedando la una muy cerca de la otra. El crucero redujo también su velocidad. Entonces, antes de que pudieran percatarse de mis intenciones, me puse de rodillas.

Ya tenía las granadas en la mano. La primera voló hacia el puente. La segunda fue dirigida contra el tipo de la «Thompson». Ambas alcanzaron su objetivo.

—¡Ahora! —grité.

Toughita se comportó exactamente como le había ordenado. Metió todo el gas, al mismo tiempo que hacía virar a la lancha en ángulo recto. En el puente del crucero oí gritos y blasfemias.

Los gritos fueron acallados prestamente por el brutal estallido de las granadas. Dos enormes fogonazos subieron a lo alto, acompañados de una nube de humo negro y un torbellino de astillas. El crucero se tambaleó como si un gigante le hubiera golpeado con los puños.

Uno de los tipos del puente se dobló súbitamente sobre la borda del mismo y el otro desapareció. En cuanto al de la «Thompson», no había encontrado medio mejor de evadirse a los efectos de la explosión que zambullirse de cabeza en el agua, olvidándose de todo en sus prisas.

Nuestra canoa rugió al mismo tiempo que se alejaba a toda velocidad del maltratado crucero, cuya superestructura empezaba a arrojar un humo negro y espeso. De pronto lo vi escorar a estribor y comprendí que el estallido de la segunda granada debía haberle causado una importante vía de agua.

Entonces consideré oportuno rectificar mis primeras órdenes.

—Toughita, vire en redondo.

La canoa refrenó un poco su marcha, en tanto que empezaba a dar la vuelta. Me puse en pie, empuñando la «Sten» por si la necesitaba, pero pronto pude comprender que podía volverla a la cartera con toda tranquilidad.

Un punto negro flotaba sobre las olas. Era el pandillero de la metralleta, que braceaba desesperadamente. Seguramente, era la primera vez que se vía en una situación semejante. Pienso que se hubiera desenvuelto mucho mejor si en lugar de agua en el Pacífico hubiera habido alcohol.

—Acérquese a él, Toushita —dije, inclinado sobre la borda. El crucero estaba cada vez más escorado.

Nuestra lancha se acercó al forajido. Pronto pude echarle una mano para subir. El hombre estaba tan aterrorizado que no intentó resistirse tan siquiera cuando empecé a registrarle, despojándole de un treinta y ocho, una navaja de muelle y unos nudillos de hierro; un arsenal completo, vamos. Las armas fueron a parar al mar.

Toushita manejó el timón de modo que pudiéramos ver lo que había en la otra embarcación. La misma escora del crucero nos permitió ver algo que no tenía nada de agradable.

El que había actuado de timonel estaba doblado, como ya he dicho, sobre la borda del puente. Debió morir instantáneamente como consecuencia de la explosión. Spiro estaba sentado cerca de él, con el vientre y el pecho completamente destrozados por el estallido. Un pedazo de carne le colgaba de uno de los lados de la cara, arrancado sin duda por algún casco de metralla. Era increíble, pero aún vivía, y nos miró con ojos turbios y ya velados por la proximidad de la muerte.

—Vámonos ya, Toushita —dije, sintiendo náuseas.

Mi ayudante obedeció y viró en redondo. Casi en el acto, la popa del crucero se sumergió bajo las aguas. Los dos cadáveres rodaron hasta hundirse en el mar con trágico chasquido. El crucero se empinó de proa, estremeciéndose como un animal herido de muerte. Luego, poco a poco, se fue al fondo en medio de un sordo gorgoteo de espumas.

Cuando llegamos frente a la caleta que daba acceso a la cueva, ya no se veía el menor rastro de la lancha de los forajidos. Y en cuanto al que habíamos tomado prisionero, se hallaba en el fondo de la nuestra, sólidamente atado y amordazado, con el fin de que no pudiera hacer nada contra nosotros.

Toushita manejó hábilmente la embarcación, llevándola poco a poco hasta la entrada de la cueva. Yo iba en la proa con un cabo de amarre en las manos y en cuanto la quilla rascó el fondo, salté a tierra, hundiéndome en el agua hasta las rodillas. Até la cuerda a un saliente rocoso y luego, para mayor precaución, eché el ancla de popa. Hecho esto, recobré la cartera y juntos, Toushita y yo, nos dirigimos a la entrada de la cueva.

Toushita era portador de una antorcha eléctrica con la cual alumbró el camino. Durante unos momentos, pocos, caminamos por el interior de la cueva, sufriendo de vez en cuando los embates del mar. De pronto, la lámpara alumbró un rostro cuyos ojos me miraban de un modo fijo, hipnótico. Me estremecí.

Los bandidos no se habían molestado siquiera en recoger el cuerpo de Hadoe, dejándolo en el mismo sitio donde cayera. De vez en cuando, una ola penetraba y le hacía mover los brazos, lo cual causaba un efecto macabro. Al alumbrarle con la antorcha, un par de cangrejos salieron corriendo por detrás de su cabeza y se escondieron en una anfractuosidad de las rocas.

Calculé que la boca del pozo ya no podía estar demasiado lejos y, en efecto, así

resultó. Una docena de metros más adelante, la luz de la lámpara nos alumbró algo que parecía la entrada de una chimenea y de la cual salía, yendo a quedar sujeta al suelo, una escala de gato como las que se usan en la marina.

Me froté la mandíbula, en tanto miraba a Touthita. Éste me devolvió la mirada.

—Corremos el riesgo de que alguien corte la escala y nos matemos —dije.

—Cuando antes empezemos a subir, antes habremos llegado arriba —contestó fríamente el nipoamericano.

Asentí con un gesto de cabeza. Con un trozo de cuerda que había traído, me colgué la cantera del cuello y, poniendo la mano en uno de los peldaños, empecé a subir. Touthita me siguió instantes más tarde.

Ascendimos en silencio, con la antorcha apagada. La luz que penetraba por abajo era suficiente para iluminarnos el camino y pronto nos hallamos en la cueva donde tantas horas amargas pasara yo durante la noche anterior.

Una vez arriba y para evitar incidentes enojosos, cortamos la cuerda que sujetaba la escala. Ésta cayó golpeando contra las paredes. Después nos dirigimos hacia la puerta, que franqueamos momentos después, usando una de las ganzúas que habíamos traído.

Saqué la metralleta de la cartera y la armé, disponiéndola para cualquier evento. Touthita iba a mi lado, alumbrando el camino con la antorcha.

Esta vez caminé muy lentamente, fijándome en los menores detalles del túnel. Unos minutos más tarde, pude advertir una desviación lateral que se curvaba hacia la izquierda. Me detuve y emití un suspiro de alivio.

Ahora comprendía por qué había ido a parar al mar por la mañana. Puesto que no había querido arriesgarme a gastar demasiados fósforos, había tenido que recorrer algunos de los trechos del túnel a oscuras, y en una de estas ocasiones fue cuando pasé de largo por la desviación que ahora teníamos frente a nosotros. Efectivamente, la luz de la lámpara nos alumbró desde allí mismo la continuación del túnel que me había llevado a salir a la otra caleta, entre la casa de Mac Intosh y la de Kreiger.

Echamos a andar, por el túnel de la izquierda, el cual se inclinaba muy acentuadamente hacia arriba. Treinta metros más adelante, topamos con una escalera excavada en la roca viva, al final de la cual se veía la madera de una trampa que cerraba la salida.

Touthita y yo nos miramos en silencio. El nipoamericano subió los escalones y tanteó la trampa con las manos, en tanto yo le alumbraba con la linterna. De repente, sonó un chasquido y la trampa empezó a girar hacia arriba.

—Cuidado —dije en voz baja—. Apártese a un lado.

Subí rápidamente las escaleras y asomé la cabeza con precaución, encontrándome en una habitación sombría y desprovista de muebles. Por el momento no parecía advertirse allí la presencia de ningún ser humano, de modo que me arriesgué a salir sin sufrir el menor contratiempo. Ya no nos hacía falta la linterna, que Touthita apagó, trocándola por una pistola del calibre cuarenta y cinco.

Recorrimos la habitación en toda su anchura, llegando hasta una puerta situada al otro lado. Escuchamos en silencio, sin poder oír nada sospechoso. Sentí que el corazón me latía violentamente. Acababa de recordar el diálogo sostenido con Ruth acerca de Georgia y me pregunté sinceramente cuáles eran mis sentimientos acerca de la pelirroja. Si de verdad resultaba que estaba enamorado de ella y conseguía salvar —la— no sin antes haber salido del maldito embrollo, claro está —ella se empeñaría en demostrarme su agradecimiento casándose conmigo. Y éste sí que era un riesgo mayor, ya lo creo.

Abrimos la puerta con infinito cuidado. No me sorprendió nada hallarme en el interior de la mansión de Kreiger. En realidad, lo había estado esperando desde que descubrimos la boca de la cueva.

Pasamos a un dormitorio decorado con muy buen gusto; se había combinado lo antiguo con lo moderno. Al pie de un enorme lecho con dosel de cortinas, sostenido por cuatro gruesas columnas salomónicas, había una mujer tendida en el suelo, enseñando unas piernas maravillosas y un hombro de una blancura nívea.

Corrí hacia ella, arrodillándome a su lado. No era Georgia, sino Daisy.

CAPÍTULO XXVIII

Daisy me miró con ojos turbios. Toushita buscó licor, que trajo, unos sorbos del cual la reanimaron notablemente. Cogiéndola en brazos, la deposité en el lecho, esperando a que se sintiera mejor para interrogarla.

—¡Oh! —exclamó ella de pronto—. ¡Mi hermano!

—¿Qué le sucede a su hermano, Daisy? —pregunté.

Se tapó los ojos con las manos, como si quisiera evitar alguna visión de pesadilla.

—Nunca lo hubiera creído —gimió—. Mi hermano, jefe de una banda de ladrones y asesinos... Es horrible, horrible...

—¿Dónde está, Daisy? Dígamelo, pronto. Es vital para mí —exclamé, muy nervioso. Georgia tendría que estar junto a Kreiger y el barbudo, si se veía acorralado, sería capaz de hacer cualquier barbaridad con la pelirroja.

—No lo sé —gimió. Su cuerpo se estremeció en un espasmo de dolor—. Se marchó de aquí... con Gonzalo y dos individuos más, unos tipos verdaderamente repelentes. ¡Qué horror, Dios mío, qué horror!

Miré a Toushita.

—Trae más licor —murmuré.

Mi ayudante me entregó una copa. Pasé una mano por detrás de los hombros de la joven y la incorporé suavemente, obligándola a beber otro sorbo de *whisky*. Daisy tosió y su rostro adquirió un poco de color.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Oh, Lance, Lance —exclamó—. ¿Qué será ahora de mí? Dan ha resultado ser un forajido... Greg ya no querrá ni mirarme a la cara... y te amo tanto...

—No debe preocuparse por ello —contesté—. El señor Mac Intosh sabrá ser comprensivo y verá que usted no tiene la menor culpa en las fechorías que haya podido cometer su hermano. Cuénteme, ¿qué le ha sucedido?

Daisy volvió a estremecerse.

—Deme un poco más... de licor —pidió. Cuando lo hubo tomado, habló—: No... no lo sé con exactitud. Vinieron aquí unos hombres de muy mal aspecto, que se encerraron en una habitación con mi hermano. Traían con ellos a su secretaria y, por el momento, la cosa no me extrañó mucho. Luego supe que la habían secuestrado porque la oí gritar...

Entonces quise intervenir cerca de Dan en favor de la pobre chica. Pero mi hermano estaba furiosísimo. Dijo que había un entrometido que buscaba su perdición y que aquél era el único medio para reducirle a la inmovilidad. Le argüí que si seguía adelante perdería a Greg, pero Dan se echó a reír. Oh, era la suya una risa horrible, espeluznante, Lance, créame. Parecía como si se hubiera vuelto loco. Dijo que dentro de poco tendría todo el dinero que quisiese y que entonces podría enviar al infierno

—así, textualmente— a Greg y casarme, si lo deseaba, con un hombre joven y arrogante, en lugar de hacerlo con una ruina física... Le respondí que nada de eso me importaba...

—Al grano, al grano —la interrumpí, temiendo que me hiciese un completo relato de sus desdichas familiares—. ¿Qué hicieron después?

—Dan envió a tres de aquellos tipos abajo, ordenándoles vigilasen la entrada de la cueva. Los demás se quedaron aquí...

—¿Conocía usted la existencia de esos subterráneos? —pregunté.

Ella me miró con ojos muy abiertos.

—Claro que sí. Según nos explicó el vendedor de la casa, en tiempos pasados, sirvieron para burlar la Ley Seca. Aquí vivían unos contrabandistas de licores que hacían viajes con frecuencia a México. Total, es cuestión solamente de unas cien millas por mar, entre ida y vuelta. Después, claro, con la abolición de dicha ley, los túneles perdieron su importancia. Aunque algunas veces los he usado yo para bañarme en el mar sin testigos molestos.

—Bien, ¿y qué ocurrió después?

—Dan dijo que seguramente vendrían a rescatar a la muchacha y que éste no era lugar seguro. Cuando usted y los de la lancha se tirotearon, Dan agarró a Georgia y se marchó con ella. Quise impedirselo, pero me golpeó... Oh, es la primera vez que lo hace, Lance. Perdí el conocimiento y ya no sé nada más..., hasta que ha venido usted.

Encendí dos cigarrillos y le ofrecí uno. Fumamos durante unos momentos en silencio.

—¿Y no tiene usted la menor idea de a dónde pueden haberse dirigido?

Daisy sacudió la cabeza.

—En absoluto. Se fueron ellos, con Georgia. La muchacha no protestó nunca; se portaba de un modo normal, sabiendo que no podía hacer la menor oposición.

—¿Vio que la maltrataran?

—Aquí en casa, no. Tenía el vestido un poco roto por la parte de los hombros, pero supongo que debió ocurrir cuando la raptaron. Se resistiría en los primeros momentos; esto es lógico. Después, y según parecía, se calmó y nunca puso la menor objeción a las órdenes que se le daban.

Aspiré el humo con fuerza. Consulté el reloj. Desde que recibiera el aviso en casa de Ruth, habían transcurrido ya cuatro horas. Todavía me quedaban veinte para poder rescatar a Georgia. Sin, embargo, no tenía la menor idea de dónde podía hallarse la muchacha. Junto a Dan Kreiger, por supuesto; pero ¿cuál era su escondite?

—Bueno —dije al cabo—. Tenemos que hacer algo. —Lo malo era que no sabía qué era lo que teníamos que hacer. Miré a Daisy, diciéndole—: ¿Se encuentra usted ya bien?

—Creo que sí —contestó ella con voz apagada. Se sentó en la cama y puso los pies en el suelo—. Me parece que podré tenerme en pie.

—Muy bien —dije—. Entonces podremos marcharnos de aquí. ¿Tiene alguna

persona que pueda cuidarla?

—No. El ama de llaves, que hacía también de cocinera, tuvo que marcharse repentinamente a ver a un familiar enfermo en Palo Alto. Y... y Gonzalo, que hacía de criado, se fue también con Dan.

—Tendré que dejarla sola —dije—. No me gusta, pero tampoco tengo otra opción.

—Oh, eso no tiene importancia. Meteré alguna ropa en una maleta y tomaré una habitación en un hotel. Pase lo que pase, no quiero vivir ya más en este castillo. Dan lo tomó contra mi voluntad; pero, puesto que casi enseguida nos prometimos Greg y yo, ya no quise insistir más en abandonarlo. Ahora sí que lo haré, y para siempre.

Unos minutos más tarde, salíamos los tres del castillo. Frente a la puerta de entrada, vi un «Packard Hawk» cincuenta y ocho, pintado enteramente de negro. Cuando era de mi propiedad —mejor dicho, seguía siéndolo, puesto que me había sido robado—, cuando disponía de él, su color era gris marfil.

Al sentarme tras el volante, comprobé la medalla. No había la menor duda, era mi coche.

La miré, teniendo la mano en la llave de contacto.

—¿Dijo que este coche es de su hermano? —pregunté.

—Sí. Se lo pedí prestado porque mi «Lancia» se había estropeado.

—¿Cuánto tiempo hace que compró su hermano el coche?

—Oh, unos días. Pocos, creo.

Moví la cabeza en actitud dubitativa.

—Lamento tener que desengañarla, pero su hermano compró un coche robado.

—Oh —exclamó Daisy.

—Este coche es mío, Daisy. Siento tener que decírselo, pero es así. —Puse en marcha el motor y arranqué suavemente—. ¿Recuerda usted la primera vez que nos vimos, cuando tropecé y la derribé el bolso? Diez minutos más tarde, fui a buscar el auto y ya no lo encontré. Me lo habían robado.

—Pero ¿cómo puede ser eso, Lance? Éste es un país donde abundan los automóviles. La gente robaría mejor un kilo de carne antes que un coche.

Me eché a reír.

—Se sorprendería usted si supiera la cantidad de coches que desaparecen al cabo del año. Estoy seguro de que si ordeno examinar éste, encontraremos que le han alterado por completo los números de serie. Después se le han cambiado los colores de la carrocería y ya no hay nadie que lo conozca. Hacer tal cosa con un coche solo, resultaría oneroso; pero, cuando se monta una organización para repetir la misma operación mil veces, el resultado económico puede ser de un volumen considerable y merece correr más de un riesgo. Por eso dije antes lo de su hermano.

Pero me callé que quizá Dan Kreiger fuera el jefe de aquella banda que se dedicaba al negocio del automóvil, entre otras cosas tan productivas o más que este asunto.

Diez minutos más tarde, llegábamos a la ciudad. Dejé a Daisy instalada en el «Berylion» y de aquí, sin detenerme, me encaminé a la Jefatura de Policía.

CAPÍTULO XXIX

Con las gafas puestas, el sargento Reilly parecía un burócrata acorchado por los largos años pasados tras un escritorio. La realidad, sin embargo, era muy distinta. Reilly poseía uno de los cerebros más agudos y capacitados del Departamento Criminal y, por regla general, solían encomendarle los casos más difíciles.

A estas alturas, sin embargo, no había descubierto quién había sido el asesino de «Terremoto» Gugsie. Claro que también a mí me sucedía lo mismo, hasta cierto punto.

—Sí, ya sé que Corsack tuvo que ver en esto —dijo de mal talante—. Pero no es él quien me interesa. Corsack es la mano ejecutora. Yo quiero el cerebro que es el que ordena.

—Si me ayudas, yo puedo llevarte hasta ese cerebro. Tengo fundadas sospechas de que se trata de Dan Kreiger, el actual dueño del falso castillo de la costa.

Reilly asintió.

—Sospeché del tipo apenas le vi comprar la posesión. Ese maldito castillo es una especie de elefante blanco, gusta a todo el mundo, pero nadie quiere tenerlo.

—A él, sin embargo, le gustaba mucho, Reilly. Y tiene motivos para abrigar tales sentimientos hacia el edificio. Entre ellos, dos túneles secretos que llevan hasta la costa. ¿Lo sabías?

Reilly abrió unos ojos de plato.

—¿Túneles secretos? —exclamó.

—Así, como suena.

Acto seguido, comencé a explicarle todo lo que me había ocurrido últimamente.

Reilly me escuchó sin pestañear. Únicamente se acariciaba la mejilla con el pulgar de vez en cuando.

Al concluir mi relato, dijo:

—Ya estoy enterado de tus andanzas y no he hecho nada por impedírtelas, porque de este modo me limpias la ciudad, que buena falta le hace. La quema del garaje donde transformaban los coches robados fue, indudablemente, una buena acción. Yo mismo lo hubiera hecho, si consideraciones de orden legal no me lo hubieran impedido. Sabíamos que se desfiguraban los coches robados, pero no teníamos pruebas de ello.

—¿Y no podíais haber efectuado un registro para adquirir esas pruebas? —aduje. Se encogió de hombros.

—¿Qué habiéramos conseguido con ello? ¿Detener a Corsack y a sus esbirros? El jefe hubiera seguido en libertad tan lindamente, aparte de que sólo les habiéramos podido acusar del robo de uno o dos coches como máximo, es decir, de aquellos que no habían tenido tiempo de sufrir la transformación habitual. El resto hubieran podido

pasar como autos en reparación. Y poner una fianza hubiera sido después la cosa más fácil del mundo, para salir en libertad con las manos sueltas para poder continuar sus fechorías.

—¿Sabías también que otro de los negocios de Corsack era el préstamo?

—Sí, pero ahí tampoco podemos hacer nada. Es ilegal, por supuesto; sin embargo, nadie puede impedir que Corsack preste dinero a un supuesto dos por ciento que es el que figuraría en sus libros... si es que los tenía, cuando la realidad era que el préstamo se hacía al veinte por ciento. Además, nadie lo hubiera denunciado, porque sabían que se exponían a represalias.

—Es un bonito negocio —comenté—. Por cada diez dólares de préstamo, hay que devolver dos semanalmente. El resultado es que, si no se devuelve el préstamo antes de acabar la semana, el prestamista se embolsa dos dólares bonitamente y en cinco semanas ya tiene conseguidos diez de intereses, quedándole el capital todavía... que sigue rentándole el mismo porcentaje, mientras el prestatario no devuelva el dinero.

—Sin embargo, en los últimos tiempos, el negocio había decaído bastante. ¿Por qué?

Suponía la razón, pero me la callé por el momento. Dije:

—Pero a Sam, el dueño del parador de la carretera, lo golpearon por no haber podido devolver un préstamo que se le hizo.

—Lo sé. Y el hombre vino a denunciar el hecho. Poco después, cuando llegaba al parador, un camión lo aplastó.

—Fue un asesinato, Reilly.

—Y una advertencia para los demás que quisieran hacer lo mismo que Sam. Pero, ya te digo, desde hace una semana, el negocio del préstamo había sufrido una importante reducción. Y lo mismo pasaba con los robos de coches. ¿Tienes tú alguna explicación para este fenómeno, Lance?

Sacudí la cabeza.

—Tengo que declararte que no, Reilly —dije.

El sargento me miró por encima de sus gafas, con gesto lleno de suspicacia.

—Tú me ocultas algo, Lance; a mí no me engañas.

—Te juro...

—No jures; cometerías pecado mortal —gruñó—. Bueno, ¿qué más?

—Necesito tu ayuda —expuse llanamente.

—Noticia fresca. En cuanto te vi asomar las narices por esa puerta, me lo supuse. No eres tipo que pida una mano a los demás, mientras puedas desempeñarte por ti solo. ¿Qué rayos te pasa ahora?

—Han raptado a mi secretaria y amenazan con matarla si no abandono el caso que tengo entre manos.

—¿Qué caso? Explícate de una vez, Lance. Sé que andas brujuleando por ahí como un loco y tiroteándote como si estuvieras en la guerra con los pandilleros. Como sabía que andabas detrás de Corsack, no te he puesto demasiados

inconvenientes. Pero ahora es ya tiempo de que me hables.

Le miré fijamente.

—Antes tienes que prometerme una discreción absoluta, Reilly. Los periódicos no tienen que saber nada de lo que voy a decirte. Está en juego la reputación de una persona muy importante...

—Greg Mac Intosh, ¿verdad? —sonrió condescendiente el sargento.

—Me has estado espiando —dije en tono acusador.

—¿Yo? —rió—. Dejabas un rastro tan ancho como el de un elefante beodo en un maizal. El más tonto hubiera podido seguirte y dedicarse al mismo tiempo a la venta de tabletas de chicle entre el público.

Sabía que no era cierto. Pero Reilly se divertía de esa manera. En realidad, disponía de agentes muy competentes y eficaces.

—En serio —añadió a continuación—. Te he dejado actuar un poco a tu manera, porque me convenía. Los detectives privados podéis hacer cosas que nos están vedadas a nosotros, los policías. Pero de ahora en adelante, todo va a ser distinto.

—¿Qué es lo que quieres decir? —pregunté.

—Simplemente, que desde este momento, lo quieras o no, vas a trabajar en colaboración con nosotros. Por lo que me has contado, la fruta está madura, a punto de caer del árbol. Sólo necesita un pequeño toquecito para que se suelte de la rama y venga a parar a nuestras manos. Y tú se lo vas a dar, ¿te enteras?

—Eso es lo que estoy deseando, Reilly —dije—. ¿Se te ha ocurrido algo?

—¿Y a ti?

Me froté la mandíbula.

—La solución del caso está en el castillo. Sea como sea, estoy seguro de que Kreiger ha de volver allí.

—Lo mismo opino yo. Lo ha abandonado demasiado aprisa para poder recoger su botín. Y si es cierto todo lo que sospechamos, debe haber dinero en abundancia.

—Sin embargo —sacudí la cabeza—, no sé por qué diablos iba a hacer objeto de un chantaje a Mac Intosh. ¿No le hubiera sido igual apretar las clavijas a su hermana, una vez ésta se hubiera casado con el millonario?

—¡Hum! —masculló el policía—. Puede ser que sí, pero también hubiera podido ocurrir que Daisy se hubiera negado a ello, considerando, como así debe ser, que primero es el marido que el hermano.

—Pues sigo sin entenderlo. Aquí hay algo turbio en el fondo de este asunto. No sólo es un asunto de dinero, por muchos millones que se pongan en juego. Después de todo lo que hemos hablado, tengo la sensación de que hay algo personal entre Kreiger y Mac Intosh.

—¿Una venganza particular?

—¡Ajá! Tú lo has dicho, sargento.

Reilly se frotó vigorosamente la mandíbula. Asintió con grandes cabezadas.

—Sí —dijo. Repitió—: Sí. Pudiera ser. De este modo, se combina lo útil con lo

hermoso. Es decir, la satisfacción de un resentimiento personal con la obtención de un substancioso botín.

—Entonces, la venganza sería doble.

Levanté la vista al techo.

—Si supiéramos los motivos de ésa, al parecer, antigua enemistad, tendríamos adelantado la mitad del camino. —De repente me acordé de lo que me había contado Spalf horas antes. Incliné el cuerpo hacia adelante—. Oye, Reilly, ¿tú podrías obtener antecedentes de un tipo llamado Gus Lesser? En otros tiempos perteneció al racket de los prestamistas, cuyo jefe era Mac Intosh. Spalf me dijo que poco antes de disolverse el gang, Lesser desapareció sin que volviera a saberse más de él.

—Si desapareció, es muy difícil que podamos volver a saber de ese tipo, Lance.

—Pero seguramente tendréis ficha de él en la Jefatura.

—Claro. —Haré que la traigan.

Se inclinó sobre la mesa y tocó una palanquita en el intercom. Pidió la ficha del requerido y esperamos.

Unos minutos más tarde, entró un funcionario del Archivo con el documento requerido. Reilly lo estudió y me lo entregó.

Examiné la fotografía con sumo interés.

—La cara me parece vagamente conocida, aunque no recuerdo dónde puedo haberla visto. Desde luego, ha sido en los últimos días, de eso estoy seguro.

—¿Alguno de los hombres que rodean a Corsack?

Apreté los labios, con la vista fija en la cartulina. Moví la cabeza de derecha a izquierda.

—No, creo que no —dije, meditabundo. Y, de repente, advertí un dato en la ficha que se me había pasado por alto. Procesado por correo de drogas en mil novecientos cuarenta y seis. Como era la primera vez y carecía de antecedentes, el juez se limitó a imponerle una fuerte multa, basada la sentencia, más que en las pruebas aportadas, en la convicción moral de que era un elemento más de la cadena que envenenaba a la gente por aquellos parajes.

—¡Qué tío! —exclamé—. No desperdiciaba una. Préstamos, drogas...

—No desperdiciaba nada que pudiera proporcionarle un dólar, con tal de que no tuviera que curvar la espalda para recogerlo —dijo el policía despectivamente.

—Aquí dice —golpeé con el índice la cartulina—, casado con Mary Lou Shitko. Sería muy útil ver si ella también fue fichada. Estas gentes carecen de escrúpulos, y enredan hasta a su padre.

—¿Qué tiene que ver la mujer de Lesser con el asunto de las drogas?

—Él desapareció, pero Spalf no me habló para nada de ella. Quizá esté en la ciudad. Viendo la fotografía, quizá pudiéramos sacar algo. Mary Lou Shitko pudo muy bien quedarse en la ciudad. En este caso, alguno de tus agentes pudiera conocerla.

Reilly se encogió de hombros.

—Bueno, si ése es tu gusto. —Llamó por el intercom, y unos momentos más tarde, volvía el mismo funcionario con una ficha que entregó inmediatamente.

Reilly contempló, la ficha durante unos momentos con suma atención.

—Tus aprensiones se han hecho realidad, Lance. Mary Lou Shitko fue fichada, acusada de practicar chantaje fotográfico. Sólo gracias a su minoría de edad no la enviaron a la cárcel. Tenía entonces diecisiete años y era ya un portento de belleza.

—¡Vaya! —Silbé—. Con que se dedicaba a las fotografías, ¿eh?

Reilly asintió mientras me entregaba la ficha. La forma de sacar dinero a la gente por ese procedimiento es tan sencilla como repugnante. Una mujer echa el gancho a un hombre, preferible maduro y forastero, y se lo lleva a su casa. Cuando la cosa empieza a ponerse incandescente y ella ha suprimido —por el calor, seguramente— parte de sus atavíos, entonces irrumpen en la habitación un par de tipos, uno de ellos provisto de una cámara fotográfica con *flash*. Antes de que el primo pueda enterarse de lo que le pasa, ya le han disparado un par de placas en una actitud sumamente comprometedora. El resto es fácil de suponer. El pobre incauto, paga lo que sea por obtener esas placas y el gancho, léase Mary Lou Shitko u otra «pájara» por el estilo, se marcha con sus compinches a divertirse como es debido con la pasta que han obtenido de manera tan sencilla. Al día siguiente, harán lo propio, fundándose en un axioma muy popular entre tal clase de maleantes: «Cada día nace un idiota que nos sufragará los gastos».

Examiné la fotografía que había en la ficha. Como Reilly había dicho acertadamente, la Shitko debió ser un portento de belleza a sus diecisiete años. Aún lo era, después de haber transcurrido quince y, a pesar del tiempo pasado y de la natural transformación impuesta por tal causa en su rostro, la reconocí sin mucho trabajo. Aunque, claro, esto supusiera el quedarme sin aliento durante unos momentos.

Cuando recobré el habla, alargué la mano y señalé al teléfono.

—Reilly —dije—, llama al «Berylion» y pregunta si la señora Karlake está allí todavía: En tal caso... No, entérate simplemente de si está. Que no la digan que has llamado, ¿me oyes?

Reilly obedeció sin hacer la menor objeción. Pidió que le comunicasen con el hotel en que la había dejado y esperó.

Treinta segundos después tenía la respuesta. Colgó el teléfono lentamente y entrecruzó los dedos de las manos, apoyando a continuación los codos en la mesa. Me miró por encima de las gafas, pero antes de que hablara, ya sabía la respuesta.

—Lance, la señora Karlake ha abandonado el «Berylion» hace unos momentos sin dejar la menor indicación acerca de su paradero.

CAPÍTULO XXX

Debía haberlo supuesto mucho antes. Ahora, las piezas que yacían sueltas y dispersas iban encajando una por una, hasta componer el rompecabezas. Quedaban algunos puntos oscuros por aclarar, pero esto sucedería apenas pudiese enfrentarse con Daisy.

Pensé con melancolía en la mujer. Su nombre y su modo de actuar le cuadraban exactamente^[2]. Una Margarita negra. Así era ella y así habían sido los resultados de su modo de vivir. Pensar que había estado a punto de dejarme arrastrar por sus verdes ojos subyugantes, más que rabia y cólera contra mí mismo, me produjo una gran melancolía.

Con un cigarrillo humeante en los labios, me aproximé a la ventana. Era ya de noche cerrada a todo esto y por la parte del mar se veían de vez en cuando los lívidos chispazos de los relámpagos, seguidos poco más tarde del sordo retumbar del trueno. El calor había aumentado de manera enorme y la atmósfera estaba densa y sofocante. Estaba seguro de que aquella noche iba a estallar la tormenta. En ambos sentidos, pensé lúgubrementemente.

Confirmando mis pensamientos, las primeras gotas de lluvia cayeron sobre los cristales de la ventana. De pronto, me volví hacia el sargento.

—Pide comunicación con el castillo y déjame luego el teléfono.

Reilly asintió. Cuando hubo conseguido lo que deseaba, me pasó el auricular en silencio.

Escuché durante unos momentos. Escuché claramente el zumbido de la llamada, pero nadie respondió a la misma.

Dejé el aparato sobre la horquilla sin más comentarios. Acto seguido, tomé la cartera y me encaminé hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —me preguntó el sargento.

—A terminar de una vez con este maldito asunto.

—Georgia Seatroy está en manos de esos forajidos.

—Lo sé. Por eso prefiero ir solo.

—Si lo deseas, puedo ayudarte.

Sacudí la cabeza.

—Éste es un asunto mío, muchacho. No te metas en él. Déjame que lo solucione yo solo. En todo caso, haz lo que te dije antes.

Reilly se encogió de hombros.

—Como quieras, Lance. Buena suerte.

—Gracias. Adiós.

Cuando salí a la calle, esperé un minuto resguardado en la puerta de la Jefatura hasta que vi un taxi libre. Entonces crucé la acera a todo correr y me zambullí dentro

del vehículo. La lluvia caía densa, en gruesas gotas, brillando el asfalto, el cual duplicaba el multicolor neón de los anuncios luminosos.

El coche arrancó con rapidez, mediante el acicate de un billete de diez dólares. Pronto estuvimos fuera de la zona urbana, en donde el agua que caía parecía ser más copiosa todavía. De vez en cuando, los relámpagos rasgaban la oscuridad, arrojando lívidas sombras de agudas aristas a los lados de la carretera.

Hice que el conductor detuviera el coche a una distancia prudencial del castillo. El tipo debió creerse que estaba loco cuando me vio echar a correr bajo la lluvia. Pero no sabía que yo no quería fuese advertida mi llegada al castillo.

El agua me empapó de inmediato de pies a cabeza. Seguí corriendo hasta que, a la luz de un relámpago, divisé la desviación lateral que conducía a casa de Daisy.

Unos segundos más tarde, me detenía ante la amplia portalada del falso castillo. Me quité el sombrero, sacudiendo el agua que se había acumulado en el mismo. Luego me dispuse a poner en práctica mi plan.

Había decidido ir por aquel sitio, en lugar de utilizar uno de los túneles, ya que con aquella noche, caminar por los acantilados era hacer oposiciones a una fractura de cuello. Llamaría a la puerta y luego me echaría a un lado. Cuando me abriesen, entonces...

La puerta se abrió sola, silenciosamente, sin hacer el menor ruido, antes de que hubiese tenido tiempo de tirar de la cadena que movía la campanilla. Quise saltar a un lado para esconderme, pero una voz insidiosamente suave me impidió el gesto.

—No lo haga, señor Stirling —dijo—. Gonzalo. —Sabemos que está aquí. ¿Por qué entrar de modo violento, cuando puede hacerlo de una forma normal y correcta?

Traté de disimular el asombro que me causaba la acogida. En vista de ello franqueé el umbral, penetrando en el amplio vestíbulo.

Daisy estaba en el centro, erecta, majestuosa, vistiendo un traje negro que le llegaba hasta el suelo por abajo y dejaba al descubierto sus marmóreos hombros, en uno de los cuales estaba apoyado «Caín». Las pupilas del maldito cuervo me miraban con resplandeciente fijeza.

—Pase, querido Lance —dijo ella con voz melosa. Sonreía levemente, en tanto que con la mano izquierda acariciaba con suavidad el negro plumaje del cuervo—. Lo ha descubierto todo, ¿verdad?

La miré a la cara durante unos segundos, antes de dar mi respuesta.

—Ha sido usted diabólicamente lista, Daisy —manifesté—. Pero todo se le ha acabado ya. ¿Dónde está Georgia?

—Hablemos primero de nosotros, ¿quiere, Lance? —contestó ella sin inmutarse—. No, no he sido tan lista como creía. He cometido algunos errores, pero todavía hay tiempo de enmendarlos. Nunca debí, por ejemplo, usar su propio coche, Lance. Fue usted muy hábil; supo disimular a la perfección.

—Hay otro error más importante —contesté. Hablábamos en medio de un silencio impresionante; pues la tempestad parecía haber amainado apenas comenzada.

Daisy arqueó las cejas.

—¿De veras? —murmuró.

—Sí. Lo recordé demasiado tarde; de otro modo, quizá podría haberme evitado muchos sinsabores.

—Explíquese, Lance, por favor.

—Ello ocurrió cuando vinimos Ruth y yo a verla la noche en que no acudió a la cena en casa de la primera por hallarse indispuesta. Usted comentó el tiroteo acaecido en el almacén de la calle de los Españoles y, refiriéndose a Georgia, dijo más o menos esto: «Debió ser horrible para la pobre chica hallarse en medio del tiroteo». ¿Cómo podía saberlo si no se había hecho público tal detalle? Solamente alguien que estuviese en concomitancia con Corsack y su pandilla podía saberlo: Usted, Daisy —concluí con tono acusador.

Se estremeció levemente, pero no dijo nada. Luego trató de sonreír y quiso hablar.

Antes de que pudiera hacerlo, se le anticipó el jorobado. Gonzalo lanzó un gruñido.

—Estamos perdiendo el tiempo inútilmente, Daisy. Stirling habrá estado en contacto con la policía y se nos echarán encima antes de que podamos largarnos.

Vámonos pronto de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Ella extendió una mano con ademán majestuoso.

—No vendrán —dijo con acento seguro—. Lance les habrá dicho que no lo hagan. Sabe que Georgia correría entonces un gravísimo riesgo, ¿no es cierto?

—Sea como sea —insistió el jorobado— hemos de marcharnos. Tenemos ya lo suficiente para vivir. ¿Para qué correr riesgos innecesarios?

—¡Calla, Gonzalo! —dijo ella, imperativamente—. Harás lo que yo te ordene. Siempre te obedecí; ahora te correspondí hacerlo a ti.

—No le llame Gonzalo —dije—. Ése no es su nombre. Llámeme mejor Gus Lesser. Ése es su verdadero nombre, Daisy, como el suyo es el de Mary Lou Shitko.

Daisy palideció horriblemente. Su rostro se descompuso, transformándose en una horrible máscara de odio, en el centro de la cual brillaban dos fuegos verdes con resplandor de muerte.

—¿Cómo lo sabe? —gritó—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Creían muy bien guardado su secreto, ¿verdad? —Reí satisfecho—. Olvidaron, sin embargo, que sus fichas estaban archivadas en la Jefatura de Policía. Olvidaron que alguno de sus antiguos compinches, Seth Spalf, por ejemplo, podía hablar y hacerlo, además, desde un sitio donde ustedes no pudieran alcanzarle. Él fue quien me habló, entre otras cosas de Gus Lesser. El resto no fue muy difícil, como pueden comprender. Trataron de arrancarme el secreto de los escondites de Spalf y los otros, mediante la tortura, pero pude demostrarles que fui más listo y me evadí del pozo.

—Tendremos que matarle por esto, Lance —dijo ella.

Me encogí de hombros.

—Como no lo hagan ahora mismo... —Giré un poco la cabeza hacia el jorobado

—. ¿Por qué se cambió de nombre, Lesser?

Los dientes del aludido rechinaron de rabia. Saltó hacia adelante, plantándose frente a mí. Sus dedos se clavaron como garfios en el rostro lleno de cicatrices.

—¡Mire! —aulló, lívido, descompuesto—. ¡Mire lo que hicieron conmigo Mac Intosh y sus compinches! Yo quería salirme de la banda, y marcharme lejos con Mary Lou... Pero, ah, eso no podía ser, sabía demasiados secretos y no podían consentirlo. Me golpearon bárbaramente, me torturaron hasta límites como jamás ningún humano ha conocido... Finalmente, me abandonaron después de arrojarme por uno de esos acantilados. Todavía no sé cómo pude sobrevivir..., pero estoy aquí, sí, aquí. Y vivo para satisfacer mi venganza. Y Mary Lou ha sido el instrumento de esa venganza, ¿me comprende?

Los ojos de Lesser brillaban con furor demoníaco. Una vagorosa sonrisa apareció en los rojos labios de Daisy, la cual extendió los brazos con amoroso ademán.

—Yen, amor mío, ven —murmuró con voz apasionada.

Lesser tenía una pistola en la mano desde que se pusiera frente a mí, impidiéndome con el arma cualquier acción. Sin dejar de mirarme, caminó de espaldas hasta situarse al lado de la hermosa mujer, cuyo talle ciñó con uno de sus brazos. Lesser quedaba algo más bajo que ella, por lo que Daisy se veía obligada a inclinar su cabeza para apoyarla en la del contrahecho.

La mujer me miró de soslayo, sin abandonar la posición que había adoptado. Entre Lesser y el cuervo, era la viva estampa de la bella y las bestias, y los tres componían un cuadro que atraía y repelía a un tiempo.

—Greg hizo esto con mi marido, cuando apenas llevábamos unas semanas de matrimonio —dijo—. Gus tardó mucho en curarse, y todavía no sé cómo está vivo. Entonces juramos los dos vengarnos de él, y del resto de sus compinches, pero sobre todo de él.

—Sus propósitos han fracasado, Daisy —dije.

Ella enderezó la cabeza.

—¡No! Todavía hay tiempo. Dentro de poco vendrá Mac Intosh aquí. También vendrá su hija. Entonces... —Y Daisy se interrumpió, en tanto que un resplandor diabólico iluminaba su rostro, haciéndome estremecer de espanto.

Traté de distraerlos. No sabía qué planes tenían con respecto a mí, pero era preciso dejar correr el tiempo. Cuanto más pasase, más probabilidades teníamos de salvación.

—No entiendo —dije— de qué modo querían vengarse de Mac Intosh. ¿Chantajeándole solamente? Tenía dinero en abundancia...

—Hubo otro que también tuvo la misma idea. Gugsie —contestó ella—. Le arrebató una libreta tremendamente comprometedor, que luego pasó a mí poder.

—Después de olvidarse un trozo de tapa en el lugar del crimen —comenté—. Se dio cuenta del detalle y envió a alguien a arrebatármelo, ¿no es cierto? ¿Por qué no me hizo asesinar?

—Usted me fue siempre simpático, Lance —sonrió ella débilmente—. Únicamente trataba de disuadirle de su empeño.

—Y para ello, apenas tomé a mi cargo el asunto, envié a uno de los pistoleros de Corsack a llenarme el cuerpo de plomo. ¡Vaya una simpatía!

—Eso fue cosa de Corsack, créame —respondió la joven.

—¿Lo mismo que la muerte de Clergy?

Daisy endureció el gesto. Su pequeño pero hermoso pecho avanzó hacia adelante, firme y retador.

—Clergy fue el ejecutor material de las órdenes de Mac Intosh —respondió con voz llena de odio—. Por eso fue el primero en caer. Como lo hubieran hecho todos los demás, de no haber tomado usted parte en el asunto.

—¿Y Greg Mac Intosh también?

—Sí —declaró ella sin vacilar un segundo—. Primero le hubiéramos despojado de su fortuna. Después...

—No siga —corté—. El resto se sobreentiende. Dígame, se lo ruego, ¿por qué tardaron tanto tiempo en comenzar su venganza? ¿No le parece que quince años son demasiado tiempo para esperar a cobrarse una deuda pendiente?

—Primero hubimos de atender a la curación de Gus. Lo crea o no, esto nos consumió tres largos años, durante los cuales hubo de soportar crueles operaciones, para, en suma, quedar como está. Nos quedamos sin un céntimo; el poco dinero que teníamos ahorrado —se nos fue en los primeros gastos. Tuve que ganarlo mientras Gus estaba en el hospital. ¿Quiere que le diga cómo pagué esas operaciones quirúrgicas, mejor dicho, quiénes las pagaron?

El rostro de Lesser se tornó purpúreo.

—¡Mary Lou! —gritó—. ¡Te he dicho mil veces que no quiero oírte hablar así de este asunto! ¡Calla!

—¡Déjame! Quiero que Lance se entere. Que conozca toda la verdad acerca del asunto. ¿No le encargaron que investigase? ¡Pues que lo sepa! Sí; pagué de ese modo la vida de mi esposo, y cada vez que obtenía un dólar de manera tan infamante, juraba que un día acabaría por vengarme del hombre que tenía la culpa de todo aquello —el seno le subía y bajaba rápidamente a causa del violento jadeo—. No será la venganza con que había soñado, una venganza primero hundiéndole y luego arrebatándole la vida; pero al menos recibirá el castigo por lo que hizo con el hombre que amo. No se ría, Lance; todavía amo a Gus, y no hubiera podido amar jamás a otro hombre.

Hizo una pausa. Sonrió de modo extraño.

—Sólo a usted, Lance. Pero ya era demasiado tarde.

—Muchas gracias. En medio de todo lo que he oído, eso que me acaba de decir es un elogio, Mary Lou. ¿O prefiere que la llame Daisy?

Ella se encogió de hombros. La animé a seguir.

—Me gustaría oír el resto de la historia —dije.

—Ya queda poco —respondió—. Dejamos pasar aún unos años. No teníamos prisa; nos interesaba adormecer la confianza de Mac, Intosh y sus compinches. Habían abandonado el racket del préstamo, y eran ahora personas honorables, sobre todo en una ciudad como Crandeston, que había experimentado un crecimiento notable con la guerra y después de ella. Entonces vinimos nosotros. Mac Intosh no me conocía ni los otros tampoco; yo sería, pues, la pieza esencial en nuestra venganza.

—¿Y Corsack y los otros? ¿Cuál era su papel?

—Poco más que simples comparsas. No podíamos empezar sin dinero. Reorganizamos el racket y les enseñamos a ponerlo en funcionamiento. También operábamos con coches robados. Pero algunas veces se desmandaban, en especial Hadoe. Se creían tan jefes como nosotros. Por eso sucedieron algunas cosas con las cuales no contábamos y que, normalmente, no debieran haber ocurrido.

—Algunos perdieron la vida por esas cosas que no debieron haber sucedido —dije lentamente.

—El mundo no perdió nada con la desaparición de esas personas —declaró Daisy con indiferencia—. No me irá a decir que Crandeston ha llorado la muerte de Erick «El Cangrejo», por ejemplo.

—Era un hombre —murmuré—. Un ser vivo. Tenía derecho a la vida.

—De todas formas, ya está hecho y no tiene remedio. Además, hoy lo damos todo por terminado, se lo aseguro.

—¿Dejarán Crandeston?

Daisy sonrió imperceptiblemente.

—Tengo abajo una canoa. La costa mexicana dista cincuenta millas escasas. Un par de horas de navegación como máximo. Ahora es cuando Gus Lesser desaparecerá para siempre. Conmigo, claro está.

—Y con «Caín».

Ella acarició el cuervo con gesto delicado.

—¿Por qué no? —sonrió.

Lesser emitió un bufido.

—Acabemos de una vez, Mary Lou. Hemos charlado demasiado. Es hora de que empecemos ya a actuar.

—¡Un momento! —grité—. ¡Georgia! ¿Dónde la tienen?

—La ama usted, ¿verdad? —preguntó Daisy.

—Eso es cosa mía —contesté secamente—. Quiero saber dónde está la muchacha. Si ustedes dicen que todo ha terminado ya, no hay razón alguna para mantenerla prisionera.

Daisy vaciló. En aquel momento, un atroz relámpago estalló en el exterior, seguido de un tremendo trueno que hizo temblar el falso castillo hasta los cimientos. Casi en el acto volvió a escucharse el batir de la lluvia.

—Vamos —gruñó el contrahecho—. Acabemos ya. Stirling, sé lo que lleva en la

cartera. —Blandió la pistola de modo significativo—. Démela. Suéltela suavemente, dejándola caer al suelo a un metro de sus pies. No intente lanzármela a la cara, porque dispararé sin compasión.

Vi en los ojos de Lesser que prometía verdad, y obré como me decía. Quedé frente a él, mirándole.

El jorobado se acercó a la cartera sin separar sus pupilas de las mías. Luego la alejó de una patada.

—Ahora —ordenó—, vuélvase. Todavía lleva una pistola encima.

Apreté los labios. Aquello me gustaba menos.

—¡Vuélvase! —rugió el forajido.

Obedecí. Casi en el mismo instante, advertí que sé me echaba encima y traté de inclinarme, con el fin de esquivar su registro. Pero entonces me golpeó con el cañón de la pistola tras la oreja, y perdí el conocimiento.

CAPÍTULO XXXI

Lo primero que oí al despertarme, fue el suave murmullo de la lluvia al caer sobre las plantas cercanas al edificio. Luego me sentí helado; todavía tenía la ropa empapada y, además, durante todo aquel tiempo, había yacido en un suelo de piedra, cuya frialdad, a pesar de la estación reinante, había llegado a traspasar mis huesos.

La oscuridad era completa, rasgada de vez en cuando por algún vivo relámpago, seguido del inevitable y ruidoso trueno. Cada vez que esto sucedía, la estancia en que me hallaba quedaba vivamente iluminada durante una décima de segundo. Así pude darme cuenta de que era una habitación de tres o cuatro metros en cuadro, completamente desprovista de muebles con las paredes de una solidez indiscutible.

Cuando recuperé por completo la normal posesión de mis facultades, me senté en el suelo, palpándome el chichón que me había producido el golpe de Lesser Gemí al hacerlo, pero comprendí que no había recibida daño mayor.

Luego empecé a pensar en Daisy y lo que había manifestado. Nunca hubiera sospechado que todo cuanto había hecho se debía a una venganza de tipo personal; más bien la cosa daba la sensación de ser una tramoya preparada entre ella y su hermano Dan para apropiarse de los bienes de Mac Intosh. Sólo cuando supe que era la esposa de Lesser y comprendí que éste era el jorobado, empecé a sospechar algo. Para cuando adquirí la certidumbre, ya era demasiado tarde y no podía hacer nada.

¿Nada? ¿Estaba seguro de ello?

Me puse en pie, tratando de conservar el equilibrio. A tientas fui palpando las paredes hasta encontrar algo que no era piedra, sino la madera de una puerta. Comprendí que me sería imposible derribarla, por lo que empecé a discurrir el modo de salir de aquel atasco.

Tenía que hacerlo cuanto antes. Reilly intervendría cuando le hiciese una señal determinada, pero si continuaba en aquella estancia, no podría llamarle, y entonces sería demasiado tarde. Estaba seguro de que Daisy tenía alguien vigilando a Georgia, y que en cuanto tuviesen noticia de la intervención de la policía, la harían degollar. Había que evitarlo, como también era preciso evitar que Mac Intosh y Ruth sufrieran el menor daño.

Miré hacia la ventana, situada a cuatro metros sobre el suelo. Traté de llegar hasta el alféizar, sin conseguirlo. Salté una vez, pero mis dedos resbalaron en el antepecho inclinado y volví a caer, rodando por el suelo en mala postura.

Me levanté gruñendo por el dolor. Entonces, retrocedí hasta que mi espalda chocó contra el muro frontero. Aguardé unos segundos, no muchos.

En el momento en que se produjo el primer relámpago, eché a correr y tomé impulso a ciegas. Esta vez sí conseguí agarrarme al alféizar, y luego, izarme a fuerza de puños.

Cuando hube asomado la cabeza, noté que la ventana era demasiado angosta para permitirme el paso. Maldije en voz baja, usando una profusión de interjecciones tan variada que habría encantado a un carretero.

Agarrado como estaba, viendo llover, pensé unos instantes. Al fin discurrí un medio que creí lo suficientemente viable como para conseguir mis propósitos.

Resbalé nuevamente al suelo, en donde me despojé de la chaqueta, quedándome en mangas de camisa. Luego, usando el mismo procedimiento, trepé otra vez a la ventana.

La piel de los hombros me quedó despellejada, pero conseguí salir al otro lado. Afortunadamente, la ventana estaba en planta baja y, además, el suelo estaba blando como consecuencia de la lluvia que caía incesantemente. Me puse perdido de barro, pero esto era lo de menos.

Hube de esperar unos momentos antes de poder orientarme. Entonces advertí que estaba en la fachada norte del castillo. Una vez supe donde me hallaba, empecé a deslizarme hacia la entrada, procurando no hacer el menor ruido. Así llegué a una de las ventanas contiguas a la puerta, sin poder ver nada de lo que sucedía en el interior, por hallarse herméticamente cerradas las contraventanas.

Mascullé una interjección en voz baja. Era preciso hacer algo para volver a entrar. Pero tenía que hacerlo sin levantar sospechas ni causar ruidos; de lo contrario, todos mis esfuerzos fracasarían.

Apliqué el oído a la ventana y pude escuchar un vago rumor de voces. Una de ellas se levantó colérica, aunque no pude entender lo que decía; el rumor de la lluvia me lo impedía por completo.

Los relámpagos y los truenos seguían produciéndose con cierta regularidad. De pronto, alguien lanzó un grito al otro lado. Era una voz masculina. La reconocí al momento. Se trataba de Luke «El Granitos».

La puerta se abrió casi al momento, arrojando hacia afuera un torrente de luz que me dejó casi ciego. No obstante, tuve tiempo sobrado de aplastarme contra la pared junto al marco de la puerta, confiando en no ser visto.

Un hombre salió al exterior, rezongando mil maldiciones. Llevaba una pistola en la mano y una antorcha eléctrica en la otra. Al cerrarse la puerta a sus espaldas, empezó a mover la linterna a derecha e izquierda.

Pronto pude advertir que la luz de la antorcha acabaría por descubrirme. Antes de que el haz de rayos luminosos me hubiera alcanzado, ya tenía en las manos un arma improvisada que arrojó con todas mis fuerzas hacia adelante.

Tratábase de una gran pella de barro que alcanzó a Luke en pleno rostro, derribándole de espaldas por la violencia del impacto. Casi inmediatamente, me abalancé sobre él.

Su pistola pasó a mí poder antes de que pudiera rehacerse de la sorpresa recibida. Entonces le agarré por el cuello del impermeable y le hice ponerse en pie, al mismo tiempo que le metía el cañón del arma bajo la prominente barbilla.

—Haz exactamente lo que te digo, o te sacaré los sesos por la coronilla —dije en voz baja—. Si levantas la voz...

Escuché claramente el sonoro deglutir de la garganta del maleante. Seguro que estaba lívido, pero, debajo del barro y en la oscuridad, ¿quién demonios lo notaba?

—Llama a la puerta como tengas por costumbre y di que me has pescado. Procura que la voz te salga natural; lo digo por tu propio bien, ¿estamos?

«Granitos» asintió en silencio, Le empujé por el cuello del impermeable y le hice llamar. Luego, obedeciendo mis órdenes, gritó:

—¡Abran! ¡Ya le tengo!

Un segundo más tarde, una de las hojas de la puerta giraba pesadamente sobre sus chamelas. La silueta de un hombre se recortó a contraluz bajo el dintel.

En el mismo momento, pegué un fuerte empujón a «Granitos». Éste y el otro rufián cayeron al suelo en informe revoltijo.

Avancé un par de pasos, amenazando a todo el mundo con la pistola del maleante.

—Que nadie se mueva —ordené secamente—. Si quieren seguir viviendo, depositen sus armas en el suelo.

Estaban Mac Intosh y Ruth, además de Dan Kreiger y Corsack. Éstos se quedaron tiesos al verme aparecer de modo tan inopinado.

—¡Suelten las armas! —repetí con perentorio acento—. No volveré a repetirlo de nuevo.

Corsack dejó caer al suelo el revólver que empuñaba. Kreiger hizo lo propio con una diminuta pistolita de cachas de nácar. El barbudo me miró a través de sus gafas oscuras.

—Un buen golpe, evidentemente —dijo con voz grave—. Le felicito, curiosón.

—Ya lo he oído eso en más de una ocasión —respondí—. Ahora voy a encargarme de todos ustedes. ¡Ruth!

—Sí, Lance —contestó la muchacha, cuyo rostro aparecía palidísimo.

—Mire cómo estoy. Salga a la puerta y busque cerca de la misma una antorcha eléctrica que hallará caída en el suelo. Enciéndala y apáguela tres veces seguidas. Es suficiente con eso.

Ruth fue a dar un paso, pero se quedó clavada en el sitio al oír la voz del barbudo.

—¡Stirling!

—Diga, Kreiger —contesté.

—Gonzalo está arriba con su secretaria. En el momento en que oiga las sirenas de la policía, la matará.

Encaré la pistola hacia Kreiger.

—Voy a contar hasta tres —dije—. Si al acabar no ha llamado usted a ese maldito engendro y le hace venir aquí con Georgia, juro que le volaré la cabeza. Después, que hagan lo que quieran con la muchacha; pero usted no podrá verlo.

El barbudo se pasó la lengua por los labios, súbitamente resecos. Vio que no bromeaba y, tras un ligero carraspeó, levantó la voz.

—¡Gonzalo! ¡Trae acá a la chica!

—Eso está mejor —declaré—. Quieta por el momento, Ruth.

La muchacha volvió a su sitio. Mientras tanto, Luke y el otro pandillero se habían puesto en pie y permanecían a un lado con las manos en alto, sin atreverse a intervenir.

Georgia apareció unos segundos más tarde, en la galería alta que circundaba la parte opuesta del vestíbulo. Iba seguida por el contrahecho, en cuya mano se veía una pistola de pavoroso tamaño.

Curioso, quise estudiar las reacciones de Mac Intosh.

—¡Lesser! ¡Suelte la pistola! —ordené.

El millonario lanzó un rugido de ira.

—¡Lesser! —repitió—. ¿Está seguro de lo que acaba de decir, Stirling?

—Por completo —respondí sin mirarle—. Pregúnteselo a él mismo, ¿quiere?

—No es necesario —contestó el aludido, quien ya bajaba las escaleras, sin dejar de apuntar el arma contra el costado de Georgia—. Sí, Greg Mac Intosh, yo soy Gus Lesser. ¿Te habías olvidado de mí, eh? Pues ahora...

El resto de su frase fue apagado por el fragor de un enorme trueno que hizo vibrar todos los cristales de las ventanas. Cuando el estrépito hubo cesado, dije:

—Si quiere tener alguna probabilidad de vivir, suelte el arma, Lesser.

—¿Por qué no lo hace usted? —preguntó el contrahecho, irónicamente—. Estamos empatados, ¿no lo ve?

La última frase de Lesser me dio que pensar. Había una persona ausente en aquel tinglado, precisamente la que lo había montado.

—¿Dónde está Daisy? —pregunté.

Lesser rió con fuerza.

—¡Búsquela!

Me mordí los labios. Había algo raro en el ambiente, como una especie de enigma, aunque no acababa de precisarlo con exactitud. Y era necesario encontrar aquel detalle; el tiempo pasaba demasiado rápido, y Reilly podía sentirse impaciente.

En aquel momento, sonó un fuerte aleteo. «Caín» graznó estrepitosamente, en tanto descendía de la parte alta. Revoloteó varias veces por encima de nosotros y, finalmente, fue a posarse sobre el hombro de Kreiger.

CAPÍTULO XXXII

—¡Daisy! ¡Daisy! —graznó el cuervo.

Lesser lanzó una soberana imprecación.

—¡Maldito pajarraco! —Levantó la mano armada y disparó contra el cuervo sin entretenerse apenas. Su puntería era magnífica, pues «Caín» se desintegró instantáneamente en un chorro de sangre y plumas negras.

—¡Gus! —gritó Kreiger, mientras yo volvía el arma contra el jorobado.

Sin embargo, no fue preciso que apretase el gatillo. Súbitamente, el fiel Toushita apareció en lo alto de la escalinata. No sé cómo había llegado hasta allí, pero lo cierto fue que su aparición me pareció algo maravilloso.

Algo que chispeaba brilló en sus manos una décima de segundo. Un relámpago de plata cruzó el aire, yendo a enterrarse en la espalda de Lesser.

El individuo se contorsionó agónicamente sobre sí mismo. Soltó la pistola y echó ambas manos atrás, en un frenético intento por alcanzar el arma que le quitaba la vida. Pero las fuerzas le fallaron de repente, y se desplomó al suelo, pataleando convulsivamente.

Kreiger lanzó un agudo grito.

—¡Gus! ¡Gus!

Yo grité también.

—¡Al suelo, Georgia, Ruth!

Con el rabillo del ojo, vi que uno de los pandilleros trataba de desenfundar el arma. Giré un poco y disparé la pistola.

Todo un lado de la cara del individuo voló por los aires, arrancado por la terrorífica violencia del impacto de mi cuarenta y cinco. El tipo se desplomó al suelo, arrojando torrentes de sangre por la espantosa herida.

«Granitos» se precipitó en busca de la pistola que había arrojado Corsack. Los dos se pelearon ferozmente por la posesión de la misma. Ganó Corsack, que fue tanto como decir que perdió, pues antes de que pudiera meter el índice dentro de la guarda del gatillo, le coloqué un balazo un poco más arriba del ombligo. El tipo giró violentamente sobre sí mismo, y se desplomó de bruces con gran aparato.

Mientras tanto, Kreiger no había permanecido quieto. También se había abalanzado en busca de su pistola, y como yo no podía ocuparme de él, aproveché la ocasión para ocuparse de Mac Intosh. Apretó el disparador y le destrozó la cara a tiros.

Desde lo alto, Toushita disparó contra Kreiger, alcanzándole en un hombro. El barbudo giró sobre sí mismo, cayendo de bruces. Al hacerlo, se le escapó la pistola, la cual resbaló por el suelo casi hasta las mismas manos de «Granitos».

El pandillero quiso recogerla, a lo cual me opuse de modo estridente. Cuando

recibió mi bala en la cabeza, saltó hacia adelante cual un epiléptico, y antes de caer al suelo era ya cadáver.

Kreiger se puso en pie y trató de huir, corriendo de una manera vacilante, con la mano sana agarrándose el hombro herido. Le intimé a detenerse, pero el individuo no hizo caso.

Desde el sitio en que me encontraba, vi que Toushita se disponía a hacer fuego contra Kreiger. Traté de impedirlo con un grito atronador.

—¡No, Toushita!

Era ya tarde. La bala partió, alcanzando al barbudo, justo cuando se disponía a alcanzar el umbral de la puerta de la biblioteca. Kreiger se estremeció horriblemente y trató de agarrarse al marco con la mano libre. De pronto le fallaron las fuerzas y cayó al suelo.

Sentí que la entrada del castillo se abría violentamente, y que un golpe de gente irrumpía en el interior del mismo. Oí gritos y sollozos, pero no hice caso; toda mi atención estaba centrada en Kreiger.

Corrí hacia él. Yacía de bruces y le hice dar la vuelta, sentándole a medias, para lo cual hube de pasar uno de mis brazos en torno a sus hombros. Le quité las gafas, y vi que sus ojos eran verdes.

Tanteé su frente hasta hallar un resquicio. La peluca que le daba aspecto de artista saltó, lo mismo que la frondosa barba que cubría su rostro. Daisy me miró con ojos velados por la agonía. Sus cabellos naturales estaban peinados muy tirantes y aplastados hacia atrás. Pero seguía siendo soberanamente bella aun en la aterradora vecindad de la muerte.

Sonrió débilmente. Observé que no llevaba puesto el incisivo de oro. Seguramente no había tenido tiempo de hacer la transformación de modo total.

Metí la mano libre en el bolsillo y le enseñé, sosteniéndola con el índice y el pulgar, la lente de contacto que se le cayera en casa de Georgia.

—Fue... una lástima —declaró con voz que era poco más que un susurro—. Como tardaban en fabricarme... otra de características similares, tuve que ponerme estas gafas... para ocultar mis ojos...

—¿Porqué hizo todo esto, Daisy? —pregunté, apenado—. Si tenía motivos de venganza contra Mac Intosh, ¿no cree que podía haberlo arreglado de modo más racional?

Un hilillo de sangre empezó a salir por la comisura de sus labios. Vagamente entreví que Georgia se había situado a mi lado.

—Habíamos pensado, si no accedía a nuestras pretensiones, ir matando... a todos los antiguos supervivientes del racket. Clergy debía ser el primero... como en realidad ocurrió. Luego iría Spalf y... después los restantes, uno por uno. Esto aterrorizaría a Mac Intosh y...

Sacudí la cabeza, como pensando en lo improbable de aquel plan. Mac Intosh no hubiera dejado de darse cuenta de que se trataba de la venganza de algún antiguo

miembro del clan, y hubiera obrado en consecuencia. Sin embargo, ya era tarde para todo.

—¿Y las libretas?

—Ahí... —señaló hacia la biblioteca— las encontrarán. La de Greg... y la mía. Usted... tiene otra... Así tendrán completa toda la tramoya del préstamo... aunque ya, ¡qué puede importarme!...

—La llevaremos a un hospital, Daisy. Se curará.

Ella sacudió la cabeza. Volvió a sonreír.

—Era... gracioso mandar a esos estúpidos... fingiéndose hombre. Fue... divertido mientras duró... La barba les impresionaba mucho...

De repente, todo su cuerpo se arqueó en una titánica convulsión. Extendió uno de sus brazos y abrió la boca, como queriendo decir algo, en tanto sus ojos amenazaban salirse de sus órbitas. Pero todo lo que le salió fue un chorro de sangre. Se estremeció con fuerte espasmo, y luego se relajó definitivamente.

Entonces la deposité en el suelo, suavemente, y me puse en pie. Georgia se colgó de mi cuello, sollozando copiosamente. Reilly y los suyos habían empezado ya a intervenir.

Más allá podía oír el llanto de Ruth. En cuanto a mí, me sentía terriblemente cansado. Sólo ansiaba meterme en la cama y dormir; dormir durante dos días seguidos y olvidar en lo posible las terribles escenas presenciadas... y la muerte de Daisy. Pese a todo, había llegado a tomarle cariño, y me había dolido que una mujer tan hermosa hubiera empleado su belleza como arma criminal.

Salí del castillo con paso infinitamente fatigado. Me metí en un coche, y Georgia se sentó a mi lado. Toughita conducía.

Reilly vino corriendo hacia nosotros.

—Lance, preséntate mañana a deponer en la Jefatura.

Agité una mano en señal de asentimiento. Luego, Toughita pisó el acelerador y salimos de aquel antro de muerte, mientras la lluvia seguía cayendo con fuerza.

CAPÍTULO XXXIII

Georgia se levantó y fue a abrir la puerta al oír sonar el timbre. El taconeo de sus zapatos se multiplicó por dos.

Toushita y yo nos pusimos en pie cuando vimos entrar a Ruth en el despacho. La muchacha estaba muy pálida y vestía enteramente de negro. Georgia y Toushita, discretos, «se eclipsaron».

—Lo siento —dije, después de unos momentos de penoso silencio—. Me hubiera gustado poder decir Víctor...

Ella sacudió la cabeza. Se le veía que le costaba dominar el llanto.

—No tiene importancia —declaró. Abrió el bolso y sacó un papel alargado que depositó sobre la mesa—. Usted hizo lo que pudo, Lance. Aquí está el importe de su labor.

—No la he ganado. Su padre murió.

—Nadie podía preverlo. Quédeselo, se lo ruego.

Asentí en silencio. Ella volvió a mirarme.

—Me... me marchó.

—¿Sí? —murmuré cortésmente.

—Sí. A Europa. Necesito una temporada de distracción. No sé cuándo volveré. Quizá nunca. Esta ciudad tendrá, de ahora en adelante, horribles recuerdos para mí, Lance.

—Es comprensible.

Volvimos a callar. Ella esperaba que le dijera algo, pero no podía. Acabó por entenderlo y sonrió débilmente.

—Georgia es muy hermosa. Que sean felices, Lance.

—Gracias, Ruth. Deseo de todo corazón que olvide pronto.

—Gracias a usted, Lance. Adiós.

—Adiós.

El vivo taconeo de sus zapatos se apagó bien pronto. Entonces entraron de nuevo Georgia y Toushita.

El nipoamericano se fijó en el cheque, y silbó tenuemente. Pero a Georgia le importaban poco en aquel momento los cheques.

Se acercó a mí, respirando aceleradamente. Su busto tensaba la tela del vestido alarmanamente.

—¿Qué le ha dicho Ruth Mac Intosh, jefe?

La atraje con fuerza hacia mí, sin ocuparme poco ni mucho de la presencia de Toushita.

—Que seamos muy felices, Georgia —contesté.

Los ojos de ella brillaron con suave resplandor. Sonrió débilmente.

—Trataremos de dejarla en buen lugar, ¿no crees, Lance?

Me incliné hacia Georgia. Sus brazos, largos, cálidos, me rodearon el cuello.

—Creo que será fácil —murmuré, un segundo antes de juntar mis labios con los suyos.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. — Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su

casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] Vistamar, Miramar. <<

[2] En inglés, Daisy es el nombre de la margarita como flor, no como nombre propio, que es el de Margaret. <<